

CURSO DE HISTORIA UNIVERSAL
PARA USO DE LA ENSEÑANZA MEDIA

Alberto MALET
Profesor agregado
de la Universidad

Juan M. Scafo
J. M. ISAAC
Inspector General
de la Instrucción Pública

LA EDAD MEDIA

EDICIÓN ENTERAMENTE REFUNDIDA
Y PUESTA AL DÍA

Con la colaboración de
NARCISO BINAYÁN
Profesor en el Colegio Nacional de la Universidad de La Plata, etc.

OBRA ILUSTRADA CON NUMEROSOS GRABADOS Y MAPAS



DE DOCUMENTACION
ES ESCOLARES
ANTICO

LA EDAD MEDIA

CAPITULO PRIMERO

LA DECADENCIA DEL IMPERIO ROMANO

LOS GRANDES IMPERIOS DE LA ANTIGÜEDAD Los pueblos de la antigüedad, originariamente aislados, tuvieron tendencia a unirse, por motivos militares, económicos o religiosos. Cuando un pueblo era fuerte, conquistaba a los pueblos vecinos. Si los ejércitos eran afortunados, se agrandaba el reino hasta que de éxito en éxito, chocaban dos reinos.

Uno absorbía al otro: entonces aparecía un imperio. En la época antigua, fuera del tebano, de Egipto, que no llegó a ser un verdadero imperio, se formó el imperio asirio (siglos VIII-IX), "el coloso con pies de arcilla de la Biblia, fácilmente desmoronado por la coalición de babilonios y medos. Babilonia fué el centro de otro imperio, también fundado sobre el terror, que duró un siglo (VI) y fué destruído por Ciro, que consolidó el tercer gran imperio, el persa, mucho mayor que el babilonio, pero no de mayor duración. El imperio persa desaparece ante el naciente imperio ateniense, en las guerras médicas (448). El imperio o confederación que presidía Atenas, no fué un imperio político: lo fué sobre todo comercial y marítimo; Esparta mantuvo la hegemonía militar. De la lucha de ambas — guerras del Peloponeso — salió triunfante Esparta. Tebas, de Grecia, que abatió la hegemonía de Atenas, la reemplazó, también por poco tiempo.

Grecia sucumbirá bajo otro imperio: el macedonio, que Alejandro convertirá en el mayor de los habidos hasta ese momento, conquistando el imperio persa y llegando hasta la India (326). Al morir Alejandro se desmembró el imperio macedonio.

Después de tres siglos otro pueblo — Roma — será dueño de todo

*Queda hecho el depósito
que marca la ley N° 11.723*

BOLETA
N.º 11.723
LEY 11.723

ligioso que aseguraba la paz y la tranquilidad para todos: los ritos del derecho, muchos de ellos de carácter religioso en sus comienzos, habían consolidado en el espíritu romano la convicción del derecho como regulador indispensable de la vida de relación.

EL IMPERIO ROMANO no se extendía a fines del siglo IV de nuestra era, en los contornos europeo, asiático y africano del Mar Mediterráneo. Al oeste lo limitaban el Océano Atlántico y el Mar de Irlanda, al norte el Rin y el Danubio, al este los montes de Armenia y el desierto de Siria, al sud el Sahara. Comprendía pues, toda la Europa occidental, excepto la actual Irlanda, el norte de Escocia y Holanda.

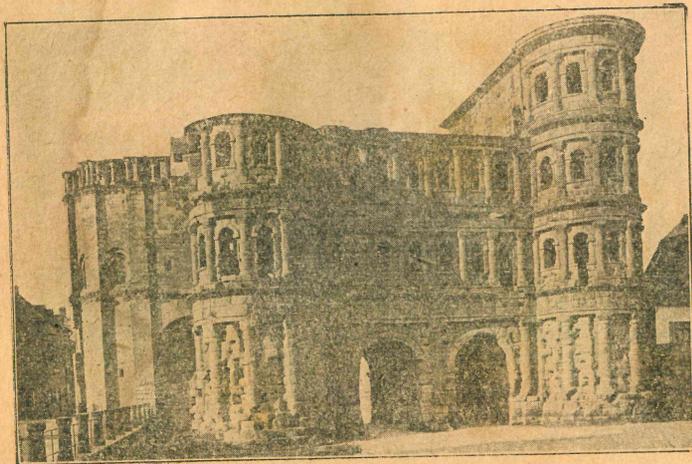
Este gran imperio sólo era romano en el nombre: en realidad era mitad romano, mitad griego. El latín era la lengua más extendida en el oeste; el griego en el este. Cada región tenía sus capitales distintas: Treves y Milán para Occidente, Salónica y Constantinopla para Oriente. Desde la muerte de Teodosio (395) hubo también dos emperadores romanos, uno en Oriente, otro en Occidente, pero, aunque la autoridad imperial estaba dividida,



EL EMPERADOR HONORIO.
Honorio fué Emperador de Occidente de 395 a 423. Tiene en la mano izquierda un báculo coronado de una Victoria alada que le tiende una corona, y en la mano derecha un libro que se lee, en latín: «Sé siempre victorioso en el nombre de Cristo».

El Imperio Romano no tenía de tal sino el nombre: se parecía más a las antiguas monarquías orientales que al Imperio organizado por Augusto.

Los emperadores eran a menudo déspotas cuyo poder no tenía límites: vivían rodeados de una corte suntuosa que comprendía multitud de guardianes, chambelanes, dignatarios, prelados, correos prontos a partir en todas direcciones, además de numerosos funcionarios, tanto en la capital como en las provincias.

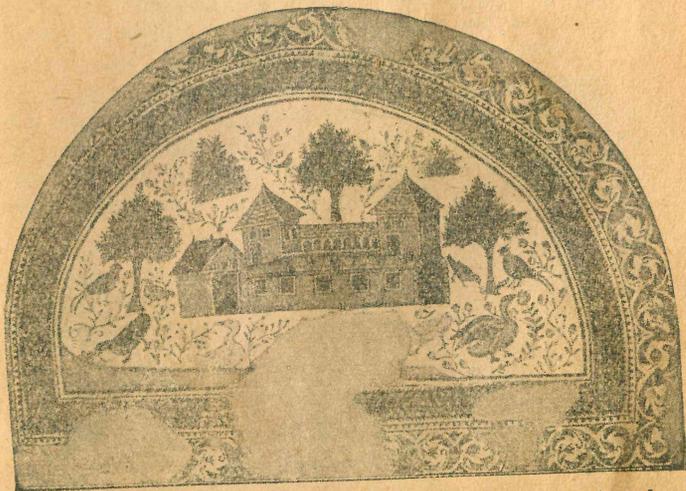


LA PUERTA NEGRA EN TREVES.

Esta puerta era en realidad una verdadera fortaleza. Si el enemigo conseguía franquear las puertas que se ven en la fotografía, desembocaba en un patio interior, donde podía ser atacado de todos lados por los defensores de la puerta. La última construcción, a la izquierda, es posterior a la época romana.

Pero las dinastías imperiales se sucedían sin cesar y el Imperio se desgarraba en luchas feroces por la diadema imperial. La omnipotencia imperial era frágil, falta de base sólida.

Los servicios administrativos, el más importante era la administración financiera. Para establecer los impuestos, una



Clisé de *Inventario de los mosaicos de la Galia*, por Gauckler. Edición de E. Leroux.

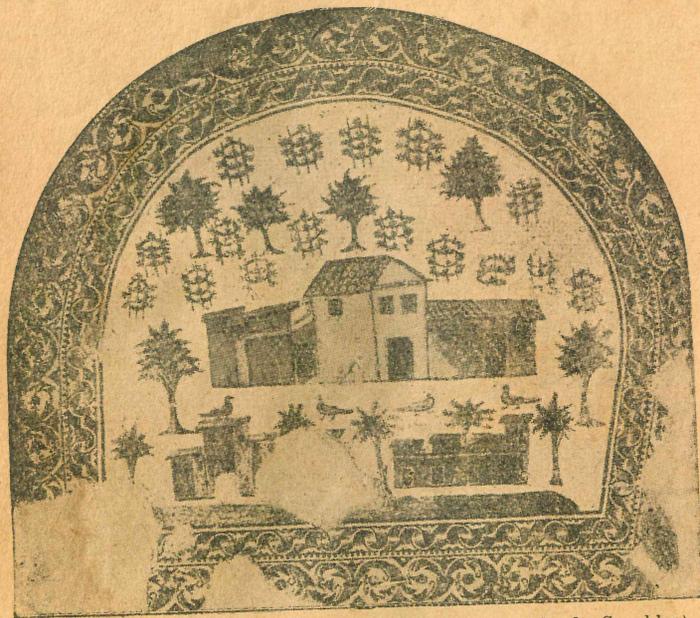
UNA VILLA: LA CASA DEL SEÑOR.

Muchas personas ricas, en el siglo cuarto, vivían en el campo, en grandes dominios. La casa que habitaban se llamaba villa. A la derecha se ve la puerta cochera, a la izquierda un granero rematado por un palomar. En segundo plano, un patio rodeado de un pórtico. Delante de la casa, patos y faisanes.

entre los habitantes: carga ruinoso, pues si los curiales no reunían las sumas fijadas por el fisco debían completarlas a expensas de su fortuna personal.

El ejército, no se parecía al antiguo ejército romano. Ahora las legiones, las tropas auxiliares y la caballería estaban compuestas principalmente de bárbaros y los oficiales, hasta de alta graduación, eran bárbaros. Todas las clases sociales habían perdido el hábito del servicio militar.

Las tropas, poco numerosas, estaban diseminadas en guarnición de las ciudades principales. En la Galia, de 60 a 70



(Clisé de la obra mencionada de Gauckler).

UNA VILLA: LA GRANJA Y EL VIÑEDO.

Al lado de la villa del patrono había una o varias pequeñas villas donde vivían los colonos que trabajaban en los dominios del rico propietario. Se ve aquí debajo, en primer plano, una pequeña cuba, y en segundo plano una granja. Alrededor se extiende un viñedo. Nótese cómo la vid está enrollada en torno de sus soportes. En medio, árboles frutales.

no pensaron en embellecerse como antes, sino en protegerse: estaban encerradas entre altas murallas, tan espesas como fuese posible. La importancia de las ciudades había disminuído considerablemente, como su actividad y su población: las grandes ciudades de la Galia, Treves, por ejemplo, que capital, no contaba con 20.000 habitantes. La clase dominante, en todo el imperio, era la nobleza se-

ros, tejedores, etc., además de muchos esclavos y guardias que formaban un pequeño ejército. La habitación, *villa*, era espaciosa, confortable, a menudo lujosa, decorada con estatuas, con pórticos, jardines, biblioteca, termas.

El dominio de un senador se dividía generalmente en dos partes: una que explotaba con sus esclavos, la otra que arrendaba a labradores que se llamaban *colonos*.

Los esclavos eran tan numerosos como en la época anterior: cada propietario poseía millares de ellos. El cristianismo sin haber condenado la esclavitud, había contribuido a mejorar la condición de los esclavos, afirmando que para Dios no hay diferencia entre el patrón y el esclavo, sosteniendo que todos los hombres deben ser hermanos. En los grandes dominios la condición de los esclavos fué acercándose a la de los colonos.

Se llamaba colonos a los labradores que el propietario establecía en sus tierras debiendo cultivarlas y pagarle anualmente al arrendamiento en especie. Los colonos eran libres, pero no podían abandonar el campo que cultivaban: *estaban adheridos a la tierra*, y si el propietario vendía la tierra se incluían también los colonos. Estos eran antiguos esclavos liberados, o bárbaros prisioneros de guerra, a veces también pequeños propietarios que cedían su campo a un senador rico para ser protegidos en caso de peligro. *El gran propietario tenía amplios derechos sobre sus colonos*: él y no los agentes del Emperador recaudaban los impuestos y reclutaban entre ellos los soldados; tenían también el poder de policía y en ciertos casos reemplazaba a los tribunales del Estado.

El gran propietario romano y los colonos adheridos a la tierra son los antecesores de los señores y los siervos que veremos en la Edad Media. Algunas *villas* comienzan a rodearse de murallas, como las ciudades, para ponerse al abrigo de los bandidos, y de los bárbaros: se anuncian así los castillos medioevales.

Los nobles eran como vimos, muchas veces, personas intradadas. En todo el imperio había escuelas que eran verdaderas universidades, donde se hacían estudios literarios que los científicos no existían entonces.

cial del Estado, se propagó rápidamente en las campañas: se multiplican las peregrinaciones a las tumbas de los mártires; los monjes, de todas las clases sociales, eran legión. El obispo se convierte así en el primer personaje de la ciudad: él será el verdadero jefe cuando las grandes invasiones traigan la anarquía y será, frente a los bárbaros, el defensor y el mediador.

A pesar de la inseguridad general, a pesar de los indicios de decadencia que se manifestaban en el gobierno, la sociedad y las costumbres, el prestigio del Imperio Romano parecía intacto: se tenía fe en su vitalidad y en su porvenir, el imperio representaba la civilización y la organización y no se podía creer que una civilización y una organización de tantos siglos, estuvieran destinadas a perecer.

IMPORTANCIA DE LAS INVASIONES

El Imperio Romano en Europa se hallaba rodeado desde el mar del Norte hasta el mar Negro por los pueblos bárbaros. Para impedir las incursiones de esas hordas, los romanos habían fortificado las fronteras, las atrincheraron y establecieron campos militares en los que estaban de guarnición numerosas legiones. Estas medidas de defensa fueron eficaces hasta fines del siglo IV; pero, a partir de 378, y durante todo el siglo V, los bárbaros empezaron a forzar las fronteras hasta que penetraron en el imperio. Un siglo casi estuvieron recorriéndolo en todas direcciones, devastando las provincias y buscando sitio en donde fijarse: este es el período de las *invasiones*.

Las invasiones son uno de los hechos más importantes de la historia, pues no sólo *paralizaron el desarrollo de la civilización romana*, sino que ésta corrió grave peligro durante algún tiempo. Ellas provocaron la *dislocación y el desmembramiento del imperio*, y, destruyendo su unidad, prepararon la Europa moderna. Por otra parte, los bárbaros que establecieron en los antiguos límites del imperio, fueron finalmente conquistados a su vez por la civilización.

Los germanos de raza indoeuropea como los la-

Alemania, Dinamarca, Austria y una parte de Hungría. También los había en la península escandinava, esto es, en la Suecia y la Noruega actuales.

Los germanos no formaban un estado; eran sólo una multitud de pueblos. En el territorio que ocupaban, no existían ciudades, había poblados cuyas casas estaban perdidas en medio de sus campos.

Los germanos eran altos y rubios; tenían el cutis blanco y los ojos azules. Eran valerosos, aunque propensos al desaliento en caso de descalabro; al mismo tiempo, orgullosos, parlanchines y muy dados a las bebidas.

LA RELIGION
DE LOS
GERMANOS

Como todos los pueblos primitivos, los germanos adoraban las fuerzas de la naturaleza divinizadas, como el trueno, *Donar*; el Sol, *Sunna*; la Luna, *Mani*; la Tierra, *Hertha*. El dios supremo era *Votan*, al que se llamaba también *Odin*, y de aquí el nombre de *odinismo* dado a la religión germana. Los germanos, belicosos por naturaleza, no podían imaginar que sus dioses tuvieran índole diferente; así, *Votan* no recibía en su paraíso, el *valhala*, sino a los bravos, es decir a los que habían sucumbido en los campos de batalla. Allí, eternamente jóvenes, cazaban y combatían todo el día, y, por la noche, bebían el hidromiel celeste que las *valquirias* escanciaban en los cráneos de los enemigos. Los que no habían perecido de muerte violenta eran considerados cobardes y condenados al infierno.

LA SOCIEDAD
GERMÁNICA

La familia, en el sentido más lato de la palabra, era la base de la organización social y política. El padre, soberano señor, era a la vez juez y rey. Si compraba a su mujer, ello no quiere decir que la considerara esclava, antes bien la respetaba mucho porque, según decían los germanos, "en la mujer había algo divino". En torno del padre y bajo su autoridad absoluta estaban reunidos los hijos, los parientes, los libertos y

no estaba considerado sino como un hecho de guerra, y el homicida podía redimirse pagando a la familia de la víctima el *precio de la sangre*, esto es, "cierto número de bueyes o carneros", según dice Tácito. Esta costumbre subsistió en la Edad Media con el nombre de *vehrgeld* o *componenda*.

La agrupación de cierto número de familias constituía la tribu. Los intereses de la tribu los discutían los jefes de familia y los hombres libres reunidos en armas. Entre los *francos* principalmente, los jefes o reyes estaban, en ciertos pueblos, sometidos a un modo de elección muy curioso: los guerreros ponían al elegido sobre un escudo y lo paseaban alrededor del campo. El rey se distinguía por su larga y flotante cabellera.

La organización de la propiedad tenía carácter muy particular. Las tierras eran comunes, y todos los años se repartían entre diferentes familias. El germano no podía poseer en propiedad sino la casa en que vivía y el campo que la rodeaba.

Este sistema de propiedad, unido a la índole belicosa de los germanos tuvo importantes consecuencias.

El reparto anual de las tierras hacía imposible que hubiera acrecentamiento de capitales, y los hombres enérgicos tenían que ir a probar fortuna fuera de su tierra. Como el oficio de las armas era el único que los germanos consideraban verdaderamente digno de ellos, se expatriaban para hacer la guerra. *La guerra fué, para ellos, la industria nacional*. Formaban bandas guerreras que, según las circunstancias, trabajaban por cuenta propia o se ponían al servicio de otro. Los romanos empezaron por combatirlos y terminaron por tomarlos a sueldo, dándoles tierras, acampándolos en las fronteras y confiándoles, por último, la defensa de éstas contra bandas de la misma laya que fueran a atacarlas. Esa mira tuvo Constantino cuando, a principios del siglo IV, instaló a los francos en las orillas del Rin.

INVASIÓN
GERMÁNICA

El establecimiento de las bandas germanas en territorio romano fué una de las formas de la *invasión pacífica* y lenta que precedió y pre-

reclutamiento de ese ejército era cada vez más difícil por la escasez de hombres y porque el oficio de soldado había caído en descrédito, los romanos dieron cabida a los bárbaros en las filas de sus legiones. Los bárbaros así regimentados se llamaban *letes*.

Pero como el imperio carecía tanto de soldados como de labradores, fué necesario, buscar labradores entre los bárbaros y principalmente entre los germanos. Esos labriegos fueron incorporados en calidad de *colonos*, *pertenecían* a la tierra, y ésta no podía ser vendida sin ellos.

Los *letes* y *colonos*, progresiva y considerablemente numerosos, fueron estableciéndose en el imperio, y puesto que los bárbaros, lejos de odiar a los romanos o conservar resentimiento, los admiraban y tenían inclinación por ellos, la inmigración se acrecentó con suma facilidad. Más de un jefe bárbaro envió sus hijos a Roma para que recibiesen allí la instrucción; más de un rey bárbaro solicitó de los emperadores un puesto en el ejército romano. El imperio fué infiltrándose insensiblemente de bárbaros mucho antes que ocurrieran las grandes invasiones. Los bárbaros se encontraban hasta en la corte, entre los más altos personajes que rodeaban al emperador. Cuando Teodosio al morir, en 395, dividió el imperio entre sus hijos Arcadio y Honorio, les dejó para dirigirlos, en calidad de primer ministro, al vándalo *Estilicón*, a quien había casado con una sobrina suya.

LAS INVASIONES VIOLENTAS. SU CARACTER

Las invasiones violentas, excepto la de los hunos, no fueron expediciones militares que tuvieron por objeto la destrucción de un enemigo, el botín y la conquista; fueron sencillamente emigraciones de pueblos, *mudanzas de naciones enteras*, hombres, mujeres, niños y rebaños que abandonaban la patria sin deseo de volver, y que iban en busca de otra nueva. Los bárbaros, general, no estaban animados de sentimientos hostiles, sólo que para vi-

siglo V, no costó ningún trabajo a los bárbaros transponer la frontera, puesto que no la custodiaban sino otros bárbaros, federados o *letes*. A los invasores les fué muy fácil recorrer libremente las provincias, porque los ejércitos que se les oponían no tenían ya ninguna superioridad sobre ellos.

CAPITULO II

LOS VISIGODOS — LOS HUNOS

LA BATALLA DE ANDRINÓPOLIS

En la primavera de 376, bajo la presión de los hunos, treinta o cuarenta mil visigodos, por lo menos, atravesaron el Danubio, autorizados por el emperador para establecerse en territorios de la actual Bulgaria. Detrás de ellos entró en el imperio, sin autorización, una gran masa de visigodos que derrotó a un ejército romano no lejos del actual puerto de Varna y después en la batalla decisiva de Andrinópolis (378). Teodosio, que poco después será emperador, logró contener la invasión pero quedando perdida la parte oriental de la actual Bulgaria donde se habían establecido los visigodos, en calidad de federados, con obligación de suministrar contingentes al ejército imperial, a cambio de un subsidio que los visigodos recibirían del gobierno de Constantinopla.

Los inquietos visigodos pronto continuaron sus correrías devastadoras y, llegando hasta las puertas de Constantinopla, se posesionaron de la actual Grecia. La promesa de nuevas tierras los contuvo nuevamente: se les dió la Iliria. De allí, libres de compromisos con el imperio de Occidente se dirigieron con su jefe Alarico hacia el norte de Italia, pero Estilicón lo hizo retroceder. Derrotado, se contentó con poder volver a Iliria. Los visigodos quedaban como una amplia y peligrosa cuña entre los dos imperios.

Al año siguiente Alarico trató, nuevamente, forzar la frontera del norte de Italia. Quiso después aliarse con Estilicón y obtener prove

(410), obtuvo, fuera del pillaje a que quedó librada, un cuantioso tributo, y cambió a su capricho el emperador, pero no halló tierras ni trigo. Buscando el cereal necesario para satisfacer el hambre de su ejército fué personalmente a Africa, pero una tempestad hundió los barcos y él mismo murió en el sud de la península.

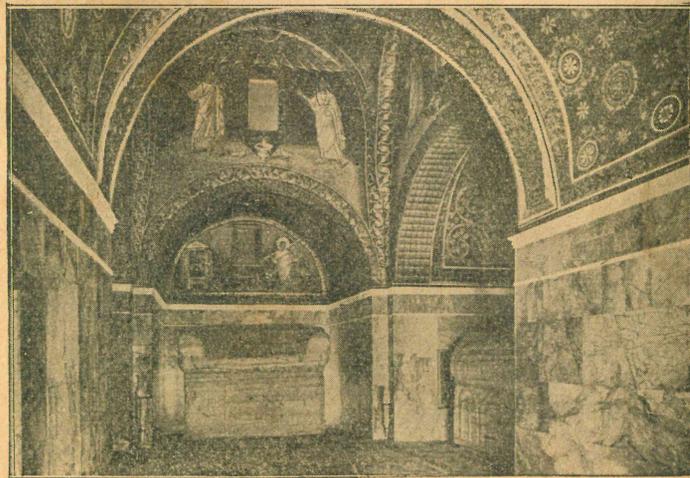
Entonces los visigodos conducidos por su nuevo jefe Ataulfo atravesaron el norte de Italia ante la mirada impasible de Honorio —Estilicón había sido asesinado— y desolaron la Galia llegando hasta el Atlántico. Después de agotar la cosecha, pidieron trigo a Roma en su calidad de federados. Sus pretensiones crecieron pronto. Ataulfo se había casado con Galia Placidia, hija de Honorio, que sacó, cautiva, de Roma, y al nacer un hijo pidió la diadema imperial para él. Al morir asesinado Ataulfo, los visigodos convinieron en la paz a condición de quedar como federados en el imperio, de ser reabastecidos y de que se les diesen tierras; ellos por su parte se comprometían a la acostumbrada contribución de guerreros.

El estado visigótico, si se puede llamar así, fué el más importante hasta que los ostrogodos se establecieron en Italia. Tolosa fué la capital visigótica y su dominio comprendía el norte de España.

OTRAS INVASIONES

En 405 empezó la *gran invasión*; la primera horda de bárbaros, los *suevos*, conducidos y mandados por Radagaiso, que penetró en Italia, fué exterminada cerca de Florencia. El grueso de las hordas invasoras, *alanos*, *vándalos* y *burgundios*, cayó entonces sobre Galia (407) y la asoló durante cuatro años. Los *burgundios* se fijaron en el valle del Saona y del Ródano, en *Saboya*, y después en la *Borgoña* y en el Franco Condado actuales, en tanto que los alanos y los vándalos invadían a España. Los *vándalos* pasaron en seguida a Africa y continuaron sus devastaciones en todos los territorios que comprenden Argelia y Túnez.

Los *hunos*, con Atila, invadieron a Galia en 450. Vencidos los *Cesáres Cataláunicos*, se arrojaron sobre Italia y arra-



MAUSOLEO DE GALIA PLACIDIA. — Ravenna.

Galla Placidia, hija de Teodosio, hermana de Arcadio y de Honorio, fué hecha prisionera por Alarico, casándose después con Atalarico, rey de los visigodos. Viuda al poco tiempo, volvió a casarse con un general de Honorio. De este matrimonio nació Valentiniano I.

Teodorico el Grande, y los ostrogodos, establecidos anteriormente en Panonia, es decir en la parte de Hungría situada entre el Danubio al norte e Iliria al sur, regada por el Drava y el Sava.

La creación del reino ostrogodo de Italia puede considerarse como la fecha que señala el fin de las grandes invasiones.

CAUSAS
DE LAS
INVACIONES.
LOS HUNOS

La invasión de los bárbaros germanos fué provocada por la marcha de los hunos, bárbaros mucho más feroces aún. Los germanos abandonaron su país huyendo de ellos y se arrojaron sobre el imperio con la esperanza de encontrar en él protección y asilo.

Los hunos eran de raza amarilla, parientes de los mongoles y los turcos. Eran pequeños, morenos y regordetes. Tenían la cabeza muy grande, los cabellos ásperos, la nariz chata, los pómulos salientes, los ojos oblicuos en dirección de las sienes y las orejas grandes y muy separadas. Formaban tribus medio nómadas. Eran pastores, cazadores y saqueadores; vivían de sus rebaños, la caza y de rapiñas. Aterraban a cuantos tenían la desgracia de conocer aquellas hordas, terror que se refleja en las descripciones que de ellos hicieron dos historiadores contemporáneos de las invasiones: Amiano Marcelino y Jordanes.

“Los hunos, dice Amiano, exceden en ferocidad y en barbarie a cuanto es posible imaginar de bárbaro y fe-

z. Bajo una forma humana, viven en estado de animales. Se alimentan de raíces de plantas silvestres y de carne medio cruda, macerada entre sus muslos del lomo de sus cabalgaduras. Su vestido consiste en una túnica de lino y una chaqueta de pieles de ratas salvajes. La



TIPO DE LA RAZA
AMARILLA.
UN MONGOL.

Los mongoles tienen la piel amarilla, los pómulos salientes, los ojos medio cerrados y oblicuos y el bigote claro y caído. En este retrato, tiene la cabeza cubierta con un gorro de piel.

sus monturas, pequeñas y feas, pero infatigables y rápidas como el relámpago. Pasan su vida a caballo, a caballo se reúnen en asamblea, compran, venden, beben, comen, y hasta duermen a veces. Nada iguala a la destreza con que lanzan a distancia prodigiosa sus flechas armadas de huesos aguzados, tan duros y mortíferos como el hierro”.



UN MONGOL.

Los hunos, que en los siglos cuarto y quinto, invadieron Europa, debían parecerse a este mongol fotografiado en nuestros días en las llanuras del Asia Central. De pequeña talla, nariz achatada, ojos oblicuos, barba rala, vivían constantemente a caballo.

gría, nombre de otros habitantes de raza amarilla llamados húngaros. Las invasiones de los hunos no se parecieron a

Ya en el siglo II de la era cristiana, los hunos aparecen establecidos en el Ural, al norte del mar Caspio, a lo largo del Volga y hasta el pie del Cáucaso. En el siglo IV, se dirigieron hacia el oeste, y pasaron encima de los bárbaros establecidos en aquellas comarcas. Hacia el año 374, llegaron a toparse con los germanos y los godos, e inmediatamente con los primeros, aterrorizados, empezaron el éxodo general, la huída hacia el Imperio Romano y las invasiones.

Persiguiendo a los visigodos, que

huían, los hunos tramontraron los Cárpatos, y sentaron sus reales en una gran llanura que riega el Danubio, que llamó más tarde Hungría.

Atila, estuvieron a punto de constituir un gran imperio bárbaro frente al Imperio Romano.

Jordanes pinta a Atila de baja estatura, ancho de pecho, con cabeza grande, ojos pequeños, barba rala, nariz chata y cutis atezado. Es el tipo del calmuco de hoy. Jordanes añade que fué “un hombre nacido para el pillaje del mundo y para aterrorizar la tierra”. A Atila le gustaba hacerse llamar “azote de Dios”, y se vanagloriaba, dicen, de que “no volviese a crecer la hierba por donde había pasado su caballo”.

Durante algún tiempo, Atila, a quien el emperador había dado el título de general, jefe de las milicias, recibió del imperio, con el nombre de sueldo, un verdadero tributo. En 450, ese tributo le fué negado. “Tengo el oro para mis amigos y el hierro para mis enemigos”, le había respondido el emperador Marciano. Atila se arrojó entonces sobre Galia. El terror causado por su ejército fué tal, que todo el mundo huía al saber que sus hordas se acercaban; no encontró, pues, la menor resistencia en ninguna parte, si se exceptúa en París, cuyos habitantes alentados por la joven Santa Geneveva, le cerraron las puertas. Atila pudo llegar sin combatir hasta Orleáns. Esta ciudad resistió lo suficiente para que el general romano Aecio tuviese tiempo de reunir un ejército compuesto de legiones galorromanas y tropas bárbaras.

Atila se batió en retirada en dirección de Champaña, país llano, particularmente favorable a las evoluciones de su numerosa caballería. La batalla decisiva se dió probablemente entre Sens y Troyes, en los Campos Cataláunicos (451). Atila, vencido, pudo retirarse allende el Rin y llevarse todo el botín que había hecho en el norte de Galia.

Atila murió en 453. Su imperio se deshizo casi inmediatamente porque sus cincuenta hijos se disputaron con encarnizamiento la herencia. Sólo quedó de los hunos la memoria de los terrores y las ruinas que causaron.

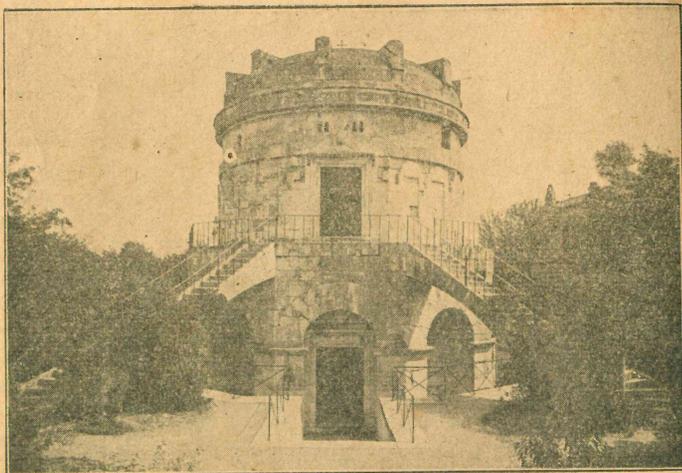
Medio siglo después de la invasión de los hunos, en las postrimerías del siglo V, el estado político y religioso de la Europa occidental era el siguiente:

STABLECIMIENTO DE BARBAROS

no había ya en Occidente funcionarios imperiales gobernando en nombre del emperador y por el emperador; sólo había jefes bárbaros que buscaban los medios de constituirse en reyes.

En el extremo noroeste, los *anglos* y los *sajones* habían conquistado una parte de la Gran Bretaña, que tomó después el nombre de tierra de los anglos o Inglaterra.

Los *francos* ocupaban la Galia septentrional, del Loira al Rin; los *burgundios*, la región del Saona, del Jura y del Ró-



TUMBA DE TEODORICO EN RAVENA.

Este mausoleo es notable sobre todo por su cúpula monolítica, es decir hecha completamente con un solo bloque de caliza de Istria, de cerca de 11 metros de diámetro y de 30.000 kilos de peso aproximado. La doble escalera exterior, que conduce al piso superior del monumento, fué agregada en el siglo diez y ocho.

dano. Los *visigodos* habían fundado un vasto reino que comprendía la Galia meridional y casi toda España.



CORONA DE LOS REYES VISIGODOS. — Museo de Cluny.

Fué hallada en Toledo (España). Es de oro, y se adorna con perlas y zafiros. Parece datar del siglo VII. Debe haber estado colgada en una

sado el sur de España, que en aquella época se llamó *Vandalucía* (Andalucía), fueron a establecerse en la provincia de Africa, y, dueños de Córcega y Cerdeña, dominaban el Mediterráneo.

Importa observar que casi todos esos bárbaros, y muy particularmente los francos, los godos y los burgundios, residían en el imperio, por lo menos en apariencia, con consentimiento del emperador y para servirle. Los visigodos, por ejemplo, cuando se les dió por un tratado el valle del Garona, prometieron «servir fielmente al emperador y emplear sus fuerzas en la defensa del estado romano», y en las monedas del rey ostrogodo Teodoriso, sólo figuraba el nombre del emperador.

Por otra parte, en las regiones en que los bárbaros se habían establecido, los habitantes seguían considerándose súbditos del emperador. Sólo reconocían como autoridad legítima la que emanaba del emperador. Para ellos, los reyes bárbaros, ya fuesen godos o francos, no tenían más autoridad que la que les daban sus títulos de oficiales imperiales. Esos sentimientos de fidelidad al imperio los inspiraba y hacía subsistir el clero católico.

Desde el punto de vista religioso, las poblaciones romanas eran católicas. Los francos empezaban a convertirse al catolicismo. Los godos, los

DURACIÓN DE
LOS ESTADOS
BÁRBAROS

Esos estados bárbaros tuvieron destinos muy diferentes. Tres entre los más considerables desaparecieron desde el siglo VI. El reino burgundio cayó en manos de los francos. Los reinos ostrogodo y vándalo fueron conquistados por el célebre emperador de Constantinopla, *Justiniano*.

En España, el reino de los visigodos duró hasta la invasión árabe, a principios del siglo VIII (711). Lo curioso es que este estado bárbaro fué transformándose poco a poco en una verdadera *teocracia*. Después de la conversión de *Recaredo* (589), los visigodos llegaron a ser católicos y la dignidad real acabó por estar completamente sometida a la tutela de los obispos.

En Inglaterra, los anglos y los sajones habían formado siete pequeños reinos que fueron evangelizados por misioneros enviados de Roma por los papas. La dominación anglosajona subsistió hasta el siglo XI, época en que la derribaron nuevos invasores conocidos con el nombre de *normandos*.

De todos estos estados bárbaros, sólo duró el reino franco, y de la monarquía franca fué de donde salió la Francia moderna.

Los francos fueron los únicos bárbaros que crearon una obra durable, porque establecidos en un país rico y civilizado, fueron más perseverantes que los otros bárbaros en aceptar los beneficios de la civilización romana.

Habían entrado a servir el imperio en tiempo de *Juliano*. Se subdividían en tribus, y cada tribu tenía su rey: una de ellas estaba gobernada hacia fines del siglo V por el rey *Clodoveo*.

Aunque pagano, en 493, contrajo matrimonio con la princesa católica *Clotilde*, sobrina del rey de los burgundios. Tres años después, los *alamanos*, pueblo germano, atravesaban el Rin e invadían la Galia. Clodoveo los venció en *Tolbiac* y los sometió. Así empezó a conquistar a *Germania*.

Como en lo más reñido de la nelea sus guerreros entraron

doveo cumplió su promesa: San Remigio lo bautizó en Reims, así como a tres mil guerreros suyos.

Después Clodoveo venció al rey de los burgundios, y al rey de los visigodos, Alarico II. Clodoveo se apoderó de la mayor parte de Aquitania, es decir del país comprendido entre el Loira y los Pirineos. Al terminar la conquista, recibió del emperador Anastasio el grado de *patrício* y de *cónsul*.

Clodoveo murió en 511, cuando ya había hecho desaparecer valiéndose del homicidio a los reyes de las diversas tribus francas. Había sometido a su autoridad la Galia entera, salvo el valle que limitan el Saona y el Ródano.

La causa principal del buen éxito de Clodoveo Y EL CLERO fué el apoyo que le prestó el clero católico.

San Remigio, obispo de Reims, preparó el matrimonio de Clodoveo con la princesa católica Clotilde. Uno de los primeros resultados de dicho matrimonio fué que los habitantes de París abrieran a Clodoveo las puertas de la ciudad que hasta entonces le habían cerrado obstinadamente.

Después del bautismo, Clodoveo, único rey católico, resultó ser naturalmente jefe de los católicos y protector oficial de éstos. Un obispo del país de los burgundios le escribía: «Cuando tú combates, nosotros somos los que triunfamos.»

Su conversión, más aún que los títulos imperiales que poseía, permitió a Clodoveo ser jefe de la mayor parte de la Galia, en los últimos años de su vida. *Jefe y no rey*, pues a todas luces sería contrario a la realidad histórica imaginar que Clodoveo y sus sucesores eran reyes a manera de los soberanos modernos.



TIPO LLAMADO
FRANCO.

El tipo franco pasa por haber subsistido en una parte del norte de Francia y en Bélgica. Se distingue por los cabellos rubios, casi jaros, los ojos azules, la mirada atrevida, la nariz repulgada y la barba saliente.

muchos hermanos, se dividían el reino como si éste fuera una heredad particular.

Todos esos reyes merovingios, incluso Clodoveo, tuvieron el doble carácter de reyes de los francos y reyes de los galorromanos.

Como *reyes de los francos*, a los merovingios les cupo muy poca autoridad sobre aquellos indisciplinados súbditos: el poder dependía sobre todo del vigor de la mano que tenía las riendas. Los guerreros más adictos, no les servían sino con la mira puesta en el saqueo y el botín.

Cuando no había países a donde ir a saquear, los reyes daban a sus leudes, para conservarlos al lado suyo, alguna parte de sus haciendas; este género de dádivas se llamaba *beneficio*. Esos beneficios eran *amovibles*, es decir, que el leude que lo gozaba podía ser *removido* de él en el caso de haber faltado a su servicio. Pero, desde fines del siglo VI, los beneficios fueron *vitalicios*, esto es, que debían durar hasta el fin de la vida del beneficiario. En esa forma, los reyes merovingios fueron despojándose poco a poco de todos sus bienes hasta que no habiendo más predios susceptibles de ser concedidos,



JEFE FRANCO.

res. y los monarcas dadivosos fueron reemplazados por los *carolingios*.

Como *reyes de los galorromanos*, rodeados de acaudalados súbditos, los merovingios procuraron imitar la organización imperial. Aunque los merovingios empleaban, para encabezar sus escritos, las fórmulas imperiales: «Queremos y ordenamos», en realidad, el poder de estos reyes era casi nulo. No lograban hacer que se pagaran los impuestos establecidos antiguamente por los emperadores. Sus reinos fueron divididos en *ciudades*, como antiguamente el imperio, y los *condes* administraban en nombre de ellos. Empero, a principios del siglo VII, los guerreros leudes y los obispos, en virtud de la *constitución perpetua*, impusieron a los reyes la obligación de escoger el conde entre los grandes propietarios de la ciudad exclusivamente; así, este funcionario, resultó ser, en breve tiempo, mucho más rey que el rey mismo. En su misma sede el rey tampoco gobernaba: uno de sus funcionarios, *el mayordomo de palacio*, fué aumentando sus atribuciones hasta ser el verdadero rey.

LAS LEYES
BARBARAS: EL
WEHRGELD

En nuestros días, se está sometido a la ley del país donde se habita sea cual fuere la nación a que se pertenezca: un peruano que vive en Cuba está sometido a las leyes cubanas. Por eso se dice que las leyes son *territoriales*. En los tiempos merovingios, las leyes eran *personales*. Cada individuo debía ser juzgado según la ley de la nación a que pertenecían: el galorromano, según la ley romana; otro tanto ocurría con el burgundio, el visigodo, etc.

Las leyes bárbaras eran leyes penales, o mejor dicho, tarifas de las sumas representativas de la reparación que merecía un perjuicio causado a otro. Esa tarifa, llamada *wehrgeld* o *componenda*, variaba según las leyes, la calidad de las víctimas y las circunstancias del delito. Por el homicidio cometido en la persona de un obispo, un ripuario (francos de las orillas del Rin), debía pagar 900 sueldos de oro (el sueldo de oro valía unos 100 francos), y un alamano 960. La muerte de un esclavo costaba 30 sueldos de oro a un ripuario

jurias: 6 sueldos de oro costaba motejar a alguien de *liebre*, es decir de cobarde.

LAS
ORDALÍAS Para demostrar la culpabilidad o la inocencia de un acusado, se recurría a las *pruebas* u *ordalias*, o bien al *duelo judicial*. Las pruebas se hacían por medio del agua y del fuego. En la prueba por el fuego, el acusado debía dar algunos pasos llevando en la mano un hierro candente. Si tres días después no presentaba la mano señal alguna de quemadura, o si las quemaduras tenían cierto aspecto, era declarado inocente.

En el duelo judicial, se ponían frente a frente el acusador y el acusado o, a falta de éstos, *campeones* que los representaban. El vencedor era reputado haber dicho la verdad, porque, según se pensaba, Dios no podía permitir que el inocente sucumbiera. De aquí que se llamara al duelo judicial el *juicio de Dios*.

LAS
COSTUMBRES Un relato de Gregorio de Turs, contemporáneo de los acontecimientos, bastará para juzgar el alma y las costumbres de los tiempos merovingos.

Clodomiro, un hijo de Clodoveo, había muerto dejando dos hijos que educaba su abuela, la reina Clotilde. «Un día, Childeberto, su tío, envió secretamente el recado siguiente a su hermano Clotario: Nuestra madre tiene a los hijos de nuestro hermano y quiere darles el reino. Es preciso que vengas en seguida a París para que decidamos si debemos cortarles los cabellos como al resto del pueblo, o si los matamos para repartirnos el reino de nuestro hermano». Clotario, a quien el recado llenó de júbilo, fué prestamente a París.

«Ya reunidos, los dos reyes hicieron llamar a sus sobrinos, so pretexto de elevarlos al trono. Inmediatamente que se presentaron, Clotario cogió por el brazo al mayor de ellos, lo echó a tierra y le hundió el cuchillo en el sobaco, dándole así una muerte cruel. Como oyera los gritos de la víctima, el otro niño se arrojó a los pies de Childeberto y le dijo con los ojos bañados en lágrimas: «Socórrome, querido y buen padre mío, para que yo no muera como mi hermano». Conmovido, Childeberto dijo entonces a su hermano: «Te ruego, muy querido hermano, que tengas la generosidad de concederme su vida. Si así lo haces, te daré por ello lo que me pidas». Clotario luego que lo hubo inquirido...

hacerlo me abandonas de repente!» Childeberto, apartando entonces al niño, lo arrojó a Clotario, que le hundió igualmente el cuchillo en el costado y lo mató. En seguida, mataron a los criados y a los ayos, y Clotario, montando después a caballo, se fué con Childeberto a los arrabales, sin mostrar el menor remordimiento por el asesinato de sus sobrinos. Uno de estos tenía diez años, y el otro siete.»

El mismo Clotario incendió, con su propia mano, una cabaña donde había hecho encerrar a su hijo Chram, a la mujer y a los hijos de éste.

Por lo que va dicho acerca de los reyes, se puede colegir lo que eran los súbditos. Gregorio de Turs escribe, a propósito del paso de los leudes de Thierry: «Nada dejaron a los habitantes, como no fuera la tierra, y ello porque no podían llevarse también». En la historia de los siglos VI y VII, predominan la violencia, el latrocinio, el pillaje y el asesinato. El establecimiento del poder franco en Galia fué una verdadera regresión al estado de salvajismo.

PAPEL DE
LA IGLESIA

En medio de tantas atrocidades, la iglesia procuraba traer un poco de lenidad. Como era poderosa, utilizaba su autoridad en favor de los débiles y de los oprimidos. Trató de suavizar la ferocidad de los bárbaros, cuando prohibió matar a los esclavos, venderlos y separarlos de sus mujeres y de sus hijos. Influyó para que fuesen libres cuando proclamó que el esclavo y el rey eran iguales ante Dios. Los obispos resistieron a los reyes, los contuvieron amenazándolos con la excomunión, que los ponía fuera de la iglesia, e infundiéndoles el temor de los castigos eternos. Por último, gracias a la iglesia, pudo salvarse lo poco que subsistía de la civilización romana en Galia. En aquel entonces, sólo los cléricos sabían, poco más o menos, leer y escribir.

ESPAÑA VISIGOTICA

LOS
SIGOGOS

En 409, tres grupos germanos cruzaron los Pirineos: los suevos, los alanos y los vándalos. Después de devastar la península se la repartieron

los alanos de Lusitania, hoy Portugal, y otros vándalos de la Bética, que tomó de ellos su actual nombre de Andalucía (antes Vandalucía).

A estos grupos se agregó más tarde el de los *visigodos*, que por su mayor contacto pacífico con Roma eran más civilizados y que como vimos antes habían estado antes de llegar a España, como federados, en el S. O. de la Galia, y antes aún, con Alarico y Ataulfo en Italia. Sus sucesores abandonaron la lucha con el emperador y se aliaron con él, atacaron a los demás bárbaros de la península y, por derrota o exterminio, resultó romanizado todo el territorio ibérico.

Mantuviéronse, sin embargo, las costumbres propias de los visigodos: así, por ejemplo, el rey era elegido.

Algunos aspirantes facilitaron la elección asesinando al anterior. Uno de ellos fué Eurico, que debió asesinar a su propio hermano. Sin embargo, durante su reinado se compiló el código que lleva su nombre, obra probablemente de juristas romanos, que representa la transición entre el derecho de la época antigua y el de la Edad Media y que ha sido modelo de otras legislaciones germanas.

Eurico realizó afortunadas conquistas y aunque no llegó a reinar en toda la península, reinó en partes de la Francia actual, siendo su capital unas veces Tolosa, otras Burdeos, otras Arlés. Su reino fué el más poderoso e importante de Europa.

Sus sucesores renovaron la época de desórdenes y anarquía, que aprovecharon los bizantinos para apoderarse de una buena parte del sudeste de la península.

Leovigildo, que reinó en el siglo VI, volvió a la tradición de Eurico: se le atribuye un código que se ha perdido, y trató de expulsar a los extranjeros y de pacificar el reino. Con cierta vocación imperial, fué dado a lo mayestático y al gobierno con grandes vistas. Su obra principal fué, sin embargo, la militar y de pacificación, esta última especialmente provocada por las disputas de católicos y arrianos.

Recaredo que reinó a fines del siglo VI zanjó las disputas convirtiéndose al catolicismo; así obtuvo el apoyo de la ma-

pletar la unificación de las razas, ya iniciada por Leovigildo, que tratarán de realizar sus sucesores mediante la fusión del derecho romano y del visigótico.

Se logró esta fusión en el llamado *Lib. iudiciorum*, obra de varios reyes, entre los que debe mencionarse a Chindasvinto y a Recesvinto, que sin embargo fracasó en la práctica porque era más romano que germánico. Así, por ejemplo, admitía el derecho territorial, y no el personal de los germanos. Sin embargo, más tarde, cuando la actividad militar concentró todas las energías, este código halló más fácil aplicación por la necesidad de una ley uniforme y precisa en medio de la inseguridad del estado, víctima de ataques exteriores y de desórdenes internos.

En efecto, reinaba Wamba en el siglo VII cuando hacen su primera aparición los árabes. La corona sigue siendo electiva a pesar del deseo de los monarcas —que inician la costumbre de asociar sus hijos al trono—. Con la electividad se quitaba fuerza a la dignidad real, y se alentaba la ambición de los nobles que provocaron frecuentes luchas.

CAPITULO III

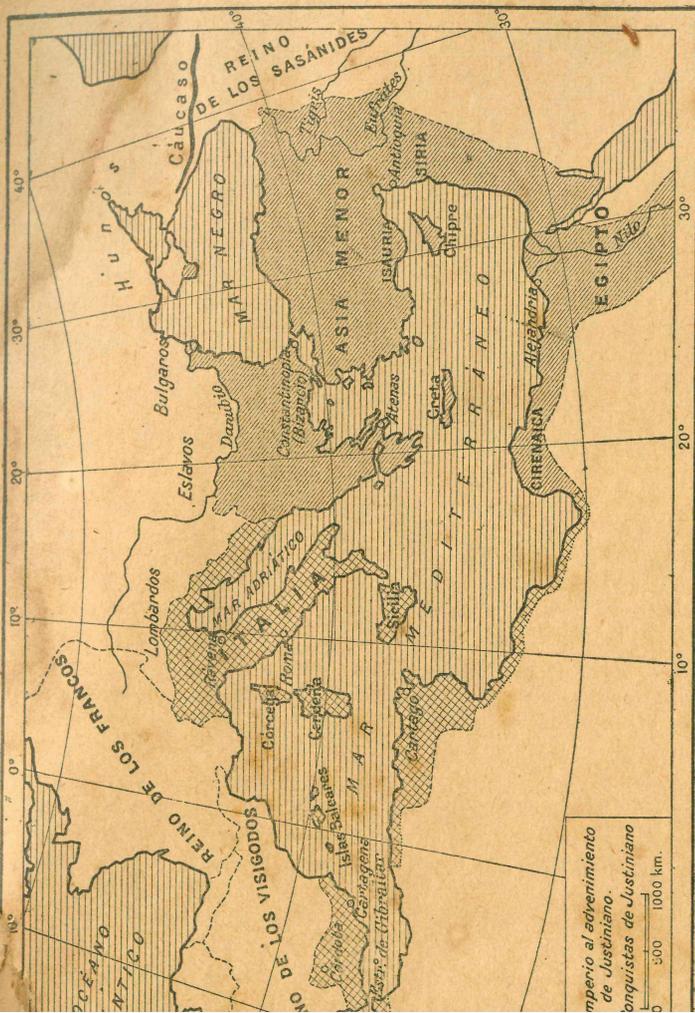
EL IMPERIO ROMANO DE ORIENTE

A principios del siglo VI se podía creer que el Imperio Romano de Oriente no duraría mucho más que el imperio de Occidente, pues parecía tener más brillo aparente que fuerza real.

En el exterior se mantenía el peligro bárbaro. Si los ostrogodos pudieron ser desviados hacia Italia, otros pueblos: hunos, eslavos, búlgaros, los reemplazaron franqueando y devastando las fronteras del Danubio. Fué necesario construir una muralla de 70 kilómetros entre el mar Negro y el de Mármara, para poner a Constantinopla a cubierto de los ataques. Las provincias del Asia, por su parte, estaban amenazadas por los reyes persas y las tribus árabes.

Internamente molestaban al Imperio las intrigas de palacio y las querellas religiosas, dos males de que no se curaría nunca. Mujeres o soldados, disponían de la corona imperial: el emperador debía cuidarse de las incesantes conspiraciones. Los griegos, espíritus sutiles, discutían con ahinco sobre la naturaleza de Cristo; según los *arrianos* Cristo no es igual a Dios; los *nestorianos* sostuvieron después que era un hombre convertido en Dios. Finalmente, los *monofisitas* sostuvieron que era solamente Dios. Estas doctrinas fueron declaradas heréticas, pero sus partidarios prefirieron separarse de la Iglesia y no someterse.

JUSTINIANO
La organización imperial subsistía, sin embargo tal como la habían dejado Diocleciano y Constantino. El recuerdo de la gran



EL IMPERIO DE JUSTINIANO.



JUSTINIANO Y SU CORTE.

Mosaico de San Vital de Ravena.

Justiniano y Teodora ofrecen presentes a la iglesia de San Vital. En medio, el Emperador, la cabeza nimbada y coronada con una diadema deslumbrante de pedrería. Lleva la clámide púrpura, ornada del tablón —insignia de las más altas autoridades— pieza de forma cuadrada brochada de oro. Está precedido por Maximiliano, arzobispo de Ravena, y dos prelados. Le siguen tres dignatarios (dos en el primer plano) cuya clámide blanca está adornada con el tablón púrpura, y tres soldados de la guardia imperial. Las cabezas constituyen retratos cuidadosamente estudiados; el más notable es el de Maximiliano.

guardia, Justino. Nacido en un pueblito de Macedonia, era un paisano sin cultura, pero hizo dar buena educación a su sobrino Justiniano, que fué su principal consejero y le sucedió en 527.

Justiniano resolvió dar al Imperio la extensión y el poder que había tenido en tiempo de los grandes emperadores romanos. Para lograrlo desplegó durante todo su reinado (527-565) una actividad infatigable. Era vanidoso, desconfiado hasta el punto de hacer caer en desercacia a sus mejores servi-



TEODORA Y SU CORTE.

Mosaico de San Vital de Ravena.

Esta segunda composición es de un arte quizás más refinado todavía que la precedente. La Emperatriz, cubierta de joyas, coronada de una alta diadema con pendientes de perlas, lleva un suntuoso manto de púrpura violeta terminado por un ancho bordado en oro representando la Adoración de los Magos. A la derecha, una serie de damas de la Corte con ricos tocados de tonos de un colorido deslumbrante. A la izquierda, dos dignatarios que llevan las mismas vestiduras que los que escoltan a Justiniano: uno de ellos aparta el cortinado para dejar paso al cortejo imperial. A la izquierda, en primer plano, juego de agua en un pilón.

los osos del anfiteatro cuya coronación fué un escándalo, pero que tenía el alma enérgica.

LA SEDCION NIKE

Una de esas crisis, tan violenta que casi costó la corona a Justiniano, al principio de su reinado, en 532, fué la llamada sublevación Nike, denominada así porque esa palabra —victoria en griego— era el santo y seña de los insurrectos. Comenzó la insurrección en las querellas encarnizadas de los azules y los verdes, partidos que se habían formado en el momento de la coronación de Justiniano.

mingo de enero de 532, acusaron a Justiniano de parcialidad hacia los azules y el alboroto se convirtió en una formidable sublevación que duró ocho días. Justiniano quiso huir: «Huye, César, si quieres huir, le dijo Teodora; tienes dinero, los barcos están listos, el mar está libre; pero yo me quedo. Creo en la vieja máxima, de que la púrpura es la mejor mortaja». Cuando Justiniano retemplado por esa respuesta ordenó a su fiel general Belisario que reprimiera la insurrección, quedaron 30.000 cadáveres en el circo.

LAS
GUERRAS DE
JUSTINIANO

Justiniano, en adelante temido y respetado, pudo emprender la obra que se había propuesto; restablecer la unidad romana y restaurar la autoridad imperial de Occidente. “Espero, escribía, que Dios nos permita recobrar los países que los antiguos romanos poseían hasta los límites de los dos océanos”.

Justiniano atacó unos tras otros a los vándalos, los ostrogodos y los visigodos. En una sola campaña de un año (533-534) Belisario destruyó el reino vándalo y reconquistó el Africa del Norte. La conquista de Italia exigió en cambio 20 años (535-554) y el arrasamiento del país; los que no murieron en guerra murieron por las pestes subsiguientes a aquélla. El mismo año 554 las tropas bizantinas se apoderaron del sudeste de España, con Cartagena y Córdoba. El Imperio había reconquistado su antigua extensión salvo las provincias del Atlántico y de la Galia, donde dominaban los visigodos y los francos.

Este éxito fué debido a causas militares, políticas y religiosas.

Los ejércitos imperiales tenían, naturalmente, sobre los bárbaros, la ventaja del armamento y del comando a pesar de ser menos numerosos. En 537, por ejemplo, Belisario sitió en Roma con 5.000 hombres, durante un año a 150.000 godos.

Debe agregarse que la rápida decadencia de los reinos bárbaros facilitó la empresa de Justiniano. No sólo se habían debilitado las virtudes guerreras de los pueblos bárbaros al ponerse en contacto con una civilización demasiado refinada para ellos, sino también la autoridad real había sufrido querellas de sucesión, asesinatos, usurpaciones y guerras civiles.

cruzadas religiosas; frente a los bárbaros arrianos, Justiniano era un defensor de la iglesia y de la fe católicas. Por esto los francos que eran católicos, fueron sus aliados.

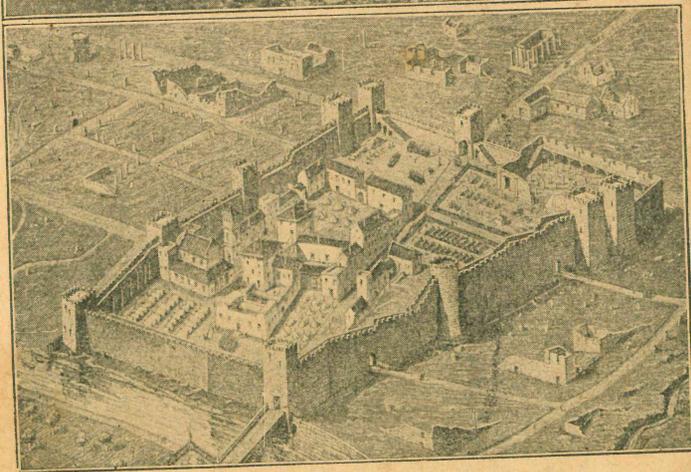
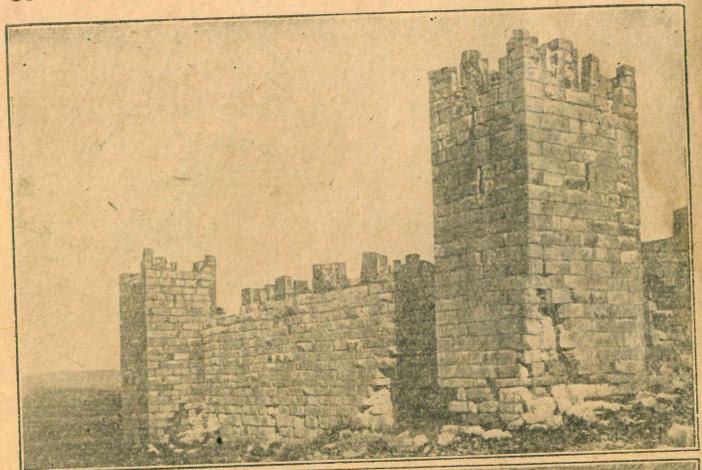
Pero mientras atacaba a los bárbaros en Occidente era atacado en Oriente por muchos enemigos y debió emprender importantes obras de defensa que todavía existen, pero fueron insuficientes.

En el norte, en el Danubio, hicieron irrupción las hordas bárbaras de eslavos, —que era un pueblo de raza blanca como los germanos y los celtas—, los hunos y los búlgaros —asiáticos de raza amarilla—, y asolaron todo hasta las puertas de Constantinopla. Justiniano se libró de ellos, sea por la fuerza o por la diplomacia. Por el Asia lo mantuvieron en jaque los persas, pero obtuvo la paz mediante el pago de un tributo anual.

LA OBRA
LEGISLATIVA

Como verdadero emperador romano, Justiniano quiso ser un legislador “a un tiempo, triunfador del enemigo y defensor escrupuloso del derecho” según sus propias palabras. Su obra legislativa fué más duradera que sus conquistas y debe su renombre a aquélla.

Las decisiones de los emperadores y los trabajos de los jurisconsultos romanos formaban tal acumulación de textos, que eran de difícil consulta y había frecuentes contradicciones. Para facilitar el estudio del derecho y para permitir a los jueces impartir justicia “según leyes ciertas e indiscutibles” Justiniano decidió compilar todos los textos, clasificarlos, no conservar de ellos sino lo esencial y hacerlos concordar, es decir, eliminar las contradicciones. Se formaron comisiones de abogados y profesores de derecho que elaboraron sucesivamente el *Código Justiniano* recopilación de las principales decisiones imperiales desde la época de Adriano, el *Digesto o las Pandectas*, recopilación que contenía todo lo fundamental de los escritos de los jurisconsultos y finalmente los *Instituta* (Instituciones) manual destinado a “la juventud deseosa de estudiar el derecho”. Orgulloso de su obra Justiniano declaró que había encerrado como en una fortaleza todo el derecho antiguo.



CIUDADELAS BIZANTINAS.

Fotografía comunicada por Ch. Diehl y dibujo de H. Saladin. Para asegurar la defensa del Imperio, Justiniano hizo elevar en todas las provincias innumerables fortalezas, de las que subsisten todavía hoy, ruinas imponentes. En la parte superior, ruinas de la fortaleza de Lemsá en Túnez. Debajo, se ve la reconstrucción de la fortaleza de Lemsá en Túnez. Debajo, se ve la reconstrucción de un

de defectos: para realizarlo no se vaciló en cortar, simplificar o retocar arbitrariamente los escritos antiguos. Sin embargo, los resultados han sido benéficos y duraderos; gracias a las recopilaciones de Justiniano el derecho romano ha podido sobrevivir, y este derecho es una de las manifestaciones superiores de la civilización antigua, el esfuerzo más extraordinario que se haya hecho para organizar una sociedad según reglas fijas y equitativas. Si el derecho romano hubiera desaparecido, la Edad Media difícilmente se habría desprendido de la barbarie. Esto basta para comprender la trascendencia de la obra realizada por Justiniano.

Justiniano fué también un gran constructor; innumerables monumentos se levantaron durante su reinado en el imperio: fortalezas, acueductos, baños públicos, hospitales, iglesias y palacios. De todas estas construcciones, la más grandiosa fué la Iglesia de Santa Sofía — en griego *Sabiduría Divina* — en Constantinopla. Diez mil obreros trabajaron durante cinco años dirigidos por dos arquitectos griegos. Justiniano quiso realizar una obra incomparable en amplitud y suntuosidad. Los arquitectos elevaron sobre la parte central una enorme cúpula de 31 metros de ancho, alta de 56 metros, apoyada sobre cuatro grandes arcos que descansan a su vez sobre cuatro pilares colosales y flanqueadas por dos vastas semicúpulas, obra admirable, dice un cronista contemporáneo, que “más que descansar en la mampostería, parece suspendida del cielo con una cadena de oro”. La decoración interior fué de una magnificencia insólita: columnas de pórfito y de mármol verde, revestimiento de mármoles multicolores en la parte baja de los muros y en el suelo; el resto de los muros y las bóvedas de las cúpulas revestidos de inmensos mosaicos con fondos de oro. Para adornar, el altar, el púlpito, el trono del patriarca se prodigó el oro, el marfil, las pedrerías, los esmaltes. Al inaugurar el templo, Justiniano, deslumbrado, escribió: “Gloria a Dios que me ha creído digno de cumplir tal obra! ¡Salomón! ¡Te he vencido!”

Cuando los turcos se apoderaron de Constantinopla, trasladaron Santa Sofía a mezquita y recubrieron con una

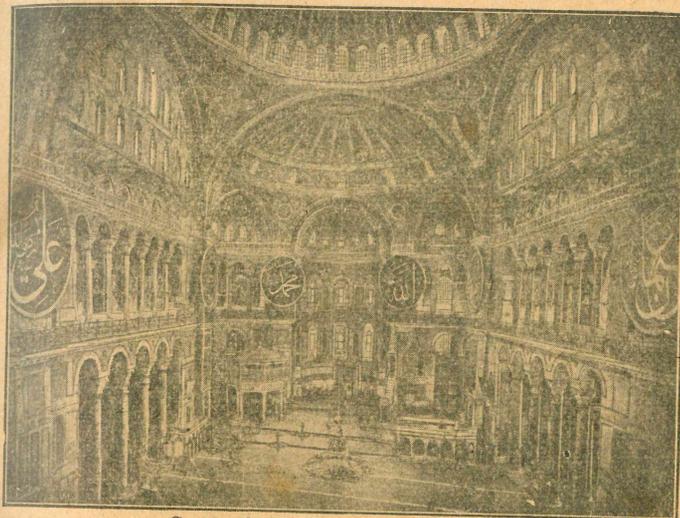


SANTA SOFÍA (Vista exterior).

Actualmente, el prodigioso edificio aparece como una masa casi caótica, a causa de las construcciones parásitas que la rodean y de los contrafuertes con los que se ha apuntalado la inmensa cúpula. Esta era de una concepción tan atrevida, que en 558 se desplomó, debiéndose reconstruirla con pequeñas modificaciones. Se ve a la izquierda una de las medias cúpulas laterales. Ninguna decoración exterior; los muros son de ladrillo desnudo. Las torres altas y delgadas que se elevan a derecha e izquierda de Santa Sofía son minaretes construidos por los turcos cuando Santa Sofía fué transformada en mezquita.

ordinario monumento del Oriente y atestigua lo que fué el poder de Justiniano.

La conquista del Occidente, su obra legislativa, los magníficos monumentos con que adornó el Imperio enorgullicieron excesivamente a Justiniano. El despotismo imperial se revistió de un fasto inusitado para realzar su prestigio. El palacio sagrado donde residía el Emperador era una ciudad como han sido después el palacio imperial de Pekín o el Kremlin de Moscú. Una etiqueta minuciosa reglaba to



SANTA SOFÍA. — VISTA INTERIOR.

Reproducción fotográfica.

Esta fotografía está tomada desde la galería del primer piso y sólo muestra una pequeña parte de este templo colosal, así como el arranque de la bóveda. Esta iglesia mide 75 m. de largo por 70 de ancho. El decorado era extraordinariamente rico. Tiene 107 columnas de mármol raro. Los muros estaban enteramente decorados con mosaicos con fondo de oro, que los turcos han cubierto con un estuco, porque el Corán prohíbe la representación de la figura humana. Se ven sin embargo arriba, y en los arranques de la bóveda, a derecha e izquierda, las alas de dos arcángeles. En el fondo se ve el ábside. Delante y a la derecha un púlpito cuyo puntagudo tornavoz tiene forma de apagador: es el mimbar que existe en todas las mezquitas, desde el cual los sacerdotes musulmanes predicán y leen el Corán a los creyentes. Cuatro grandes discos en forma de escudos tienen inscritos en letras de oro sobre fondo verde, versículos del Corán. Numerosas arañas —que en la fotografía parecen tocar al suelo— completan el decorado.

Este esplendor disimulaba muchas taras y miserias. La parte era un foco de intrigas y de corrupción; alrededor de

Justiniano murió (565) detestado, dejando agrandado el Imperio, pero empobrecido de hombres y de dinero.

EL IMPERIO
DESPUÉS DE
JUSTINIANO

Justiniano había pretendido reconstruir el Imperio Romano, gobernando a la vez Oriente y Occidente, como los viejos emperadores. Pero los resultados no fueron duraderos. Después de su muerte el inmenso dominio volvió a parcelarse. Desde el fin del siglo VI, nuevos invasores, los lombardos, ocuparon Italia del Norte, los visigodos reconquistaron el sudeste de España. En el siglo VII los eslavos —servios y croatas— y los búlgaros se establecieron en los Balkanes, mientras los árabes, ahora musulmanes, y conquistadores, tomaban toda la Siria, el Egipto y el Africa del Norte. En el siglo VIII Italia fué casi enteramente conquistada por los francos. (1)

Así, sin haber renunciado jamás a sus antiguas pretensiones, los emperadores de Constantinopla, no fueron sino emperadores de Oriente. Por respeto a la tradición el Imperio sigue llamándose romano; pero en realidad fué un Imperio Griego puesto que su reducido territorio no comprendía sino países griegos o helenizados, Grecia misma, Macedonia, Tracia, el Asia Menor. El griego reemplazó al latín como lengua oficial. En la administración y en el ejército los dignatarios llevaron nombres griegos como *estratega* general; *exarca*, gobernador y el emperador mismo se hizo llamar *basileus*, rey en griego.

La historia del Imperio griego que se prolonga hasta 1453, fecha de la toma de Constantinopla por los turcos, ha sido a menudo representada como una larga decadencia; se ha recordado la corrupción de sus costumbres, las sangrientas revueltas de palacio, las disputas pueriles de sus teólogos (2).

Es cierto que el Imperio no ha cesado de estar trastornado por querellas religiosas y revoluciones de palacio o de campamento.

Casi todos sus reinados han sido interrumpido por tragedias sangrientas. En 695, por ejemplo, el emperador J

ustiniano II fué destronado por una revuelta: le cortaron la nariz, lo exilaron y dos usurpadores ocuparon su lugar; diez años después Justiniano II reaparece, recobra el trono y asiste a las fiestas del circo con los pies puestos sobre las nuca de sus rivales a los que después hizo ajusticiar.

Pero es justo reconocer que la historia del Imperio griego no se resume toda en estos horrores. Muchas veces el Imperio fué gobernado por soberanos notables y ha conocido épocas de prosperidad. Durante 900 años contuvo victorioso a los enemigos que lo atacaban por todas partes; poco a poco los asaltos árabes, búlgaros, rusos se quebraron ante los muros de Constantinopla, cuyos defensores estaban armados del fuego griego que lanzaban con sifones o con granadas. Finalmente en medio de la Europa bárbara, el Imperio griego fué el centro de la civilización: sus misioneros, sus artistas, sus letrados, sus diplomáticos, educaron a los pueblos de la Europa Oriental, servios, búlgaros y rusos.

CAPITULO IV

LA IGLESIA EN LA EDAD MEDIA

I

EL PAPADO. — SAN GREGORIO EL GRANDE.

El papado, es decir el *gobierno de la iglesia*, se organizó durante la Edad Media. Este es uno de los acontecimientos más considerables de la historia y cuyas consecuencias se advierten hasta hoy.

Los papas lograron, en primer lugar, que el gobierno de la iglesia fuera absolutamente *independiente* de los monarcas.

En segundo lugar, pretendieron transformar la autoridad religiosa que tenían, en *autoridad política universal*. Quisieron, por decirlo así, reinar sobre los emperadores y los reyes, del mismo modo que los emperadores y los reyes reinaban sobre sus pueblos.

Esas pretensiones, como es natural fueron combatidas por los monarcas, y particularmente por los emperadores. De aquí que, durante tres siglos, fueron casi permanentes, en Alemania e Italia, las contiendas conocidas con el nombre de *Querrela del Sacerdocio y del Imperio*. El último episodio cuyo teatro fué Francia, y en que Felipe el Hermoso figuró como actor principal, se terminó con la ruina de las pretensiones pontificias.

dador de la iglesia de Roma fué *San Pedro*, el *príncipe*, es decir el primero de los apóstoles. Según el evangelista San Mateo, Cristo personalmente colocó a San Pedro a la cabeza de sus discípulos cuando dijo al apóstol: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia". El obispo de Roma, sucesor de San Pedro, heredaba su primacía.

Sin embargo, la elección del obispo de Roma no se hacía de diferente manera que la de los otros obispos: lo escogían los sacerdotes y los fieles de la ciudad, y no la universalidad de los cristianos.

LOS PAPAS REYES

Los emperadores de Constantinopla mientras estuvieron en posesión de Roma, consideraron al papa como un simple funcionario religioso. Poco a poco, a medida que el poder de los emperadores griegos se debilitaba, el simple funcionario religioso iba siendo de hecho el verdadero dueño de Roma.

LOS LOMBARDOS EN ITALIA

Al morir Justiniano, el imperio de Oriente perdió las conquistas hechas por Belisario en Italia: los lombardos, bárbaros germanos, asolaron la península. Este hecho, tuvo gran influencia en el destino del Papado: Italia quedó dividida en varios reinos y los mismos lombardos no se organizaron hasta fines del siglo VI, en que crearon un reino y se dispusieron a extender su dominio. Las guerras duraron dos siglos y fueron crueles, hasta que, en el siglo VIII, lombardos e italianos se fusionaron: aquellos eran los menos y los menos cultos, de modo que, aunque vencedores, fueron absorbidos.

En ese desconcierto, la autoridad papal era la más consolidada, y a medida que el emperador de Oriente pierde prestigio y poder, lo aumenta el Pontífice. Como toda Italia ha quedado perdida para Bizancio, el jefe de la península es el papa. Al asumir el trono franco, Pepino el Breve se propuso evitar la vecindad peligrosa de los lombardos. Al ser llamado por el papa Esteban II, ante la amenaza lombarda contra Roma, reconquistó las tierras de que se había apo-

que le era adicto. Con éste convino diplomáticamente, a cambio de su protección, la entrega al papa de varias ciudades entre ellas Bolonia y Ancona, y territorio suficiente para convertir al papa en soberano de una franja de tierra, sobre el mar, que iba de la desembocadura del Po a la del Tiber. Al morir Pepino, Desiderio olvidó los pactos y provocó sublevaciones y se apoderó de algunas ciudades, entre ellas Roma. Carlomagno, que sucedió a aquél, lo venció salvando al papa de la difícil situación. Así buena parte de Italia pasó al rey franco, pero fueron respetadas las tierras adjudicadas por Pepino al papa.

La donación de Pepino, confirmada por Carlomagno, fué el comienzo de lo que se llamarán más tarde los Estados de la Iglesia, que desaparecen en 1870 y reaparecieron, si bien reducidos, con el tratado de San Juan de Letrán en 1929. Así se completó la evolución comenzada bajo San Gregorio el Grande: el papa fué entonces un soberano temporal, que tiene tierras y súbditos como los otros reyes. Así se fortalece la alianza de la dinastía carolingia con el papa: Roma está colocada bajo la protección oficial de los reyes francos, y el papa, que comenzó confiriendo a éstos la dignidad de patricio de los romanos —título halagador pero sin valor práctico—, terminará concediéndoles la corona imperial.

SAN GREGORIO
EL GRANDE

La invasión lombarda en Italia y los horrores consiguientes intensificaron la vida religiosa y sobre todo la monástica. No esperando nada de un mundo de tal modo perturbado, muchos cristianos, aún los más nobles y los más sabios, se refugiaron en los claustros para consagrarse a la oración y a la meditación. El más célebre de los claustros fué el de San Benito, cuyos monjes eran los benedictinos. Ellos fueron los mejores auxiliares de los papas y de entre ellos salió Gregorio I el Grande con quien comienza un nuevo período en la historia de la Iglesia.

Pertenecía a una noble familia de Roma y era prefecto de la ciudad cuando el espectáculo del mundo lo decidió a

El piadoso monje aceptó esta carga por piedad, en momentos en que una terrible peste assolaba a Roma. El nuevo papa era pequeño, débil, de salud delicada, pero enérgico, experimentado y de corazón generoso. No quiso más título que el de "servidor de los servidores de Dios". Pero tenía elevada idea de la misión del Papado y en pocos años (590-604) realizó una obra de gran importancia para Roma, para la Iglesia y para la cristiandad.

El Papa no era sino un obispo de Roma, sujeto nominalmente al emperador de Oriente, pero Gregorio, por su prestigio, fué además el jefe de la ciudad. Como Italia estaba dividida y desmembrada por la invasión lombarda, la dominación imperial se hacía difícilmente y cada ciudad estaba abandonada a sus propias fuerzas.

Gregorio comprendió su deber de preparar a Roma para la defensa y cumplió todos los deberes de un jefe de estado, incluso tratar con los jefes lombardos. La piedad del papa le hacía sentar doce pobres a su mesa, todos los días, distribuir socorros a otros; al saber que un pobre había muerto de hambre, se castigó, absteniéndose de decir misa durante varios días.

La Iglesia poseía bienes en todos los países cristianos, especialmente en Italia: formaban lo que se llamaba "el patrimonio de San Pedro". Gregorio nombró funcionarios representantes suyos, que extendieron en la práctica el dominio papal más allá de las murallas de Roma. Así iba consolidándose el *poder temporal* del papado.

Gregorio I completó su obra con muchas reformas, escritos, etc. Entre éstos merece recordarse su *Regla pastoral* que señala los deberes de los sacerdotes y sus *Diálogos*, donde se describen el Infierno, el Purgatorio y el Cielo. Entre sus reformas se destaca la creación del *canto llano*, llamado *gregoriano* para recordar a su creador, que produce una impresión de calma grave y serena al cantar todas las voces al unísono con el mismo tono.

LOS

Se cuenta que viendo el papa una venta de esclavos, le llamaron la atención unos jóvenes altos,

santas constituía el crimen de *simonía*, así llamado porque *Simón el Mago*, sectario judío, quiso comprar a los apóstoles el poder de hacer milagros. Por último, muchos sacerdotes estaban casados y atendían mucho más a sus asuntos de familia que a la dirección espiritual de los fieles. Sacerdote hubo que dió el curato en dote a su hija.

NECESIDAD DE UNA REFORMA HILDEBRANDO

Esa corrupción de la iglesia afligía a los hombres sinceramente cristianos. Todos estimaban que era absolutamente indispensable una *reforma*. Los promotores más enérgicos de la reforma eran los monjes de Cluny, orden célebre por la severidad de su regla y por la vida irreprochable de sus miembros. La reforma se efectuó gracias a *Hildebrando*, monje de dicha orden, y que, más tarde, fué papa con el nombre de *Gregorio VII*.

Hildebrando era muy moreno, pequeño y ventrudo; distinguíase por su intrepidez, por su energía indomable, por su muy despierto intelecto y por lo expedito que era en todas sus acciones. Se había formado elevadísima idea del papel que el papa debía representar en la cristiandad, estimando que debía ocupar en ella el primer puesto y ejercer incontestable soberanía; en una palabra, que debía ser el *obispo universal*.

LA ELECCIÓN DE LOS PAPAS POR LOS CARDENALES

Durante casi veinte años, Hildebrando fué en Roma el consejero de los papas, y quien, por último, inspiró al papa Nicolás II la célebre bula de 1059 que reglamentaba la forma de la elección de los papas. En adelante, el papa debía ser elegido por los *cardenales exclusivamente*.

Así el papa sería, en lo sucesivo, el *elegido de la cristiandad*, y no el elegido del clero romano, puesto que la dignidad cardenalicia se confirió a prelados de todas las naciones.

Dos siglos después (1271) se estableció el uso de encerrar con llave, *cum clavis*, a los cardenales durante la elección, y desde entonces se llamó *cónclave* el lugar donde los cardenales se reunían para elegir papa y la misma junta de car-

mediatamente la elección popular. Hildebrando tomó el nombre de Gregorio VII.

Tenía cerca de sesenta años; su elección le asustó y entristeció porque preveía los obstáculos que iba a encontrar en el cumplimiento de sus designios. Así lo explicaba él en una carta, en que decía: "Un dolor profundo y una tristeza general me oprimen, porque apenas si veo algunos obispos cuya elevación al episcopado y la vida que llevan estén conformes con las leyes de la iglesia. Entre los príncipes no veo ninguno que prefiera el honor de Dios al suyo y la justicia al lucro".

LA REFORMA DEL CLERO

Gregorio VII emprendió inmediatamente la reforma del clero. Renovó los anatemas contra la simonía y los obispos y curas casados. Declaró excluidos de la iglesia a los que habían comprado su cargo, y excluidos igualmente de la misma a los que no se separasen de sus esposas. Prohibió que los cristianos oyeran la misa y recibieran los sacramentos de un cura casado. La resistencia fué viva entre los excluidos. Pero casi por todas partes la gente del pueblo, tomando partido contra ellos, los expulsó de la localidad.

Sin embargo, no bastaba excluir a los simoníacos de los cristianos; importaba extirpar de raíz la simonía, y para ello había necesidad de quitar a los príncipes la posibilidad de nombrar obispos. Era preciso volver a poner en vigor el uso de la elección de los obispos por el clero y el pueblo. En 1075, Gregorio VII declaró excluido de la iglesia al cura que recibiese de un laico un obispado o una abadía; excomulgaba a "todo emperador, rey, duque, marqués, conde o cualquiera persona poderosa o laica que tuviera la pretensión de dar investidura a los obispos o una dignidad eclesiástica".

La decisión de Gregorio VII era muy grave, porque siendo feudos los obispados y las abadías, obispos y abades eran al mismo tiempo señores, vasallos del soberano. Por ejemplo, el obispo de Laón en Francia, jefe espiritual de los habitantes de Laón era asimismo su conde; daba los sacramentos, y tenía sol-

disponían de una parte de sus estados. No podían someterse sin resistencia a una decisión cuyo resultado final sería librar de su influencia las tierras que en sus reinos eran bienes pertenecientes a los obispados y abadías. Debían pues surgir conflictos entre los soberanos y el papa, conflictos que no tardaron en presentarse. Esa lucha se llamó *Querrela de las investiduras*. El primer conflicto fué el que estalló entre el emperador Enrique IV y Gregorio VII.

III

LA IGLESIA EN LA SOCIEDAD

En las sociedades de la Edad Media, el clero ocupó un puesto y representó un papel muy importante. Para comprender la importancia que tuvo aquel papel es preciso figurarse hoy al alto clero de entonces, no solamente de la *iglesia*, sino de los *tribunales* y *escuelas*. En medio de las violencias que se cometían y muy a menudo de la anarquía, el clero, a pesar de las flaquezas de algunos de sus miembros y de la indignidad de otros, simbolizó el principio del orden, sirvió para conservar los restos de la civilización, trató de suavizar la brutalidad de las costumbres y de prestar auxilio a los débiles y humildes.

ORGANIZACIÓN
DE LA IGLESIA.
LOS SECLARES

Todos los países cristianos estaban divididos en *diócesis*, cada una de ellas sometida a un obispo. En los comienzos sólo había iglesias en las ciudades, y una sola por ciudad, que era la iglesia del obispo o *catedral*. Pero al lado de la catedral, la fe de los fieles o las necesidades del culto movieron a edificar nuevas iglesias que llamaron *parroquias*, es decir casa de al lado. En el campo se crearon parroquias igualmente. El cura co-

LOS
REGULARES

Al lado del clero secular existía otro clero cuyos miembros vivían en comunidad, como los soldados viven en el cuartel, sometidos a una regla o instituto que determinaba las condiciones de existencia, el empleo del tiempo y hasta el detalle más mínimo de la vida cotidiana. Éstos eran los *regulares* o *monjes*. Se llamaban *monasterios* o *conventos*, es decir *reunión*, a las casas en que habitaban; se les llamaba también *abadías*, porque *abad* llamaban los monjes al jefe que elegían. El conjunto de conventos donde se obedecía u observaba la misma regla, constituía una *orden*, entre las cuales había la orden de los benedictinos, la de Cluny, la de los cartujos, etcétera.

La orden de *benedictinos* era la más antigua; la había fundado San Benito, un italiano contemporáneo del hijo de Clodoveo. La regla de San Benito sirvió de modelo a todos los fundadores de órdenes. Como obligaciones esenciales deben citarse la *obediencia absoluta* al jefe de la orden, la *pobreza* y el *trabajo*. Los benedictinos estaban obligados a trabajar manualmente siete horas diarias, y a consagrar, además, dos horas al trabajo intelectual, lectura y escritura. "Cada carta que se escribe, decía San Benito, es una estocada que atraviesa al diablo".

El clero regular representó un papel que tuvo importancia excepcional. En la sociedad, en medio de la universal ignorancia, fué la expresión del saber. Los clérigos más sabios se encontraban en los monasterios. Todo lo que se conserva de las obras maestras de la literatura latina procede, sin excepción, de los manuscritos copiados por los monjes. Cuanto sabemos acerca de la historia de la Edad Media, lo debemos en su mayor parte a las *crónicas* que se escribieron en los monasterios.

Los regulares fueron también activos roturadores de tierras, y, en consecuencia, creadores de poblaciones. Huyendo del



TRAJE ECLESIASTICO DEL SIGLO IX.

Reproducción de una miniatura de la Biblia de Carlos el Calvo.

Estos eclesiásticos son dos canónigos de la abadía de San Martín de Turs; están tonsurados, es decir, tienen la parte superior de la

de una galería cubierta que servía de paseo a los religiosos y que se llamaba *claustró*. Fuera del monasterio propiamente dicho, se alzaba la casa destinada a recibir los viajeros, el *hospicio*, es decir la casa de huéspedes.

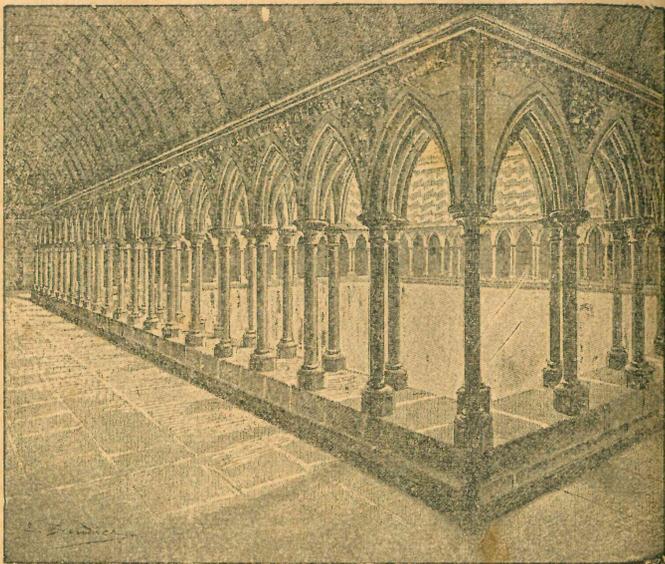
Los monjes, para poder vivir, tenían que labrar las tierras inmediatas al convento. El respeto que la iglesia inspiraba y sabía imponer hasta a los desalmados, hacía que los depredadores no se atrevieran a atacar los monasterios; y creaba alrededor de ellos una zona de seguridad donde la gente campesina encontraba asilo y protección en caso necesario. El convento, además, resultaba ser como una granja modelo a la que bien pronto rodeaba un pueblo. Centenares de poblaciones se han formado de esta manera en torno de los monasterios.

LA IGLESIA Y EL ESTADO CIVIL

El clero intervenía en todos los acontecimientos esenciales de la existencia, tales son: el nacimiento, el matrimonio y la muerte, que hoy se comprueban y anotan en el registro civil, institución que entonces no existía. Las actas o relaciones escritas de estos acontecimientos forman lo que se llama el estado civil. Sin estas actas no hay sociedad regular posible. En la Edad Media, no existía el estado civil. En cambio, el clero se cuidaba de asentar en sus registros cuando administraba el bautismo a un niño, la fecha del nacimiento, el nombre de los padres, etc.; en cuanto al matrimonio, bendecía a los esposos y, por lo que respecta a la defunción, celebraba los oficios de los muertos.

LOS TRIBUNALES DE LA IGLESIA

Desde el Imperio Romano, los obispos tenían el derecho de juzgar a los miembros del clero y pronunciar sentencia en los pleitos que ellos tenían. Sus tribunales se llamaban *oficialidades*. La justicia se administraba allí con más lenidad que en los tribunales. En efecto, la iglesia no



UN CLAUSTRO. — VISTA INTERIOR.

CLAUSTRO OJIVAL DE LA ABADÍA DEL MONTE SAN MIGUEL.

Fotografía Neurdein.

Aquí se ven los cuatro costados de la galería, que está soportada por arcos llamados en ojiva, que tienen la forma de punta de lanza, característica del arte francés o arte gótico. Estos arcos están sobre dos filas de 120 columnas muy ligeras, de granito rosado y de una sola piedra. Cada lado del claustro tiene 25 metros de largo por 4 de ancho. El claustro fué edificado en la época de San Luis, cuando éste era niño (1225-1228) y pertenece a un conjunto de construcciones, llamado con justicia, la Maravilla. La abadía de los benedictinos del Monte San Miguel, fundada en 769, en tiempos de Carlomagno, pero cuyas partes principales datan de los siglos XII y XIII, es al mismo tiempo una ciudadela edificada en un islote rocoso, en el fondo de un golfo formado por la península del Cotentin y la península de Bretaña. Las fortificaciones

LA IGLESIA
Y LAS
ESCUELAS

La enseñanza, que era gratuita y se daba en latín, estaba exclusivamente a cargo del clero: de los sacerdotes en las parroquias y de los monjes en los conventos.

Se estudiaba, en primer lugar, gramática, retórica, dialéctica y teología, y, más tarde, se pasaba a la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. Las escuelas estaban abiertas a todo el mundo; por ellas pasaron muchos hijos del pueblo, los cuales debieron a la instrucción recibida en esos establecimientos el haber sido más tarde personajes importantes de la iglesia y de la sociedad. Varios también llegaron a alcanzar puestos ilustres, por ejemplo, el pastorcillo aquél de las cercanías de Aurillac, llamado Gerberto, que, educado por los Benedictinos, tuvo la reputación de ser el hombre más sabio de su siglo, fué preceptor de un rey de Alemania, después del rey de Francia, Roberto, para ser luego arzobispo de Reims y morir siendo papa (1003) con el nombre de *Silvestre II*. Éste fué el primer papa francés. Precedentemente hemos visto la historia de Hildebrando, que llegó a ser el papa Gregorio VII.

De las escuelas salieron, en el siglo XIII, las *universidades*. A éstas las formaron en algunas grandes ciudades la reunión de maestros y discípulos de todas las escuelas. La universidad de París fué establecida de esta manera en la época de Felipe Augusto.

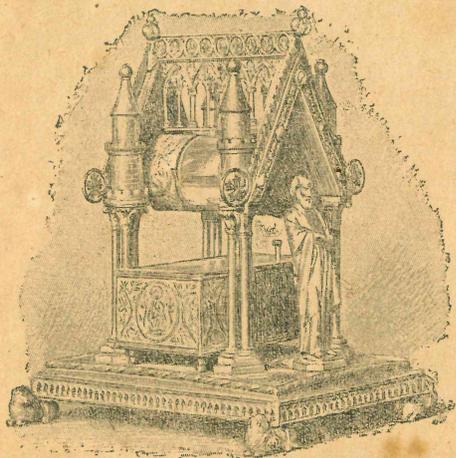
LA IGLESIA Y
LA ASISTENCIA
SOCIAL

Por último, disponiendo la iglesia de riquezas considerables, aseguró durante toda la Edad Media lo que llamamos hoy servicio de *asistencia social* o *beneficencia pública*. Ella era la que acudía en auxilio de los pobres, la que socorría a los huérfanos, a las viudas y a los lisiados, y la que cuidaba a los enfermos indigentes. En los siglos XII y XIII se fundaron numerosos hospitales o *casas de Dios*, y los hubo hasta en los pueblos pequeños. El convento de Cluny distribuyó en un solo año socorros a 17.000 menesterosos.

Los *casos* *privados* entre señores feudales eran

Instituyó en primer lugar, la *paz de Dios*. La paz de Dios determinaba las personas con quienes no se debían emplear las violencias y los actos que debían prohibirse a los beligerantes. He aquí el compromiso que un obispo proponía que juraran los miembros de una *asamblea de país* celebrada en

1023: «No invadiré de ninguna manera las iglesias; no asaltaré ni a los clérigos ni a los monjes; no robaré ni buey, ni vaca, ni ninguna bestia de carga; no aprisionaré labrador ni labradora, ni tampoco a ningún comerciante; no les robaré su dinero ni les obligaré a que paguen rescate por su persona; no les haré perder sus bienes a causa de la guerra de su señor, ni los azotaré para exigirles lo que tienen; no destruiré ni incendiaré las casas, ni arrancaré de raíz, ni vendimiaré las viñas con el pretexto de la guerra.»



RELICARIO DEL TESORO DE LA CATEDRAL DE REIMS.

Fotografía Thuillot.

El culto de las reliquias estaba muy desarrollado en la Edad Media. Al tocarlas se esperaba obtener la curación de una enfermedad o el buen éxito en alguna empresa. Las reliquias se guardaban en muebles preciosos, llamados relicarios. Este relicario, preciosa pieza de platería, data del siglo XIII. Las reliquias estaban encerradas en el cilindro de cristal colocado encima de las columnas, y en el cofrecillo que está entre ellas y detrás de la estatuita.

Posteriormente quiso la iglesia hacer más todavía.

cristo, y esa fué la que se llamó *tregua de Dios*. Todos los concilios celebrados en el siglo XI reiteraron dicha obligación.

Para imponer a los potentados, reyes y señores, el respeto a sus decisiones, el clero sólo disponía de medios morales, o lo que ha dado en llamar *se armas espirituales*. La más poderosa de éstas era la *excomunión*.

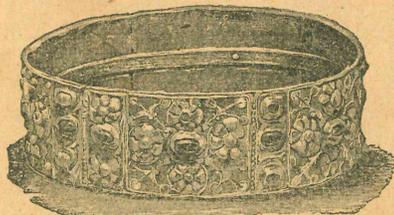
El excomulgado estaba *excluido de la comunidad de los fieles*. Se le negaban los sacramentos; los cristianos no debían tener relación de ningún género con él, y era, en fin, considerado como un pestífero. La ceremonia de la excomunión estaba arreglada en vista de impresionar eficazmente la imaginación de los espectadores. En la iglesia, adornada de negro, y mientras doblaban las campanas, el obispo rodeado de su clero, con hachas en la mano, leía en alta voz la sentencia ante el pueblo reunido. Después pronunciaba la fórmula del anatema: «Que sea maldito en la ciudad, que sea maldito en los campos; malditos sean su granero, sus cosechas y sus hijos. Y lo mismo que se apagan hoy estas hachas por nuestras manos, que se apague la luz de su vida por una eternidad, a menos que se arrepienta.» El obispo y los sacerdotes volvían entonces las hachas y las apagaban en el suelo.

Cuando la excomunión no bastaba para determinar el arrepentimiento del culpable, rey o señor, la iglesia lanzaba el *entredicho* sobre el reino o el señorío. Todas las ceremonias del culto se suspendían allí y se cerraban las iglesias. Por consiguiente, el entredicho alcanzaba, no sólo al rey o al señor, sino al pueblo entero.

GUERRA CONTRA
LOS ESLAVOS Y
LOS AVAROS

Dueño de Germania, Carlomagno derrotó a los *eslavos*, nuevos bárbaros establecidos en la otra banda del Elba, y a los *ávaros*, restos de los hunos, acampados en la actual Hungría. Para contener a los eslavos, organizó marcas o fronteras, principalmente la *Marca Vieja*, que entró más tarde a formar el Brandeburgo, primer elemento del estado prusiano. Contra los ávaros, creó la *Marca del Este*, *Osterreich*, que llegó a ser después Austria.

RESTABLECIMIENTO DEL
IMPERIO



LA CORONA DE HIERRO.

Esta es la antigua corona de los reyes lombardos. Se llama así por el círculo de hierro que se ve en el interior y que pasa por haber sido forjado con uno de los clavos que sirvieron para clavar a Cristo en la cruz. Sobre un fondo de esmalte verde se destacan flores de oro y engastados cabujones. Esta corona se conserva en Monza, Italia.

Es de notar la expresión *en tiempo de los antiguos emperadores*: se consideraba a Carlomagno como continuador de los emperadores romanos. Por otra parte, Carlomagno reunía bajo su autoridad casi todos los pueblos que, en la Eu-

Carlomagno se hallaba en Roma, en la Pascua de Navidad del año 800. Durante los oficios de media noche, en la basílica de San Pedro, rezaba arrodillado enfrente del altar, cuando de pronto el papa León III le puso en la cabeza una corona de oro. El pueblo le aclamó gritando:

«¡Vida y victoria a Carlos Augusto, coronado por Dios; grande y pacífico emperador de los romanos!» Después de lo cual, dice Eginardo, historiador de Carlomagno, el papa se prosternó delante de él y lo adoró según la costumbre establecida en tiempo de los antiguos emperadores».

ción regular. Después de muchos siglos de barbarie e ignorancia, gracias a su influencia hubo en los países ocupados por los francos un *despertar de la civilización*.

La actividad de Carlomagno provoca aún hoy nuestra admiración, así como en aquella época cautivó la imaginación



RECINTO DE UN RING DE LOS AVAROS

UN RING DE LOS AVAROS.

El ring era un campo atrincherado compuesto de varios recintos concéntricos (en este dibujo se ven cuatro), dentro de los cuales estaban las tiendas y cabañas, o casas de madera, de los ávaros. En el centro se ve la residencia de un jefe. Restauración de Ch. Garnier y Ammann.

vivos, nariz un poco larga, y fisonomía sonriente y agradable. «Toda su persona, dice, expresaba grandeza y dignidad».

El poderoso emperador era excesivamente sencillo en su manera de vestir y de vivir.

Su mente, siempre despierta, no le permitía momentos de vagar. Había aprendido el latín, que hablaba con tanta facilidad como su lengua materna; el griego, que comprendía, y había estudiado el cálculo y la astronomía. En la cabecera de su cama tenía tablillas y plumas, para anotar sus pensa-

de los contemporáneos suyos. La obra y la vida del emperador parecieron entonces casi sobrenaturales, y se formó en torno de su nombre una leyenda. Esa leyenda inspiró el *cantar de gesta*, que comprende toda la poesía épica de la Edad Media.

Eginardo, que fué secretario de Carlomagno, lo pinta grueso y robusto, de estatura elevada, vientre prominente, cuello corto, cabeza redonda, ojos grandes y

admiraba y recomendaba a todos los consejos contenidos en los segundos.

Los soberanos vivían en la Edad Media de sus *rentas personales*, cual ricos hacendados, y particularmente de lo que producían sus tierras, vino de sus viñedos, trigo de sus eras,



CARLOMAGNO. — Reproducción del mosaico de San Juan de Letrán en Roma.

Carlomagno, arrodillado, se apoya en el asta de un estandarte. Lleva una caperuza y luce una capa oscura con franja verde, que lleva recogida en el brazo izquierdo. El emperador tiene poblado bigote y no la larga barba que le atribuyen los poetas en el cantar de gesta. Este mosaico, copia exacta de uno hecho en tiempo de Carlomagno, pasa por ser su verdadero retrato.

Carlomagno vigilaba con mucha atención la labranza y el cuidado de sus haciendas; sobre este punto, hasta hizo personalmente una ordenanza (un *capitular*), en la que entraba en los más insignificantes detalles

animales de sus corrales y establos, y caza de sus bosques. Como los frutos eran difícilmente transportables, iban a consumirlos al sitio en que se encontraban, pasando de una heredad a otra a medida que las cosechas se agotaban; así el que apenas tuvieran residencia fija. Solamente en los últimos años de su vida, fué cuando Carlomagno permaneció con más constancia en Aquisgran, circunstancia a que debió dicha ciudad el haber sido como capital del imperio. Antes, el emperador iba de finca en finca, o, como se decía entonces, de villa en villa.

El imperio estaba dividido en *condados*, que correspondían a las antiguas ciudades, condados que llegaron a ser unos trescientos. Cada uno de ellos estaba administrado por un *conde* nombrado por el emperador, y revocable a voluntad de éste. El conde, como el antiguo gobernador romano, reunía



CORONA IMPERIAL LLAMADA DE CARLOMAGNO. — Tesoro imperial de Viena. Según unos, data de Carlos el Calvo, y, según otros, fué hecha doscientos años más tarde. Está formada con ocho hojas o chapas de oro, cuatro de las cuales tienen figuras sobre esmalte; el adorno de las otras cuatro es de perlas, záfiro y esmeraldas. La chapa que se ve en este grabado representa a Cristo entre dos ángeles. Por encima se lee en letras rojas: *Per me reges regnant* (Por mí reinan los reyes). La cruz y el exornado arco de encima fueron añadidos en el siglo XIII.

todos los poderes; era a la vez jefe civil y militar, y jefe de justicia. También había comúnmente en las fronteras, circunscripciones militares donde la autoridad pertenecía al general, llamado *duque*. A estas circunscripciones se llamaban *ducados*.

Los condes y los duques estaban rigurosamente vigilados por *inspectores generales*, los *missi dominici*, es decir, los enviados del soberano. El emperador escogía estos inspectores entre los más altos y acudados personajes del imperio. Se enviaban siempre dos, un eclesiástico y un laico, y hacían cuatro visitas al año.

Los inspectores generales tenían la misión especial de verificar si la justicia estaba debidamente administrada, y de establecer y presentar la lista de los hombres que debían prestar el servicio militar. La organización del ejército preocupaba como era natural a un

mo, el desertor era, «según la antigua costumbre», castigado con la pena de muerte.

Los miembros del clero estaban exentos del servicio personal, porque la religión les prohibía verter sangre; pero debían dar substitutos.

Los siglos en que reinó la dinastía merovingia LAS ESCUELAS fueron tiempos de ignorancia profunda. «La indolencia de nuestros antepasados, escribía Carlomagno, había reducido casi a nada el estudio de las letras.»

El emperador puso empeño en restaurarlas, teniendo en cuenta, ante todo la religión, porque los sacerdotes ignorantes no podían enseñar bien las verdades de la fe. Quiso que cada monasterio tuviera su escuela donde los monjes y clérigos aprendiesen gramática, canto, historia y caligrafía, es decir el arte de escribir con letra elegante.

pero Carlomagno quiso también que el pueblo pudiera instruirse, y que hubiera al lado de cada iglesia, en los arrabales y los pueblos, una escuela gratuita dirigida por el cura de la parroquia. En su palacio mismo hizo abrir una, a la que iban, sin que hubiera distinciones, los niños pobres y los hijos de los nobles.

Muchas cartas que dirigió el emperador a los obispos, y muchas anécdotas, atestiguan la importancia que Carlomagno daba a la instrucción. Inspeccionando un día la escuela establecida en palacio, pidió que le mostraran lo que los alumnos habían escrito sobre determinados temas. Los ejercicios de los niños del pueblo eran buenos, pero los de los hijos de los nobles «estaban plagados de todo género de necesidades.» «Entonces, cuenta el cronista, el prudentísimo Carlos, imitando la justicia del Juez eterno, puso a su diestra a los que habían trabajado bien y les dijo: «Gracias os sean dadas, hijos míos. Aplicaos para que alcancéis la perfección; yo os daré obispados y monasterios magníficos, y seréis siempre a mis ojos dignos de honor». Y volviéndose en seguida, con semblante irritado, a los que tenía a su izquierda, les dirigió con voz de trueno estas terribles palabras: «¡Por el Rey de los Cielos, no hago gran caso de vuestra nobleza ni de vuest-

DESMEMBRO- MIENTO DEL IMPERIO

Carlomagno murió a los 72 años, en 814, y su imperio no duró mucho tiempo. Menos de treinta años después de la muerte de su fundador (814-843) estaba dividido en *tres reinos*. Estos tres reinos se dividieron a su vez en una infinidad de *principados*, y del imperio carolingio salió lo que después fué la *Europa feudal*.



EL REPARTO DE VERDÚN. — LAS INVASIONES NORMANDAS.

La desmembración del imperio tuvo por causas, en primer lugar, su inmensidad. Medía casi mil seiscientos kilómetros en todos sentidos. A menos de tener el genio de Carlomagno, un solo hombre no podría gobernar un estado tan grande

ma raza, poseían diferentes grados de civilización y no hablaban la misma lengua.

Por último, la *costumbre franca de los repartos* entre los hijos de los reyes, hizo inevitable el desmembramiento del imperio.

El hijo de Carlomagno, *Ludovico Pío*, Luis I el Piadoso, emperador, debió luchar con sus hijos *Lotario*, *Luis* y *Carlos el Calvo*, a quienes en vida había hecho reyes. Su muerte (839) desató nuevas guerras. Luis y Carlos derrotaron al mayor, Lotario.

El *tratado de Verdún*, que siguió a la guerra, dió a Luis todo el territorio de la orilla derecha del Rin, con Maguncia en la orilla izquierda «para su provisión de vino»: este fué el *Reino de Germania*. A Lotario le tocó Italia, el valle del Ródano y del Saona, y el valle del Mosa: de esta manera tuvo las dos capitales del imperio, Aquisgrán y Roma, y conservó el título de emperador, aunque sin ninguna autoridad sobre sus hermanos. Carlos, en fin, recibió toda la región de la costa y las cuencas del Escalda, del Sena, del Loira y del Garona: este fué el *Reino de Francia*.

El reparto de Verdún separó definitivamente las dos extremidades del antiguo imperio franco: la *Francia oriental* y la *Francia occidental*. La primera llegó a ser después el *Reino de Germania*, hoy *Alemania*, y la segunda el de *Francia*.

El reino de Lotario, se desmembró en menos de cinco años: se dividió en *Reino de Italia*, allende los Alpes; en *Reino de Borgoña*, más tarde *Reino de Arlés*, en el valle del Saona y del Ródano; y en *Lotaringia*, en el valle del Mosa. Lotaringia se llamó después *Lorena*, la cual es, desde hace más de diez siglos, el campo de batalla de Alemania y Francia, que empezaron a disputársela desde el día siguiente del tratado de Verdún.

CAPITULO VI

LOS ARABES, MAHOMA, EL ISLAMISMO,
EL MUNDO MUSULMAN

IMPORTANCIA DE LA HISTORIA DEL ISLAMISMO A principios del siglo VII, en Asia —que merecería el nombre de *madre de las religiones*, puesto que todas las grandes doctrinas religiosas salieron de allí— nació una religión nueva, llamada el *islamismo* o *religión musulmana*. El islamismo conquistó gran parte de Africa, de Asia, y penetró hasta en Europa. Él fué la causa primera de las más grandes y prolongadas guerras de la Edad Media, llamadas las *Cruzadas*. Sus progresos han sido continuos, y aún hoy ninguna religión gana tantos prosélitos como él, particularmente en China, en India y en Sudán. Se estiman en más de doscientos sesenta millones los musulmanes que hay en el mundo.

ARABIA Y LOS ARABES Ya hemos dicho que el islamismo nació en Arabia, territorio, como se sabe, perteneciente a Asia, y en esa extensa península de tres millones de kilómetros cuadrados, cuyas cinco sextas partes son desiertos inhabitables. Por consiguiente, la mayor parte de su población actual ha tenido que agruparse cerca de la costa, que es la parte más fértil, en el *Yemen* y el *Hedjaz*: allí es donde se encuentran las ciudades importantes, tales la *Meca* y *Medina*.

Los árabes eran de raza blanca; pertenecían a la *rama semítica* y tenían cercano parentesco con los hebreos. Se llamaban descendientes de Ismael, hijo de Abraham y de Agar. En ellos había una mezcla singular de salvajismo y de instintos caballerescos. Estaba permitido enterrar vivos a los niños al

el contrario, se veían árabes tender una lanza a su adversario desarmado. Respetaban religiosamente las leyes de la hospitalidad y la palabra dada. Eran bravos, muy aficionados a la guerra y al pillaje y apreciaban los encantos de la poesía en grado tal, que, como los griegos en Olimpia, tenían certámenes poéticos anuales, durante los cuales había suspensión de armas, cualquiera que fuese la guerra en que estuviesen empeñados.

Los árabes no formaban un estado. Estaban divididos en tribus independientes, unas sedentarias, otras nómadas. Sin embargo, entre esas tribus existía un lazo, y éste era el santuario común, que ellos llaman *Kaaba*.

La Kaaba está erigida en una garganta del Hedjaz, a unos noventa kilómetros del mar Rojo. Es un edificio cúbico de 9 metros de alto por 12 de ancho, cubierto hoy con un paño negro, de seda, y que se alza en medio de una gran plaza rodeada de pórticos. Contiene una fuente y una piedra negra actualmente engastada esta última en un disco de plata y colocada en un ángulo del muro.

Según la tradición, el angel Gabriel hizo brotar la fuente para apagar la sed de Ismael y Agar perdidos en el desierto, y también llevó la piedra para que pudiesen reposar sus cabezas: esta piedra entonces blanca, ennegreció a causa de los pecados de los hombres.

Aunque en la Kaaba se adoraba al Dios de Abrahán. ésta

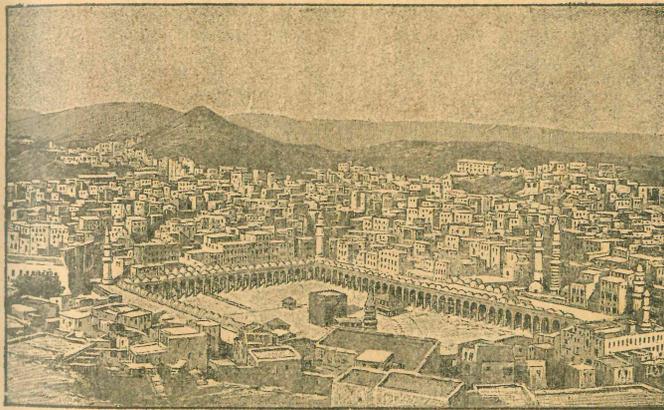


TIPO ÁRABE.

Este árabe está abrigado con una gran capa sin mangas, albornoz, cuya capilla le cubre la cabeza. Por encima tiene colocado el turbante. Mahoma y sus contemporáneos estaban vestidos e iban cubiertos de la misma manera.

habían ido a establecerse en el Hedjaz, y muchos árabes se habían convertido al judaísmo. La religión cristiana, que de Siria y de Abisinia llevaron a Arabia, tenía también sus adeptos: un pariente de Mahoma era cristiano.

Mahoma, cuyo nombre árabe es *Mohammed*, nació en la Meca el año 571, y pertenecía a la familia que custodiaba la Kaaba. Huérfano y po-



LA KAABA Y LA MECA. — Fotografía de Courtellemont.

La Kaaba es el cubo negro que se distingue en el centro de esa inmensa plaza rodeada de pórticos. Es el santuario de la religión musulmana: miles y miles de peregrinos de Africa, Asia y Europa, van allí todos los años. La Kaaba contiene un pozo milagroso y una piedra negra. Está cubierta con un paño negro, de seda, que cambian todos los años. Las casas tienen el techo plano, que hace oficio de azotea. En el horizonte se ven las montañas de la costa.

bre, tuvo en su infancia que dedicarse al oficio de pastor para poder vivir. Después entró al servicio de una de sus parien-

le explicó que la visión debía ser el ángel Gabriel y que esa orden significaba que él, Mahoma, sería el profeta de los árabes. Y Mahoma, entonces, empezó a predicar.

Predicó que debe creerse en la existencia de un Dios único y practicar el *Islam*, es decir el *abandono* y la *sumisión* a la voluntad de Dios. Como la nueva doctrina entrañaba la destrucción de los ídolos, fué injuriado y amenazado de muerte, y tuvo que abandonar la Meca, el 15 de julio del año 622. Este día es el día de la huida o *hégira*, que comienza la era de los musulmanes, y que es el punto de partida que ellos tienen para computar los años.

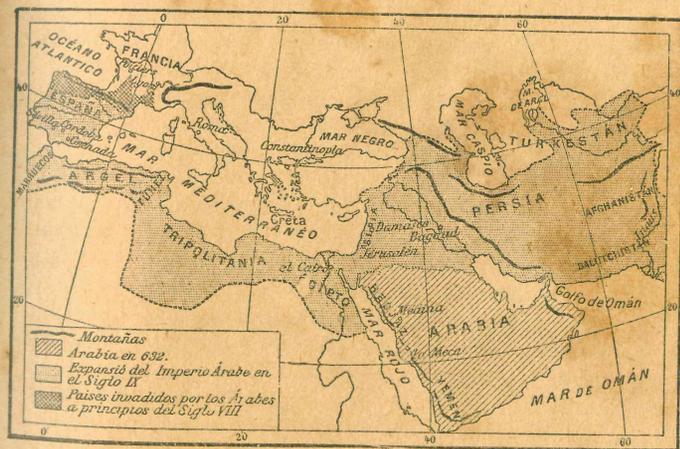
Mahoma se refugió en *Yatrib*, llamada después *Medina*, o lo que es lo mismo, *la ciudad del profeta*. La circunstancia de haber alrededor de Medina numerosos judaizantes determinó la elección de Mahoma: él vió allí un terreno bien preparado para la doctrina del Dios único, y sin mucha pena logró convertir varias tribus. Desde entonces cambió su predicación de carácter: antes había predicado la resignación, la dulzura y el respeto a las creencias de los demás; en lo sucesivo predicó la *guerra santa* contra los infieles de la Meca. La pasión de la guerra y la esperanza del pillaje fueron incentivos que le atraieron —y todavía hoy le atraen— numerosos partidarios, y al cabo de ocho años de luchas, en 630, Mahoma entró victorioso en la Meca e hizo derribar los ídolos de la Kaaba. Dos años después murió en Medina, cuando ya había conseguido imponer su doctrina a toda Arabia. *Por medio de la religión, había hecho la unidad del pueblo árabe.*

La doctrina de Mahoma está contenida en el *Corán*. *Corán* quiere decir relato. Cuando Mahoma predicaba, sus adeptos tomaban nota de lo que decía en hojas de palmera, en paletillas y omoplatos de car-

ros y cuyo contexto es todo ciencia. Contiene la ley civil como la ley religiosa. Aún hoy en todos los países musulmanes, es el libro del juez y del sacerdote: se asemeja a un evangelio que fuera al mismo tiempo un código.

La religión de Mahoma, como se ve, no se distingue por la originalidad; es una mezcla de las doctrina judía y cristiana.

«Sólo Dios es Dios», dice el Corán. Dios, *Allah*, es el creador de todo ser y de todas las cosas, y el juez soberano. De antemano determina el hado de cada uno, y nada puede modificar su voluntad: esta es la doctrina del *fatalismo*.



ARABIA Y LOS PAÍSES CONQUISTADOS POR LOS ÁRABES.

Dios está rodeado de ángeles, dóciles servidores suyos, y debajo de los cuales se agita Satanás, Iblis, el apedreado, jefe de los...

pos de lana teñida.» Los perversos y los impíos serán arrojados a la *Gehana* (el infierno): el fuego será su morada y allí beberán agua hirviendo. Los creyentes irán al Paraíso. «Allí habitarán el jardín de las delicias, donde reposarán en divanes adornados de oro y pedrería. Tendrán a medida del deseo las frutas que les gustan y la carne de aves rarísimas. Los más favorecidos de Dios verán su rostro día y noche, felicidad que excederá a todos los placeres de los sentidos, tanto como el mar a una gota de rocío.»

Para merecer el Paraíso es preciso creer en el dogma del Dios único y cumplir las prácticas del culto, es decir hacer cinco plegarias todos los días; guardar la más completa abstinencia desde la salida hasta la puesta del sol durante los treinta días del mes del Ramadán; ir, si es posible, aunque sólo sea una vez en la vida, en peregrinación a la Kaaba y dar abundantes limosnas a los pobres.

Los musulmanes deben ser humanos y justos entre ellos, porque todos son hermanos. Está prometido el Paraíso a todos los que mueren combatiendo por la fe.

LAS CONQUISTAS MUSULMANAS LA GUERRA SANTA. Mahoma había dicho: «Haced la guerra a los que no crean en Dios ni en su profeta. Hacedles la guerra hasta que paguen el tributo y sean humillados.» Fué lógico que inmediatamente después de su muerte, los árabes dieran principio a la guerra santa.

Mientras que en el este conquistaban *Persia*, *Turquestán*, y penetraban hasta India, en el norte y el oeste atacaban el imperio griego y le quitaban *Siria*, *Palestina* y *Egipto*. Continuando su marcha agresiva, sometieron todos los países del norte de Africa, *Tripoli*, *Túnez*, *Argelia* y *Marruecos*. Cincuenta años después de la muerte de Mahoma, los árabes habían llegado al Atlántico (681).

LOS ÁRABES EN ESPAÑA Y GALIA A principios del siglo VIII, en 711, los árabes atacaron a Europa; atravesaron el estrecho de Gibraltar y penetraron en España.

para impedirles el paso y, mandados por *Carlos Martel*, duque de Austrasia, derrotaron a los árabes cerca de *Poitiers* (732).

La batalla de Poitiers es una de las más importantes de la historia, puesto que detuvo los progresos de los musulmanes en Europa. Allí se encontraron frente a frente dos religiones y dos civilizaciones, la cristiana y la musulmana; ésta, en aquel momento, mucho más brillante que la primera. Aunque los verdaderos bárbaros en Poitiers no eran los árabes, la victoria de Carlos Martel salvó del islamismo a Europa. Este hecho es importantísimo: el florecimiento de los pueblos que el islamismo sometía era relativamente breve y rápido; luego, de manera fatal, el desarrollo de esos mismos pueblos quedaba estancado para siempre.

CAUSAS DE LAS VICTORIAS ÁRABES

Las conquistas de los árabes parecen estupendas si se atiende únicamente a que Arabia tenía cuatro millones de habitantes poco más o menos; pero debe tenerse en cuenta que los guerreros árabes estaban fanatizados y que sólo encontraron en su camino, a adversarios debilitados por guerras anteriores o por gobiernos despóticos. A veces los árabes fueron considerados como libertadores. Por último, muchos vencidos, sobre todo entre los berberiscos, en Argelia, se convirtieron al islamismo y dieron a los ejércitos árabes excelentes soldados. El ejército que empezó la conquista de España se componía de 300 árabes y de 12.000 berberiscos. Su jefe, *Tarik*, era un berberisco.

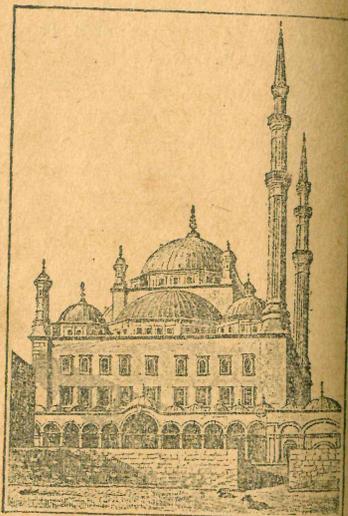
DESMEMBROCIÓN DEL IMPERIO ARABE

El territorio que se extendía desde India hasta océano Atlántico era demasiado vasto y comprendía tantos pueblos diversos que el Imperio Árabe no podía existir largo tiempo.

Desde 750 hubo tres imperios cuyas capitales eran *Bagdad* en Asia, el *Cairo* en Egipto y *Córdoba* en España. En cada uno de esos imperios, que duraron varios siglos, la civiliza-

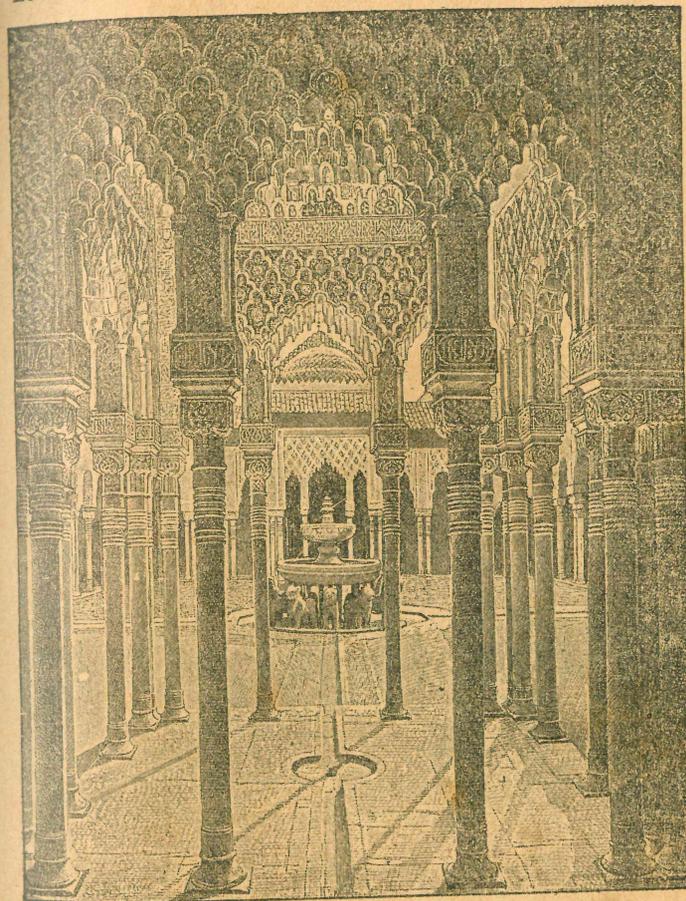
bia, se transformaron merced al contacto de los pueblos que habían vencido, sobre todo al contacto de los persas y los griegos bizantinos. Una transformación semejante se había operado en los romanos después de la conquista de Grecia.

Los árabes aprendieron AGRICULTURA E INDUSTRIA en Egipto la agricultura y el arte del riego; ellos introdujeron en Europa gran número de árboles y plantas, hasta entonces desconocidos en esa parte del mundo, tales son el arroz, la caña de azúcar, los albaricoques, los morales, los espárragos, las alcachofas, las habichuelas, el cáñamo y el azafrán. Desarrollaron y perfeccionaron las antiguas industrias de Oriente, entre ellas, la porcelana, tomada de Persia. Sobresalieron en labrar los metales; sus aceros de Damasco y Toledo, hojas de espada y piezas de armaduras; sus objetos de bronce, lámparas, mesas y bandejas cinceladas, damasquinadas y caladas cual en-



MEZQUITA DE LA CIUDADELA DEL CAIRO.

La mezquita es la iglesia de los musulmanes. La que reproduce este grabado, tiene una cúpula central y otras más pequeñas. Las cúpulas que cubren muchas mezquitas, son hijas legítimas del arte romarobizantino. A la derecha, dos a minares con dos balcones, desde los cuales el almudano convoca a la oración. En la



PATIO DE LOS LEONES DE LA ALHAMBRA DE GRANADA.
Fotografía Laurent.

La Alhambra es un palacio del siglo XIII. El patio de los Leones,

Estas industrias muy variadas y prósperas promovieron un tráfico muy activo. Por el mar, se extendía en toda la costa oriental de Africa y en el sur de Asia, hasta la Indochina y las islas de la Sonda; por tierra, las caravanas introducían las mercaderías árabes en el interior de Africa, y en Asia las llevaban hasta China. Las relaciones con este último país tuvieron excepcional importancia respecto al porvenir de la civilización: en efecto, los árabes conocieron en China, y, por allí, transmitieron a Europa tres inventos capitales: la *brújula*, el *papel* y la *pólvora*.

Los árabes fueron, en las ciencias, herederos y continuadores de los griegos. Las matemáticas, la geometría, la astronomía y la geografía les deben mucho. En medicina, adquirieron gran reputación, y las obras del árabe *Avicena* (980-1036) aún se estudiaban en la Escuela de Medicina de *Montpellier*, hace doscientos años, en tiempo de Luis XIV. Los *alquimistas* árabes fueron



ARABESCOS.

Fotografía de un fragmento de friso en la Alhambra. Como el Corán prohibía la reproducción de la figura humana y de los seres animados, los árabes decoraron sus monumentos con inscripciones y líneas geométricas caprichosamente entrelazadas. En el centro de este grabado y en medio de dos rosetones, hay una inscripción esculpida en relieve que significa: «Allah es solo vencedor».

EL CORÁN prohíbe la representación artística de la figura humana y de los seres animados; esta prohibición hizo que los árabes no se cuidaran en modo alguno de la pintura y escultura.

De aquí que el arte árabe se resume en la arquitectura, la cual se deriva directamente de la arquitectura *persa* y de la *bizantina*.

Los monumentos árabes impresionan por su extremada ligereza; parecen ser la realización de un sueño fantástico. La gracia y la originalidad están en la decoración, que consiste en azulejos de colores vivos, en estucos y vaciados en yeso finísimamente calados, en mil figuras geométricas entrelazadas, inscripciones, guirnaldas de follajes imaginarios, conjunto que llamamos hoy *arabescos*.

Los árabes edificaron muchos palacios y mezquitas. En España subsisten algunos monumentos; los más célebres son: la *Gran Mezquita* de Córdoba (hoy catedral), la *Mezquita* de Toledo, y dos palacios, el *Generalife* y la *Alhambra* en Granada.

Las mezquitas son los edificios religiosos. La mezquita tiene generalmente una sala muy vasta, en la que sólo hay un púlpito o cátedra, destinado al sacerdote; un patio con pórtico, y un pilón donde los creyentes pueden hacer sus abluciones antes de la plegaria, y, por último, una o varias torres, llamadas *alminares*, parecidas a las de nuestras iglesias, desde cuyo balcón, el *voceador* o *almuédano*, convoca en voz alta al pueblo para que acuda a la oración.

La civilización y las conquistas, no fueron obra exclusiva de los árabes. Los árabes genuinos fueron auxiliados por los nuevos convertidos. Numerosos arquitectos, sabios, industriales y comerciantes llamados árabes, eran en realidad persas, griegos, sirios o españoles. La importancia histórica del imperio árabe consiste pre-

LOS ARABES EN ESPAÑA

Wamba, el rey godo de España, pudo impedir el desembarco que intentaron los árabes después de conquistar el norte de Africa: la monarquía todavía era fuerte.

CONQUISTA DE LA PENINSULA Reinaba en 711 el rey Rodrigo cuando entró en la península un gran ejército moro a cuyo frente estaba Tarik su jefe, y el conde don Julián gobernador de Ceuta que tenía agravios del rey que vengar. Se cree que también los ayudaban los hijos y partidarios de Witiza, rey godo destronado por Rodrigo.

El ejército árabe se apoderó de Gibraltar, de la ciudad hoy desaparecida de Carteya y de Algeciras. El choque se produjo cerca de un lago donde desemboca un río llamado en árabe Guadabeca (1). La batalla duró tres días y se definió a favor de los árabes a causa de la traición de una parte del ejército visigodo sobornado por el hijo y los parientes de Witiza.

Desde entonces comienza un verdadero paseo triunfal de los árabes, pues en muchas ciudades se les abrían las puertas. Finalmente en 713 se dió la batalla de Segoyuela, cerca de Salamanca, en que terminó la dinastía gótica con la muerte de Rodrigo y la dispersión de su ejército. Durante estas luchas se vió que la entrada de los árabes en España no se proponía ya auxiliar a un bando visigodo, sino apoderarse del país. Cuando se sublevó Toledo, Muza entró en ella y proclamó soberano del país al Califa de Damasco. En tres años los árabes habían conquistado España.

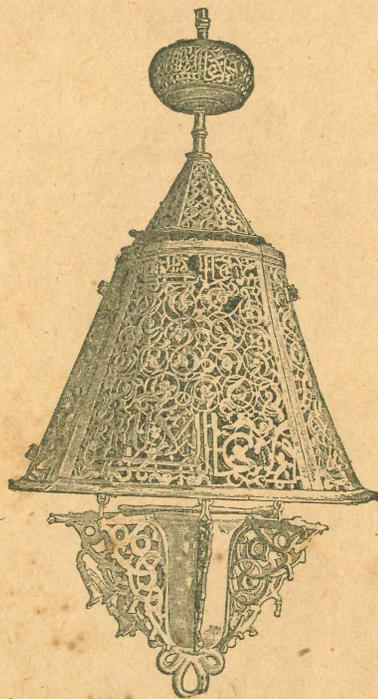
LA DOMINACIÓN ARABE

Los árabes no trataron de convertir a España al mahometanismo: como los mahometanos pagaban menos impuestos, dejaban a los cristianos su religión para obtener mayor provecho. La vida de España cambió poco, salvo para quienes se habían distinguido en la resistencia de los árabes. La compenetración de ambas religiones y razas era tan estrecha que abundaban los mozárabes, cristianos residentes en la morería y los mudéjares, árabes residentes entre los cristianos.



UN ASPECTO DE LA GRAN MEZQUITA DE CÓRDOBA.
La gran mezquita de Córdoba, verdadero bosque de columnas, fué

EL
EMIRATO DE
CÓRDOBA



LÁMPARA ÁRABE. — Museo arqueológico de Madrid. — Reproducción fotográfica.

Esta lámpara es de bronce calado. Los dibujos tienen la finura del encaje. La parte inferior, pendiente de tres anillos, es el vaso o candileja del aceite. Los árabes se distinguieron en labrar los metales.

Las luchas internas entre árabes y bereberes — aquéllos tenían en menos a éstos — terminaron cuando España se independizó (756): uno de los bandos en lucha llamó a Abderramán y lo hizo califa. Pertenece a la ilustre familia de los Omeyyas que se habían refugiado en los Montes Atlas huyendo de Damasco, su ciudad.

Abderramán trajo la paz a España pero debió combatir contra quienes quisieron restablecer el dominio del Califa de Oriente, contra Carlomagno, que fué llamado por algunos descontentos — su ejército fué derrotado en Roncesvalles — y contra los cristianos del Norte que guarecidos en las montañas no pudieron ser sometidos nunca.

Abderramán fué el jefe de un estado independiente, pero se resistió a tomar el título de califa, pues ese título implicaba la asunción del poder religioso y el carácter sagrado de su persona, como sucesor de Mahoma.

Abderramán III — subió al trono en 912 y reinó cuarenta y nueve años — se hizo dar el

título que rodeaba su nombre — como hombre de gobierno, en el fomento del comercio, de las industrias, de la cultura, en las construcciones monumentales, etc. — que todos los reyes de Europa buscaban su amistad y alianza. Córdoba, que era la capital, fué convertida por Abderramán III en una magnífica ciudad con muchas mezquitas, palacios, jardines, baños, etc., y llegó a tener medio millón de habitantes.

Uno de sus sucesores, Hixem II, que reinó de 976 a 1013, alcanzó mayor renombre, pues tuvo como favorito al famoso Almanzor, extraordinario genio guerrero, cuyo nombre significa «ayudado de Dios». Fué un jefe militar y político lleno de dignidad caballeresca, gentil con el vencido, sin inútiles crueldades. Cultivó las letras y las ciencias hasta en su tienda de campaña y gustaba de la amistad de los sabios tanto árabes como extranjeros, que de toda Europa acudían a España.

Reorganizó el ejército, y toda España y el norte de Africa fué recorrida triunfalmente por este jefe afortunado. En Santiago de Compostela arrasó, como en otras partes, la ciudad, pero respetó la famosa Catedral. Ésta se había edificado dos siglos antes en el lugar donde se habían descubierto los restos del apóstol Santiago. En una expedición realizada en Castilla siendo ya muy viejo y achacoso, murió Almanzor en la batalla de Calatañazor, a raíz de las heridas recibidas en la pelea. Con la muerte de Almanzor se debilitó el antes glorioso imperio hispano-arábigo.

Siete siglos de permanencia de los árabes en la península ibérica les permitió influir especialmente en el sur y dejaron una huella profunda en el idioma.

Los árabes introdujeron el papel en Europa y fué en Jativa (España) donde funcionó la primera fábrica que hubo en el continente. El papel se difundió rápidamente porque era más barato que los otros materiales usados hasta entonces. Dió gran impulso a la cultura el califa Alhaquem II, que

sistemas de riego, la explotación minera adquirió más importancia que nunca a causa de las diversas industrias —cerámica, broncearía, herrería, vidrio, esmalte, armas— traídas por los árabes, exigían las materias primas. Las industrias textiles, especialmente las de lujo, no han sido superadas nunca en la península. Se trabajó en cuero y todavía se llama cordobán a la piel curtida de cabra.

Tanta actividad industrial —sólo en Córdoba había 13.000 tejedores— significaba una próspera situación económica; y como se producía mucho más de lo que se consumía, las principales entradas eran las de la aduana. (Por ésto muchos impuestos españoles conservaron durante siglos sus nombres árabes). Así se explica la cuantía extraordinaria de las rentas públicas: durante el gobierno de Abderramán III alcanzó a 65 millones de pesetas.

Tanta riqueza y el temperamento de los árabes inclinó a la molicie a buena parte de ellos, y es digno de señalarse que sean palabras árabes muchas de las que en español indican objetos de descanso: sofá, diván, almohada, etc. Muchos nombres, casi todos de objetos que antes no se conocían en la península son árabes: palabras militares, comerciales, nombres de oficios, de diversos vegetales, sobre irrigación, etc.

CAPITULO VII

LA CIVILIZACION MEDIOEVAL

I

EL FEUDALISMO

La desmembración iniciada con el tratado de DESMEMBRACION Verdún continuó posteriormente, y los reinos DE LOS REINOS acabaron por dividirse en numerosos principados por la acción de los bárbaros y de nuevas invasiones que penetraron por todas las fronteras a la vez.

Por el este, Germania fué atacada por pueblos eslavos, entre otros los *checos* en Bohemia, y después por un pueblo de raza amarilla, los *húngaros*, parientes de los hunos y de los ávaros, establecidos en la gran llanura del Danubio.

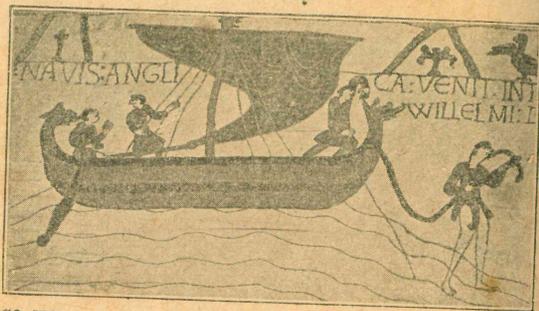
Por el sur, los *sarracenos* musulmanes, procedentes de Africa, devastaron los países ribereños del Mediterráneo, las costas de Italia y Provenza.

Por el oeste, por la Mancha y el océano Atlántico, cayeron sobre Francia los más terribles de todos los invasores, los *normandos*.

LOS
NORMANDOS

Los normandos procedían de Dinamarca y de la península escandinava. Eran de raza germánica, y lo que queda dicho precedentemente sobre el tipo, manera de vestir y armamento de los germanos, debe aplicarse también a ellos. En la península existía entre ellos como en-

La proa de esas grandes chalupas se terminaba por una punta aguda o por una cabeza de animal fantástico; llevaban un mástil, navegaban a vela o a remo y podían embarcar de sesenta a setenta y cinco hombres, de los cuales treinta eran remeros.



BARCO NORMANDO. — Fotografía de la tapicería de Bayeux.

El barco aborda. En la proa y a la derecha, un hombre, con las piernas desnudas, se ha echado al agua para arrojar el anclote. A la izquierda, en la popa, está el timón que gobierna otro hombre. La proa y la popa están terminadas por cabezas de dragones, y de aquí el nombre de «dragones» que se dió a los barcos normandos.

En tierra eran excelentes soldados. Ocultos durante el día en alguna ensenada sorprendían, a la caída de la noche, el pueblo más inmediato. Con los caballos que encontraban, improvisaban una caballería, y de esta manera podían recorrer largas distancias, atacar súbitamente y entregarse a verdaderos saqueos. La instantaneidad de su llegada aterraba a los pueblos y paralizaba la defensa. Pasaban saqueando e incendiando cuanto encontraban, y, después, volvían a sus embarcaciones para ir más lejos a hacer nuevos pillajes.

Después, ocuparon islas o puntos que podían fortificar y defender fácilmente en las embocaduras de los ríos, construyeron campos atrincherados y se establecieron de manera permanente en los países que devastaban.

En el año 911 se establecieron...

Calvo ofreció a Rolón darle el expresado territorio, el título de duque, y su hija en matrimonio, con la condición de que se convirtiera al cristianismo y reconociera al rey de Francia como soberano. Rolón aceptó.

Los normandos fueron desde entonces a establecerse pacíficamente en el país cedido a Rolón y que tomó el nombre de sus conquistadores: *Normandía*. Se convirtieron al cristianismo y no tardaron en olvidar la lengua de su primera patria. Aunque ya franceses, conservaron su carácter original, su genio emprendedor y el gusto de las aventuras, de las expediciones lejanas. Poco tiempo después, debían conquistar a Inglaterra, a Sicilia y el sur de Italia, y, en la época de las *Cruzadas*, representar papel importantísimo en el Oriente.

La debilidad y cobardía de los carolingios ante los normandos contribuyeron a modificar la organización de la sociedad. Como los reyes no cuidaban la defensa, los hacendados más ricos se vieron en el caso de defenderse por cuenta propia. Cada uno organizó un cuerpo de soldados y construyó uno o varios campos atrincherados, *castella*, cuyas fortificaciones aunque muy rudimentarias prestaban asilo suficiente al jefe con su familia, criados y riquezas. De esa manera, empezó a poblarse el país de *castillos*.

Los pequeños terratenientes, demasiado débiles para defenderse por cuenta propia, y los labradores, que en ciertas regiones, por miedo al pillaje, no se atrevían a cultivar la tierra, fueron naturalmente a agruparse en las inmediaciones de los castillos y a solicitar que esos grandes hacendados los protegiesen. Eso se llamaba *recomendarse*, y la protección solicitada se concedía mediante ciertos compromisos. El protegido prometía al protector obediencia, fidelidad y servicio ya fuese con las armas, ya labrándole sus tierras. El protegido resultaba ser un verdadero súbdito del protector, al que llamaba *señor*. Se obedecía al señor a quien habían prestado juramento de fidelidad, antes de obedecer al rey, a quien no

LOS FEUDOS.
EL RÉGIMEN
FEUDAL

Los funcionarios reales, condes y duques, se es- forzaban al mismo tiempo en escapar cuanto era posible a la autoridad del rey, y en transformar los condados y ducados que gobernaban por man- dato del monarca, en verdaderos pequeños reinos de los que serían reyes. En Francia, desde el reinado de Carlos el Calvo, habían logrado que sus empleos fuesen hereditarios: la cos- tumbre estableció que el hijo sucediera al padre. Desde en- tonces, no tuvo el rey autoridad efectiva sobre sus funciona- rios, porque no tenía medio de revocarlos ni destituirlos.

No obstante, al rey le quedó el nombre de *dueño* de los condados y ducados, pues se reputaba haber cedido solamen- te el *goce*, como hace el propietario que nos alquila una casa. Los territorios así cedidos se denominaban *beneficios* o *feudos*. El que otorgaba el feudo, se llamaba *señor feudal* o soberano, y el que lo recibía, *vasallo*.

En cambio del goce del feudo, el conde o el duque debía, como el que había escogido un señor, rendir *homenaje* al rey, jurarle fidelidad y comprometerse a servirle en el *ejér- cito*, como soldado, y en los *pleitos*, como juez. Esos servicios no eran obligatorios en todo tiempo, ni a voluntad del *rey*, como correspondía a los *súbditos*. Eran obligatorios sola- mente en circunstancias y condiciones estipuladas previamen- te en un verdadero *contrato* en que habían sido partes el *señor feudal* y el *vasallo*. El rey, por ejemplo, tenía el dere- cho de exigir todos los años, del conde de Champaña, el ser- vicio en el ejército o *servicio de hueste*, durante un número de días determinado (treinta o cuarenta): terminado su tiem- po de servicio, el conde tenía el derecho absoluto de retirarse y volver a su casa, aun cuando la expedición no hubiere terminado.

En su feudo, el conde mandaba el ejército, administraba justicia y percibía los censos; en una palabra, era rey. Como el rey, tenía el derecho de guerra y hasta el de acuñar mo- neda. A su vez, tenía a sus órdenes personas a quienes con- cedía partes del feudo, o bien a aquéllos que le habían pe- dido protección. Estas personas estaban unidas a él, como él lo estaba con ellas, por medio de un contrato; le debían pleito- homenaje: eran sus vasallos,

Ahora bien, transcurrido algún tiempo...

de esa organización, los hombres estaban subordinados unos a otros, y formaban una como escala. Sus derechos y sus deberes estaban definidos y establecidos en contratos. Esa or- ganización es conocida en la historia con el nombre de *feuda- lismo* o *régimen feudal*.

II

LA SOCIEDAD

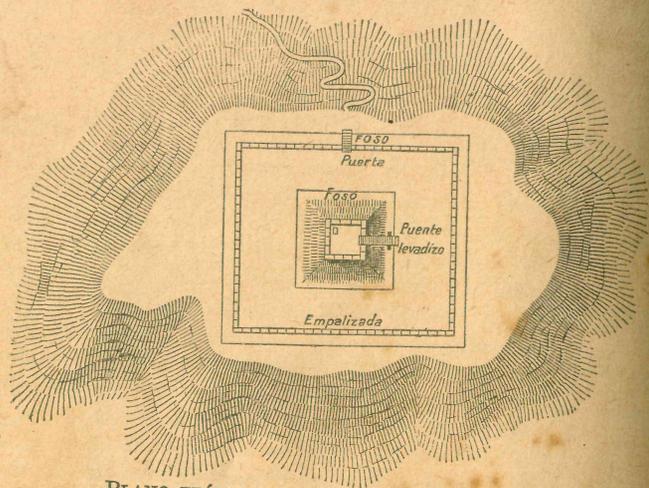
CARACTERES
GENERALES DE
LA SOCIEDAD

En nuestros días, en casi todos los países civili- zados, todos los habitantes gozan de los mismos derechos y están sometidos a los mismos deberes: el fundamento de la sociedad presente es la igualdad. En la Edad Media, durante el período feudal, un reducido número de personas que arrogaba todos los derechos y cumplía muy pocos deberes. La masa de los habitantes cargaba con todos los deberes y pocos o ningunos derechos les eran atribuídos. La sociedad se basaba, pues, en la desigualdad.

Hoy, todo hombre es dueño de sí mismo y de sus acciones. Cada cual tiene el derecho de hacer lo que le place, cuando le place y como le place, con la única condición de no perju- dicar los derechos que la ley atribuye y garantiza a todo el mundo. Esto se llama *libertad*. En la Edad Media, sólo había un pequeño número de personas que fuesen libres. Los demás les estaban sometidos, la mayor parte no era siquiera dueña de su cuerpo; no podía abandonar la tierra donde había na- cido. Esto se llamaba la *servidumbre*.

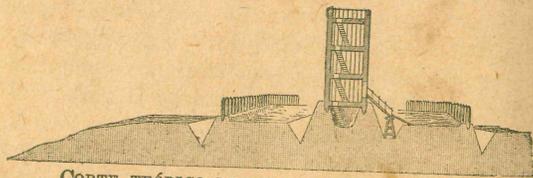
A principios del siglo XI, un obispo dividió a los hombres en dos categorías, y definió la condición de cada grupo de hombres de la manera siguiente: "En el primer grupo, colocó a los *clérigos* que rezan y a los *señores* o *nobles* que combaten; en el otro, a los *trabajadores* o *clase servil*". Abastecer a todos en oro, en alimento y en vestidos, tal era la obligación de la clase servil.

Precedentemente, hemos visto cómo estaba cons-



PLANO TEÓRICO DE UN CASTILLO PRIMITIVO.

Ena colina cuyas rápidas pendientes constituyen la primera defensa. La cima de esta colina forma una meseta, a la que se llega por un camino sinuoso. En el centro del llano un cuadrado rodeado de un foso, orillado interiormente de una empalizada. Este atrincheramiento es igual al de los campamentos romanos. La empalizada sólo tiene una abertura, frente al camino. Un puente de tablas está tendido sobre el foso. En el centro del cuadro, otro foso rodea una pequeña eminencia, en la cual se alza un torreón de madera. A la derecha, el puente móvil tendido igualmente sobre el foso, el cual permite transponer la puerta del torreón.



CORTE TEÓRICO DE UN CASTILLO PRIMITIVO.

A la izquierda se ve la pendiente de la colina y después un foso abierto en forma de V, dominado por el parapeto hecho con la tierra sacada del foso y coronado por la empalizada. Por detrás, el terreno forma un patio; un nuevo foso en V coronado por el torreón de madera. El torreón tiene tres pisos y, además, debajo un sótano vaciado en los cimientos; arriba hay una plataforma. Los pisos se comunican por medio de escaleras. A la derecha está la puerta

los débiles, ya antiguos funcionarios reales que habían conseguido transformar en bienes personales los territorios cuya administración se les había confiado. Las regiones en las cuales se ejercía la autoridad del señor se llamaban señoríos. Cualquiera que fuese la extensión del señorío —que comprendiese una provincia entera o solamente un grupo de pueblos— el señor percibía los censos, administraba justicia, tenía el derecho de guerra y, dicho sea en una palabra, era un verdadero soberano, casi un rey. Como el rey, tenía su capital: el castillo, que era a la vez morada y ciudadela.

EL CASTILLO PRIMITIVO El castillo fué en su origen, una construcción muy sencilla. Era un campo militar, atrincherado a la romana, que podía dar asilo, en caso de peligro, a los campesinos de las inmediaciones y a los ganados y rebaños de éstos. Estaba defendido por un foso y un parapeto hecho con la tierra sacada del foso, y coronado con una estacada cuyas viguetas, estacas o troncos de árboles estaban sólidamente unidos. El atrincheramiento se hacía en una altura, — natural o artificial — cuyas escarpaduras eran por sí solas una defensa. Esta situación tenía además la ventaja de descubrir al enemigo desde lejos. En el punto culminante, se alzaba el castillo propiamente dicho o torreón, que era, ni más ni menos, una simple torre de madera de forma cuadrada.

EL CASTILLO DE PIEDRA En el siglo XI, la tierra y la madera fueron substituidas por la piedra, y desde entonces las fortificaciones se complementaron y perfeccionaron de siglo en siglo, hasta el XV en que esta clase de construcciones llegó a su completo perfeccionamiento. Al parapeto y a la estacada, sucedió la alta y espesa muralla.

En la cresta de la muralla se hicieron a intervalos regulares unos como escudos de piedra, de la altura de un hombre, llamados merlones, que servían para cubrir a los combatientes. El espacio comprendido entre dos merlones formaba la almena.

Para reforzar la muralla, la flanqueaban de torres, primero

migo había logrado llegar al pie de la torre, proyectiles de toda especie, flechas, piedras, bodoques, y agua hirviendo, plomo o pez derretidos. Después se agregó al castillo una galería semejante, pero permanente, de piedra. Esa galería, soportada por consolas, llamada *barbacana*.

El recinto ordinariamente no tenía sino una puerta, que defendían dos torres, y cuyo acceso estaba defendido igualmente por un foso. Ese foso sólo podía atravesarse gracias a un puente movable o *punte levadizo*, así llamado porque, con un artificio formado de cadenas y de vigas, se podía levantar desde el interior, y al mismo tiempo que hacía de infranqueable el foso cerraba completamente la puerta de entrada. A ésta la interceptaba, además, en su parte media, una reja de hierro o *rastrillo* que descendía del piso superior por medio de correderas o canales abiertos en los muros laterales. Una puerta cuyas hojas estaban forradas de planchas de hierro y reforzadas con enormes clavos, formaba el último obstáculo.

Los grandes castillos, por ejemplo el del Luvre de Felipe Augusto en París y el de los Caballeros, que ya hemos mencionado tenían dos recintos. En el patio, comprendido entre el primero y el segundo lienzo de murallas, y que se llamaba *corral*, estaban las cuadras, los almacenes y los alojamientos de las personas de servicio; era casi un pequeño pueblo. En el segundo patio se alzaban la *capilla*, las *habitaciones* del señor y el torreón o *torre del homenaje*.

El torreón se transformó igualmente en una torre redonda, en que los sillares reemplazaron la madera. En lo alto del torreón había una torrecilla, especie de garita, llamada *atalaya*, desde la cual un centinela o vigía o atalayador, vigilaba constantemente los alrededores. En el subsuelo del torreón había dos pisos de sótanos o prisiones. Éstas, en que no penetraba ni el aire ni la luz, se llamaban *calabozos*.

Al cumplir quince años, un niño noble, de educación esmerada, sabía montar a caballo, tirar al arco o a la ballesta y todo lo concerniente a la *cetrería*, esto es, la caza, cría y adiestramiento



DOS SEÑORES COMBATIENDO EN UN TORNEO. — Reproducción de una miniatura del siglo XV. Los ornos, en el siglo XV, fueron simulacros de combate, como los actuales asaltos de esgrima. Los cascos del caballero que en este momento se presentan luciendo trajes magníficos y raros. El casco del caballero que en este momento está a la derecha, tiene una gigantesca flor de lis, el de la izquierda tiene un leopardo entre dos cuernos. Una máscara, parecida a la que se usa hoy en esgrima, les protegía la cara. Los caballos están cubiertos con flotantes y vistosas gualdrapas.

cionar su educación en casa de un señor más rico, en donde pasaba tres o cuatro años *sirviendo* como *doncel*, *paje* o *caballerizo*, con esos diversos títulos; ejercía en realidad funciones de camarero o de ordenanza. Entretanto, aprendía el manejo de las armas. A los dieciocho o veinte años, en una ceremonia solemne, era *armado caballero*; su padrino, con la palma de la mano o de plano con la espada, le daba en las espaldas, formalidad que se llamaba *espaldarazo*. A partir de ese momento el joven era *caballero*.

Las principales ocupaciones de los señores eran la guerra, los torneos y la caza. La guerra, ocupación favorita de aquellas violentas personas, pues la hacían por el motivo más baladí, consistía generalmente en sorpresas; era táctica acostumbrada destruir las cosechas del adversario para rendirlo por hambre. Cuando ocurría un choque, los combatientes procuraban más bien hacer prisioneros que matar, porque después los ponían en libertad, pero siempre mediante el pago de una suma de dinero llamada *rescate*.

A falta de guerra, el señor se distraía con los *torneos*. Los torneos, que más tarde se convirtieron en simulaciones de combate en campo cerrado entre dos hombres, fueron en su origen verdaderas batallas entre dos tropas.

En los torneos, como en la guerra, se hacían prisioneros que debían pagar rescate. Muchos señores vivían de sus victorias en esas lides, como otros viven de las carreras de caballos y de campeonatos y proezas deportivas.

La caza era menos un placer que una necesidad. El señor cazaba para alimentarse y alimentar a sus hombres. Como la mayor parte del suelo era improductivo —cubierto de bosques y pantanos—, había poco ganado vacuno y lanar; rara vez se comía carne de vaca o de carnero. El alimento consistía principalmente en carne de cerdo, pues de este animal había numerosas manadas en los bosques, en carne de cabrito, y, en fin, la que suministraba la caza: jabalí, oso, ciervo y corzo, cuyos cuartos se servían enteros.

Los banquetes con...

una de ellas consistía en servir enormes pasteles que, al abrirlos, dejaban escapar multitud de pajarillos, y en soltar halcones que les daban caza allí mismo. En aquella época se comía con los dedos, pues el tenedor era tan maravilla en el siglo XV, que el rey de Francia, Carlos V, sólo poseía seis utensilios de este género. Al final de cada comida aparecían *juglares*, músicos y acróbatas, *trovadores* y *troveros* que cantaban y recitaban trozos de los *cantares de gesta* o las hazañas de Carlomagno y del Cid.

Hacia el siglo XII, la iglesia, intervino tratando de moderar el salvajismo natural de los señores; ella dió a las ceremonias de la entrega de armas que hacían de un joven un caballero, el carácter moral y religioso que les faltaba. El futuro caballero se preparaba con un ayuno de veinticuatro horas, con una noche de oración en la iglesia, la *vela de armas*, con la confesión y la comunión. En la misma, oía un sermón sobre sus deberes: pureza, honradez, protección del clero y de la justicia, protección a las mujeres, a los ancianos y a los huérfanos. Las diferentes piezas de su armadura colocadas sobre el altar se bendecían, y antes que se las pusieran, el que había de ser caballero juraba delante de su padrino llenar fielmente los deberes que el sacerdote acaba de enunciarle. El padrino en vez de darle el espaldarazo con la palma de la mano, como lo hacía antes, requería su espada y daba de plano en el hombro de su ahijado diciéndole: "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te armo caballero".

La caballería contribuyó a morigerar las costumbres; desarrolló el sentimiento del honor y creó, con el respeto y el culto a la mujer, lo que se llamó en tiempos de Felipe Augusto la *cortesía*. Empero, esa cortesía no llegó a ser propia sino de cierta clase de personas escogidas, pues el vulgo de los caballeros demostraba terrible brutalidad en sus acciones, y el sentimiento del honor era comprendido frecuentemente de manera harto singular. Ricardo Corazón de León, modelo del perfecto caballero, según el decir de sus contemporáneos,

se dió prisa en hacer que padecieran el mismo suplicio quince caballeros ingleses, "a fin de que, según dice un testigo, nadie le creyera inferior a Ricardo en fuerza y ánimos".

Ya hemos dicho que los campesinos vivían en las inmediaciones del castillo y que a ellos incumbían todas las faenas, puesto que su misión en este mundo era "abastecer a todos en dinero, en alimentos y en vestidos"; ahora añadimos que entre la gente campesina se distinguían dos clases: los *siervos* y los *libres*.

En los siglos X y XI, había mucho más *siervos* que hombres libres, sin duda porque los primeros eran descendientes de los antiguos esclavos o de los *colonos* del fin del Imperio Romano. Su condición no era muy diferente de la de sus antepasados. El siervo no era dueño de su persona, pues formaba parte de la tierra, de la *gleba*, como se decía entonces, y no podía abandonarla sin consentimiento del señor. Si desertaba, el señor podía perseguirle y apoderarse de él dondequiera que lo encontrase. Necesitaba la autorización de su señor hasta para contraer matrimonio. El siervo podía ser vendido, prestado o cedido con la tierra en que trabajaba, y si esa heredad pertenecía a muchos propietarios, éstos podían repartirse los hijos del siervo. "El dieciséis de junio, dice un acta del año 1087, hemos procedido al reparto de los hijos varones y hembras pertenecientes a varios padres. Se exceptuó del reparto una, recién nacida, que quedó en su cuna. Si vive, será nuestra propiedad común hasta que concluyamos el convenio que la atribuirá a uno u otro señor".

La única ventaja del siervo consistía en no poder ser arrancado de la hacienda, a la que estaba unido a manera de arrendatario perpetuo. Como precio por el goce del campo, pagaba una contribución o *censo* invariable, lo cual no impedía que pagara otros tributos más o menos elevados, según el antojo del señor. Por último debía cultivar de balde

LOS
CAMPEBINOS
LIBRES

Los campesinos libres se distinguían de los siervos en que podían mudarse, contraer matrimonio y transmitir sus bienes a sus hijos como les pareciese conveniente. No obstante, debían el servicio militar, impuestos en dinero o en especie, y estaban sometidos al *signo de servicio*, esto es, segar los prados del



HABITACIÓN DE CAMPO EN EL SIGLO XIII.
Habitación de la leprosería de Perigueux. — Dibujo facilitado por M. A. Picard.

Una alta chimenea con chapa de fundición que protege la pared del hogar. En el rincón de la derecha está el fregadero con diferentes vasos. A la derecha, la ventana con dos poyos de piedra hechos en espesor del puro. La viga maestra así como las otras del techo, son aparentes como lo son hoy en la mayor parte de las habitaciones de los campesinos. La lepra, frecuente en la Edad Media, es contagiosa, y de aquí que se aislase a los que la padecían en casas especiales, de las que no salían más.

señor, acarrearle el vino y limpiar los fosos de su castillo. Además, no podían cosechar, vender o comprar sino cuando el señor lo permitía, es decir mientras él no hubiese vendido

del señor; y era natural que éste exigiera el precio correspondiente a dichos servicios.

Los campesinos habitaban casas bajas, generalmente hechas con *argamasa* de arcilla y paja machacada. El techo era, por lo común, de paja.

La casa apenas tenía una habitación con una gran chimenea. Por todo ajuar tenía un cofre que servía a la vez para amasar el pan y guardar la ropa, una cama, es decir una tabla puesta sobre caballetes, con un saco lleno de paja menuda por colchón; manojos de paja servían de asiento; la vajilla se reducía a platos y escudillas de madera.

Muchos campesinos labraban la tierra con azadón y pico, porque eran demasiado pobres para tener bestias de labor. Los arados, que comúnmente eran de madera, apenas levantaban la capa superior de la tierra, y, por consiguiente, ésta producía infinitamente menos que hoy.

Consecuencia de la situación que acabamos de explicar fué que, en la Edad Media, el hambre apareció muy a menudo. En el siglo XI, y en setenta y tres años, hubo cuarenta y ocho años de escasez. En Francia, bajo el reinado de Felipe Augusto, desde fines del siglo XII a principios del siglo XIII, se contaron once períodos de hambre, y uno de éstos duró cuatro años; las personas, dice un cronista, "morían por miles de millares" (1195-1199).

"En aquel tiempo, dice Raúl Glaber que vivía en el siglo XI, los ricos enflaquecían y palidecían, y los pobres roían las raíces en los bosques. Por los caminos, los más vigorosos se apoderaban de los débiles, los despedazaban, los asaban y se los comían. Hubo quien se atrevió a abastecerse de carne humana y venderla en un mercado de Tournus. El delincuente no negó el hecho y fué quemado vivo. Otro, durante la noche, fué a desenterrar esta misma carne "y la comió pero fué igualmente quemado".

LA SUERTE DE LOS La condición de los campesinos fué mejorándose, sin embargo, poco a poco y ya en el siglo

La miseria había provocado en el transcurso del siglo XI numerosas sublevaciones que los señores reprimieron de una manera feroz.

Pero, en el siglo XII, la necesidad de dinero y la idea que una mejor disposición de los bienes sería provechosa para sus intereses, disposición que se resumía en dejar al labrador que trabajara en paz y de buen grado, indujeron a los señores a vender o a conceder libertades a sus siervos. Y fueron numerosos los que compraron su *emancipación*, o por lo menos el derecho de contraer matrimonio dónde y cómo les pareciese bien. De la misma manera obtuvieron que los impuestos, en lugar de ser arbitrarios, se establecieran invariablemente, como lo estaba ya la cifra del censo. Los paisanos libres obtuvieron concesiones parecidas, reducciones de tributos y censos y, por último, exenciones parciales del servicio militar. De aquí, que la población del campo progresara al mismo tiempo en que los habitantes de las ciudades adquirían franquicias y libertades a su vez.

III

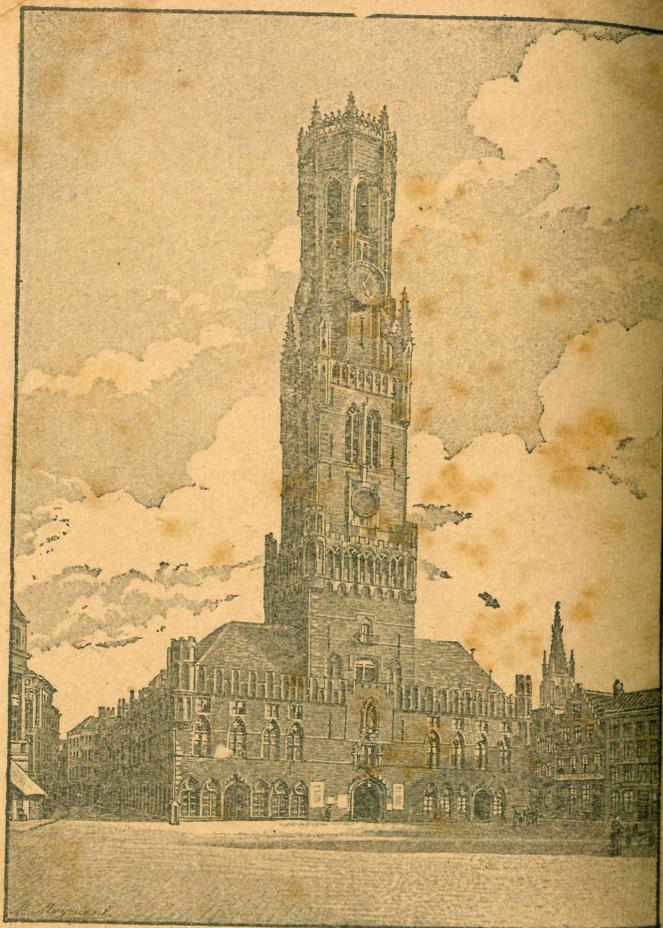
LAS CIUDADES

LAS CIUDADES Y LOS SEÑORES

En la época del Imperio Romano hubo numerosas y florecientes ciudades, pero las grandes invasiones del siglo V las arruinaron en su mayor parte.

El período de paz del reinado de Carlomagno fué para las aglomeraciones urbanas un verdadero renacimiento. En España, bajo la dominación musulmana, existieron ciudades muy prósperas; pero en Francia y en Alemania, después de las devastaciones de los normandos y de los húngaros, las ciudades volvieron a convertirse en casi nada y se concentraron, por decirlo así, en sí mismas. Rodeadas de murallas, fueron ni más ni menos lugares fuertes o castillos.

Como los campesinos, los habitantes de las ciudades o villas (los *villanos*) tenían su señor. Habían de satisfacer impuestos y tributos. La justicia la administraba el señor y a



CASA CONSISTORIAL Y TORRE.

Arquitectura ojival. — Campanario de Brujas.

En el norte de Francia, y particularmente en Flandes, hoy belga, y entonces francés, los hacendados, enriquecidos por el comercio, lograron en los siglos XII y XIII convertir sus ciudades en verdaderas repúblicas. La importancia de los monumentos que construyeron, especialmente las Consistoriales con sus torres, hasta para

CARTAS O FUEROS

A partir del siglo XI, el renacimiento del comercio, particularmente favorecido por las Cruzadas, puso a los habitantes de las ciudades en condiciones de realizar importantes ganancias. Para poder conservar lo adquirido y, al mismo tiempo estar en aptitud de ganar más, los hacendados atendieron a limitar las arbitrariedades del señor. Con ese fin formaron ligas o *conjuraciones* mientras buscaban la manera de obtener del señor que fijara, de acuerdo con ellos y de una vez para siempre, las obligaciones que les incumbían, los impuestos que tenían que pagar, la fecha en que debían pagarlos y que se estableciera, en fin, una tarifa de multas. En seguida procuraron obtener que las convenciones ajustadas de común acuerdo constasen por escrito.

El acta así redactada, firmada por el señor y con su *sello*, es decir con el molde de sus armas en cera, se llamaba *carta o fuero*.

LAS LIBERTADES URBANAS

Pasado algún tiempo, la mayor parte de las ciudades obtuvo lo que se denominaron *libertades y privilegios*. Las unas, los conquistaron por medio de sangrientos motines y asonadas, como la ciudad de Laón, en Francia, cuyo señor, el obispo, fué muerto por los amotinados. A menudo, las ciudades compraban sus libertades a precio de oro a los señores, que entonces andaban muy necesitados. Frecuentemente también se concedió el fuero por acto gracioso del señor, como el rey de Francia Luis VII lo otorgó a los habitantes de Lorrís, en 1155, e inmediatamente a casi trescientas ciudades y villas del dominio real; por ese fuero, aquellos habitantes no debían sino un censo fijo de 6 dineros (algunos francos) por casa y por arpena de tierra; además, estaban exentos de los derechos que antes se descontaban de las cosechas y vendimias; exentos de todo impuesto extraordinario; exentos de toda carga o faena, salvo dos veces al año, para conducir a Orleáns el vino del rey y la leña para la cocina del mismo; exentos, en fin, del servicio militar a más de una jornada de marcha de Lorrís.

les. En España, cuando los príncipes cristianos conquistaban un territorio a los musulmanes, establecían allí sus propias tropas y atraían inmigrantes de su religión por medio de concesiones y privilegios. Algunas veces, hasta aseguraban la impunidad a los malhechores que iban a refugiarse a aquellos territorios, como lo hiciera antiguamente Rómulo en los primeros tiempos de Roma.

LAS
REPÚBLICAS
COMUNALES

En ciertas regiones, en que precisamente el comercio era más activo y la prosperidad más grande, como en Flandes, Alemania renana, el mediodía de Francia, Italia y España, los hacendados obtuvieron más que garantías contra las arbitrariedades señoriales, porque los príncipes tenían necesidad de dinero y de milicias urbanas para la reconquista. Obtuvieron el derecho de gobernarse por sí mismos, como se gobernaban antiguamente los ciudadanos de Atenas y de Roma. Constituían, pues, verdaderas repúblicas.

Esas repúblicas se llamaron en el norte *comunas*, en el mediodía *municipalidades* o municipios o, como en Aragón *universidades*; en Alemania se llamaron *ciudades libres*.

Los hacendados formaban una junta que elegía los magistrados encargados de administrar la ciudad. En el norte, los magistrados se llamaban *regidores*; el consejo de regidores lo presidía el alcalde. En Aragón, las universidades eran gobernadas por los *jurados*. En Castilla, el concejo de la ciudad se componía de *alcaldes* encargados de la justicia, de *regidores* que administraban y de un *alguacil mayor* que era el jefe de la milicia. Regidores o jurados se reunían y deliberaban en una casa que pertenecía a todos, llamada la *casa común* o *Ayuntamiento*. Una torre alta y fortificada, verdadero torreón de la villa, llamado *campanario*, dominaba en general el Ayuntamiento. Desde lo alto de la plataforma superior un atalaya o centinela vigilaba los alrededores de la población y la población misma.

LAS
HERMANDADES

Las ciudades libres se asociaban algunas veces para defender mejor sus libertades y para impedir las depredaciones que hacían los señores. Esas ligas fueron frecuentes en España, en el siglo XIII, y se llamaban *hermandades*. Así, en 1295, treinta y dos villas de León y Galicia firmaron un verdadero tratado de alianza ofensiva y defensiva contra cualquier rey o señor que violara las franquicias, exigiera impuestos contrarios al fuero o invadiera los bienes comunales o las heredades de un vecino cualquiera.

Esas ligas urbanas eran a veces muy poderosas. La liga de las ciudades lombardas en la Italia del norte venció al emperador Federico Barbarroja. En el siglo XIV, la *liga hanseática*, que comprendía más de ochenta poblaciones de Alemania, trató de igual a igual con los reyes.

CAPITULO VIII

EL SANTO IMPERIO ROMANOGERMANICO

El reino de Germania comenzó por ser el más poderoso de los reinos que procedieron del imperio carolingio. Nuevo Carlomagno en el siglo X, el rey *Otón el Grande* se hizo coronar emperador en Roma, y fundó el *Santo Imperio Romano-germánico*. Pero la corona imperial debía ser funesta a los reyes alemanes: mientras se fatigaban y consumían *luchando con los italianos y contra los papas*, duques, barones y ciudades alemanas aprovechaban esa circunstancia para independizarse por completo. Alemania se dividió cada vez más y cayó en la *anarquía*.

La antigua Germania era mucho más pequeña que la Alemania actual. Sus fronteras primitivas eran: el Rin al oeste, los Alpes al sur, y al este las montañas de Bohemia y el Elba. En la banda opuesta de este río, la llanura estaba ocupada por pueblos eslavos. En tiempo de Carlomagno, Germania había sido dividida en cuatro ducados, que correspondían a los cuatro principales grupos de pueblos, *Suabia y Baviera* al sur, *Franconia* al centro y *Sajonia* al norte. Cada uno de estos ducados tenía su jefe nacional llamado *herzog*, duque.

En el reparto de Verdún, en 843, los cuatro ducados fueron la parte más importante de lo que se atribuyó a Luis el Germánico. Tuvo además las *Marcas* creadas al este para cubrir a Germania contra las invasiones bárbaras, eslavos o ávaros, tales la *Marca de Brandeburgo* y la *Marca de Austria*. Cuando se deshizo el reino de Lotario, la región del



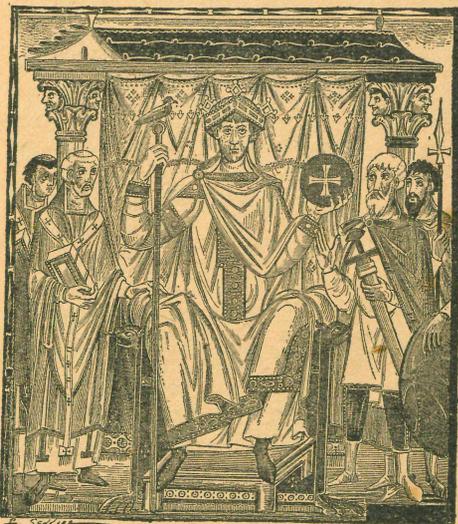
EL REINO DE GERMANIA Y EL SANTO IMPERIO ROMANOGERMÁNICO

lingia hasta la muerte de Luis el Niño (911), último descendiente de Luis el Germánico. Los duques y los obispos se valieron de esa coyuntura para disponer de la dignidad

pasó de un ducado a otro, y sucesivamente la llevaron príncipes sajones, franconios y suabios. Esto debilitó la dignidad real germánica.

LA DINASTÍA
SAJONA, OTÓN
EL GRANDE

Hubo, sin embargo, príncipes enérgicos que se esforzaron en reparar el mal y restaurar la autoridad real en Alemania. Los más célebres fueron



UN EMPERADOR.

Fotografía de una miniatura del Evangelionario de Bamberg (Alemania).

El emperador representado aquí es Otón III, nieto de Otón el Grande. Está sentado en un trono, se apoya en su cetro cuya insignia es un águila imperial. En la mano izquierda tiene el globo adornado con la cruz, símbolo de dominación sobre el mundo cristiano. Lleva la corona de oro y está revestido con el manto, bajo el cual aparece una túnica ricamente bordada.

Otón puso fin a las invasiones húngaras. Desde el año

Otón el Grande y Federico Barbarroja, en el siglo XII; pero la obra del uno debía ser tan poco durable como la del otro.

Otón el Grande (936-973), de la familia de los duques de Sajonia, era muy bravo, violento y astuto; no sabía leer y no habló jamás sino el sajón. Su actividad era extraordinaria, y pasó el tiempo de su gobierno en recorrer su reino en todas direcciones. Se ha dicho de él, que fué un rey ambulante.

Augsburgo, en 915, y desde entonces, los húngaros no reaparecieron en Alemania.

Otón hizo respetar su autoridad en todos los ducados; en cada uno de ellos colocó un funcionario adicto a él, llamado el *palatino*. Favoreció a los pequeños señoríos, a fin de debilitar el poder de los duques. Esa política era nefasta, puesto que debía dividir aún más a Alemania.

Otón tuvo bastante poder para intervenir en los asuntos de Italia. Desde el reparto de Verdún, Italia se había desmembrado: estaba dividida en numerosos principados. Al norte seguía existiendo un reino de los lombardos, por el que luchaban muchos pretendientes. Amenazado el papa por el rey Berenguer (962), llamó en socorro suyo a Otón; éste, con tal pretexto, conquistó el reino lombardo, tomó en Pavia la *corona de hierro*, después descendió a Roma con su ejército, y allí fué coronado emperador por el papa, como lo había sido Carlomagno (962).

EL SANTO
IMPERIO ROMA-
NO GERMÁNICO

En esa fecha empieza el *Santo Imperio Romano*, de nacionalidad germánica, que debía durar hasta 1805, en que Napoleón I^o lo destruyó. Desde entonces llevaron los reyes de Germania las tres coronas: por Germania, la *corona de plata* que recibían en Aquisgrán; por Italia, la *corona de hierro* que tomaban en Monza, cerca de Milán; y la *corona de oro* que, por el imperio, se ceñían en Roma. No podían llevar el título de emperador, por lo menos durante los primeros siglos, sino después del coronamiento en Roma.

En 1034 recayó el *reino de Arlés* en los emperadores que, siendo ya soberanos de Lorena y de Italia, reunieron, durante trescientos años, todo el antiguo reino de Lotario y su reino de Germania.

LA
DINASTÍA
FRANCONIA

Al extinguirse la descendencia de Otón el Grande (1002), los alemanes dieron la corona a un príncipe bávaro, y después al *franconio*, Conrado II. Uno de sus descendientes *Enrique IV*

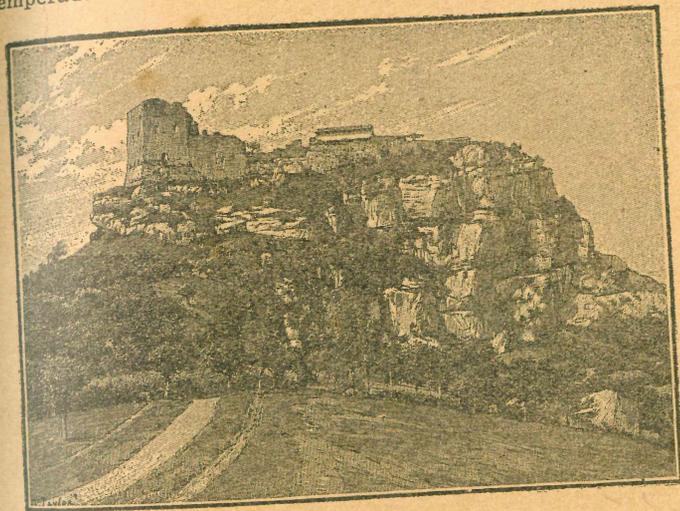
EL CONFLICTO
CON EL
EMPERADOR

Enrique IV, haciendo caso omiso de las prohibiciones de Gregorio VII ⁽¹⁾, nombró dos nuevos obispos y puso en venta la dignidad de Abad de Fulda. El emperador, después de haber protestado, reunió un consejo, compuesto principalmente de obispos simoníacos, que declaró a Gregorio VII indigno del pontificado. El emperador, con ese motivo, escribió al papa: «Enrique, rey no por usurpación, sino por la voluntad de Dios, a Hildebrando en adelante monje falso y no papa. Condenado por la sentencia de nuestros obispos y la nuestra, desciende y abandona el puesto que has usurpado. ¡Que la silla de San Pedro la ocupe otro! ¡Desciende de tu trono! ¡desciende!»

La carta del emperador fué entregada al papa en medio de un concilio reunido en la iglesia de San Juan de Letrán. Cuando Gregorio VII acabó de leerla, se levantó invocando a San Pedro con estas palabras: «¡Bienaventurado San Pedro, como representante tuyo, he recibido de Dios el poder de atar y desatar en el cielo y en la tierra! Por el honor y la defensa de tu Iglesia, en nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo; por tu poder y tu autoridad, prohíbo al rey Enrique, que se ha rebelado con orgullo inaudito contra tu Iglesia, que gobierne en Alemania y en Italia. Desligo a todos los cristianos del juramento de fidelidad que le han prestado o le prestaren, y prohíbo que nadie le sirva como se sirve a un rey. Le anatematizo, para que los pueblos sepan, ¡oh príncipe de los apóstoles!, que tú eres Pedro y que sobre esta piedra ha edificado el Hijo de Dios vivo su iglesia, y que las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella.»

La cuestión de las investiduras había ido, pues, singularmente mucho más allá de lo que se esperaba. Ya no se trataba de saber si el emperador tenía derecho o no de nombrar los obispos en sus estados. El emperador pretendía ser superior al papa, y se arrogaba el derecho de deponer al jefe de la iglesia. A esa pretensión insostenible, el Sumo Pontífice oponía pretensiones parecidas y tan insostenibles como las del monarca alemán. Después de haber respondido,

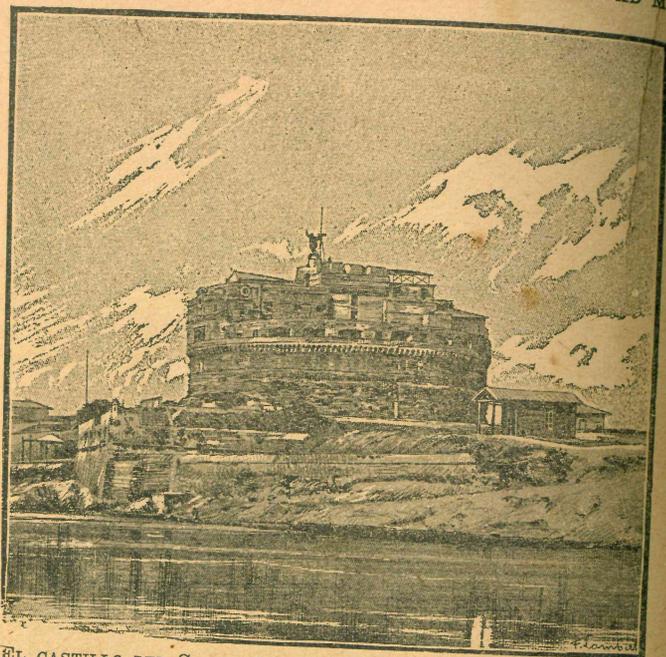
Gregorio VII tuvo una hora de triunfo brillante. La mayor parte de los duques y de los señores de Alemania, se declararon en contra de Enrique IV, y éste hubo de resignarse e ir a Italia a pedir absolución al Papa. Durante el invierno, corría el mes de enero de 1077, conduciendo a su esposa y a su hijo, aún de corta edad, el emperador emprendió el paso de los Alpes por la garganta



RUINAS DEL CASTILLO DE CANOSA. — Reproducción de una fotografía.

El castillo de Canosa, donde, en 1077, hubo de humillarse el emperador Enrique IV ante el papa Gregorio VII, está hoy en ruinas. Situado al norte de los Apeninos, en la linde de la llanura del Po, sobre una roca formada de grandes bloques calcáreos y de unos 50 metros de altura, no era posible llegar a él sino por el lado izquierdo, como lo muestra la fotografía. El castillo era bastante grande; el recinto medía 80 metros de largo por 50 de ancho.

del Monte Cenís, en donde no existía ningún camino trazado. El descenso fué terrible bajo la nieve y por los ventisqueros. Hubo de transportar a la emperatriz y a su hijo en un trineo hecho de rielos de vaca, que debía ser retenido a fuerza de



EL CASTILLO DEL SANTO ANGEL, EN ROMA. — Fotografía Brogi.

El castillo del Santo Angel, que sirve de ciudadela a Roma y donde Gregorio VII se refugió en 1084, cuando el emperador Enrique IV se apoderó de Roma, es la antigua tumba o mausoleo del emperador Adriano. Está colocado sobre la orilla derecha del Tíber. Es una enorme torre cilíndrica, de unos 50 metros de altura, y no mide menos de 64 metros de diámetro: encima de él y en el siglo XI se le sobrepuso un torreón que es una verdadera ciudadela. La parte romana es la que se ve debajo de la galería formada por las barbacanas. El castillo está coronado por una estatua de San Miguel, y de aquí el nombre que lleva la fortaleza. Las construcciones actuales datan del siglo XV.

castillo de Canosa, sólida fortaleza de triple recinto, edificada en un contrafuerte del Apenino. El domingo 25 de enero, Enrique IV en traje de penitente, descubierta la cabeza y los pies descalzos en la nieve, se presentó delante del segundo recinto. Allí permaneció, avanzando todo el día...

Papa continuaba inflexible. Por último, en la noche del martes al miércoles, cediendo a las instancias de las personas que le rodeaban, Gregorio VII consintió en perdonar y en admitir a Enrique IV en penitencia. Al día siguiente recibió el Papa al penitente a la puerta de la capilla. El emperador estaba humillado con los brazos en cruz sobre la nieve. Gregorio lo levantó y le dió el ósculo de paz.

CONCORDATO DE WORMS No obstante, el triunfo del Papa duró muy poco. Ocho años más tarde (1084), Enrique IV tomaba desquite y, por algún tiempo, se hacía dueño de Roma. Gregorio VII murió al año siguiente en Salerno, diciendo: «Muerdo en el destierro por haber amado la justicia y odiado la iniquidad.»

La lucha continuó entre los papas y los emperadores, hasta que en 1122, se firmó el *Concordato de Worms*. En él se estipulaba que, en lo sucesivo, los obispos serían elegidos en Alemania e Italia, por el clero y el pueblo, sin intervención del emperador; pero los obispos no entrarían en posesión de las tierras de sus obispados sino después del consentimiento del emperador, el cual les daría la investidura.

El Concordato de Worms terminaba la querrela de las investiduras, aunque no suprimía la causa esencial del conflicto entre los papas y los emperadores, esto es, sus pretensiones rivales: la de los emperadores de dominar a los papas, la de los papas de querer colocarse por encima de los emperadores, ser los soberanos absolutos del mundo cristiano y tener por lugartenientes revocables a todos los monarcas de la tierra.

La querrela de las investiduras sirvió de pretexto a la insurrección de la nobleza alemana, que procuraba aprovechar cualquiera oportunidad para debilitar la autoridad imperial. Los trastornos continuaron durante el reinado de Enrique V, hijo de Enrique IV, con el cual se extinguió la dinastía franca (1125).

lor rubio encendido, le valieron el apodo de *Barbarroja*. Sus ojos azules y claros prestaban más placidez y hacían que fuera aún más simpática su fisonomía, de suyo tranquila y sonriente. Tenía genio muy vivo, era pronto en tomar una resolución y excesivamente valeroso; fué un modelo de caballero y de héroe feudal. Tenía, sobre todo, altísima idea de la dignidad imperial, y quería ser realmente emperador, es decir, dueño absoluto de su imperio.

Estas pretensiones le condujeron a entablar terribles lu-



MANTO IMPERIAL. — Conservado en el tesoro de Viena.

Este manto, en seda bordada, lo llevaban los emperadores el día de su coronación. Es una pieza artística notable. A derecha e izquierda, un león derriba un camello. En medio, una palma con frutos. En la franja está bordada una larga inscripción en árabe cúfico. Indica que el manto fué tejido «en la capital de Sicilia, el año 528 de la Hégira». Este manto fué pues hecho en 1133 en Palermo, capital del reino normando de Sicilia, en talleres en que se empleaban obreros musulmanes.

chas contra los italianos. En Italia no se querían amos, y las ciudades lombardas, enriquecidas por el comercio y la industria, habían llegado a ser poderosas repúblicas, y defendieron con encarnizamiento su independencia. Federico venció al principio: en 1162 hizo arrasar a Milán, dispersar sus habitantes, y hacer que regaran sal en el sitio en que estuvieron sus murallas. Empero, el papa Alejandro III, que tenía el poder del emperador, reunió contra él todas las ciudades del norte, y Federico fué esta vez completamente deshecho en Legnano (1176). En vista de esta derrota no se obstinó

Federico Barbarroja fué más afortunado en Alemania. Querbrantó el poder de su temible vasallo el duque de Sajonia y de Baviera *Enrique Welf*, titulado *el león*, e hizo una guerra sin cuartel a los bandidos feudales, tomándoles y destruyéndoles sus castillos o *burgs*. Protegió en cierto modo a los labradores, hizo que reinara la seguridad en los caminos, y Alemania atravesó, gracias a él, una era de paz y tranquilidad a que no estaba acostumbrada.

De aquí que el nombre de Federico Barbarroja fuera tan popular en Alemania, y que, mucho tiempo después y a pesar de haber perecido, durante la tercera cruzada, ahogado en un torrente de Asia Menor (1190), los alemanes no creyeran que había muerto. Se decía que estaba en letargo, en una caverna lejana, sobre una mesa de piedra. Su barba, que seguía creciendo, había dado ya varias vueltas a la mesa en que estaba apoyado. Un águila lo despertaría un día para librar a Alemania del desorden.

LOS PAPAS Y LOS HOHENSTAUFEN Enrique VI, hijo y sucesor de Federico, se había casado con Constanza, hija del rey de Sicilia, por lo que añadió este reino al imperio y así los Hohenstaufen se adueñaron de la Italia del sur. Los papas, tomados entre dos fuegos, ya no se creyeron seguros; y después de una terrible lucha arrojaron a los Hohenstaufen.

LA ANARQUÍA EN ALEMANIA A la muerte de Barbarroja, asomaron de nuevo las disensiones y las guerras civiles; a partir de entonces (1250 a 1273), puede decirse que no hubo reyes de Germania. Ese período de 23 años, se llama en la historia el *gran interregno alemán*.

Durante este período, no quedó traza de autoridad soberana y de estado alemán. Alemania cayó en la *anarquía*, es decir hubo *falta de todo gobierno*. Cada uno, grande o pequeño, duque o simple caballero, arzobispo o sacerdote, trabajó por ser independiente y transformarse en rey de su dominio, y todos lo consiguieron. También numerosas fueron las ciudades que se emanciparon. Alemania quedó dividida en unos *cuatrocientos* estados, y desde entonces se llamó, no ya lisa y llanamente Alemania, sino *las Alemanias*. Como es natural, en ese período no existió orden, ni derecho, ni justicia.

CAPITULO IX

FRANCIA. LOS REYES CAPETOS

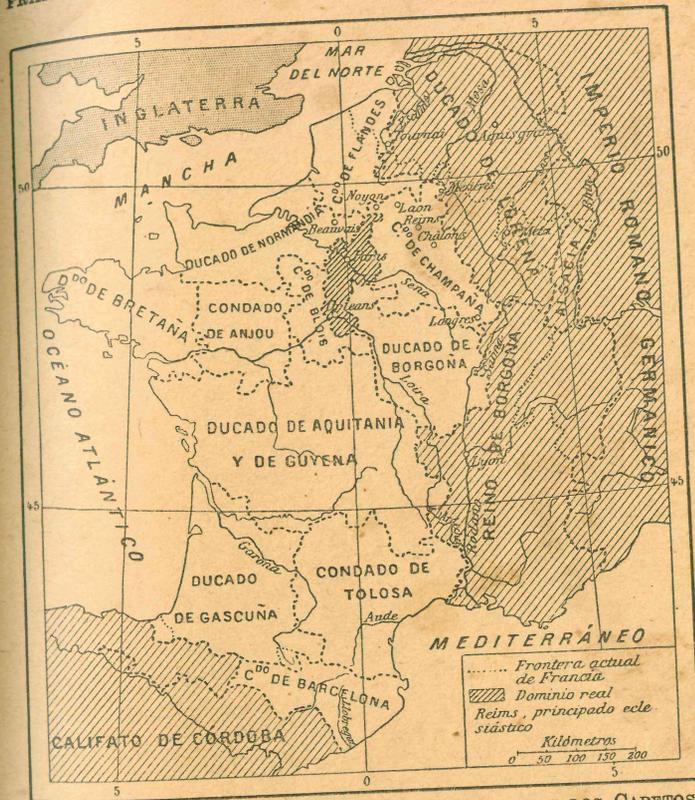
La historia de Francia, desde el siglo X hasta el siglo XIII, es completamente diferente de la de Alemania. A partir de 987 perteneció la corona de Francia a la dinastía de los Capetos, familia que tuvo catorce reyes en línea directa, desde 987 hasta 1328. Tres de ellos, *Felipe Augusto*, *San Luis* y *Felipe el Hermoso*, tuvieron importancia excepcional en la historia. Es cierto que todos perseveraron con empeño en realizar la misma obra, que fué durable: la *unificación de Francia*, dividida en grandes señoríos y feudos desde el fin de la dinastía carolingia.

EL REINO AL ADVENIMIENTO DE LOS CAPETOS

En 987, al advenimiento de Hugo Capeto, fundador de la nueva dinastía, el reino se componía de principados hereditarios, o *grandes feudos*, ducados y condados. En cada uno de ellos, el duque o el conde tenía capacidad de soberano. Duques y condes eran los *vasallos* y no los *súbditos* del rey.

Cuando decayó la dinastía carolingia, el rey no era sino un señor *elegido* por los otros señores. Allí no existía gobierno ni administración del reino. No había funcionarios, como en tiempo de Carlomagno. *El rey no gobernaba ni administraba sino su dominio*, es decir las tierras que había heredado de sus antepasados.

El *dominio real* era una estrecha banda de tierra extendida desde la antigua provincia del Orleanés hasta el norte del Sena, en la que había dos ciudades importantes: París y Orleáns. Pero aun dentro de ese dominio estaban enclavados



EL REINO Y EL DOMINIO REAL AL ADVENIMIENTO DE LOS CAPETOS.

RIVALIDAD ENTRE LOS CAPETOS Y LOS PLANTAGENETS

Los comienzos de la dinastía Capeta fueron, pues, muy turbulentos. Aunque los primeros Capetos lucharon sin gloria y sin éxito contra los grandes vasallos, duques de Normandía, y condes de Blois, por lo menos consiguieron *mantener la dignidad real en su familia*. La corona era electiva, pero Hugo Capeto tuvo la idea de hacer *elegir y consagrar* a su hijo, aun viviendo él, y durante dos siglos tomaron sus des-

gunas ventajas; *Luis VI, el Gordo*, sometió a los señores merodeadores instalados en sus dominios. Su hijo *Luis VII* (1137-1180), que había contraído matrimonio con Leonor, heredera del gran ducado de Aquitania, debió a ese casamiento poseer los dominios más extensos del reino. Pero, en 1152, repudió a su esposa, que recobró la posesión de sus bienes, y ésta se casó con uno de los grandes vasallos de entonces: Enrique Plantagenet.

En esa época se constituyó la formidable monarquía anglo-angevina. Enrique Plantagenet poseía ya *Anjeo, Maine, Turena y Normandía*, territorios que acrecentó su casamiento con Leonor, que le aportó *Aquitania*. Dos años después de casado, heredó el reino de *Inglaterra* (1154). La lucha era inevitable entre los Capetos y estos vasallos demasiado poderosos: esa lucha empezó en 1154 y duró casi un siglo.

FELIPE
AUGUSTO

Bajo el reinado de Luis VII, la guerra no dió resultado alguno, y fué a Felipe Augusto a quien correspondió *destruir el poder de los Plantagenets*. Es el primer gran rey Capeto, el rey «acumulador de tierras».

Felipe Augusto (1180-1223) fué rey a los quince años. Los historiadores de su tiempo le han llamado *prudente y sabio*; pero su sabiduría y su prudencia a menudo tenían visos de astucia y de disimulo. Era un diplomático taimado y un político poco escrupuloso, que juzgaba bueno todo acto que le parecía reportar utilidad. Era activo, paciente y tenaz y, por otra parte, muy valiente; pero se distinguía de sus contemporáneos en que no le gustaba la guerra por la guerra, sino que la hacía por necesidad y por el provecho que entendía sacar.

Para tener en jaque a los poderosos Plantagenets, se sirvió de sus *querellas de familia*. «Entre nosotros se usa, decía Ricardo Corazón de León, que los hijos odien al padre.» La inquina entre hermanos eran también tradicionales. En primer lugar, Felipe Augusto sostuvo contra Enrique Plantagenet a su hijo *Ricardo Corazón de León*. Después, cuando Ricardo llegó a ser rey (1189), no cesó de intrigar con su hermano más pequeño, *Juan sin Tierra*. Ricardo era un temible hombre de guerra; batió a Felipe Augusto, y pereció luchando en 1199.

sona viciosa, falaz, que todo el mundo detestaba a causa de su vida licenciosa y de sus perfidias. «Por muy mancillado que esté el infierno, decía uno de sus contemporáneos, la presencia de Juan en él lo mancillaría mucho más.» El rey de Francia sostuvo por esta vez las pretensiones de *Arturo de Bretaña*, sobrino de Juan sin Tierra. Y como Juan se negó

a comparecer ante el tribunal de los pares en calidad de vasallo, los jueces lo declararon *felón* y excluyó de todos sus feudos franceses (1202). La muerte de Arturo de Bretaña, apresado y traidamente asesinado por Juan, lejos de captarle simpatías, provocó la indignación general. Felipe Augusto conquistó fácilmente *Normandía, Anjeo, Turena y Poitou*. Juan solicitó la paz (1208).

Juan sin Tierra intentó, seis años después, tomar desquite, organizando al efecto una coalición contra Felipe Augusto,



UN CABALLERO DE LA ÉPOCA DE FELIPE AUGUSTO. SELLO DE RICARDO CORAZÓN DE LEÓN.

El guerrero estaba completamente cubierto con una cota de mallas de acero. La cabeza estaba metida en una caja o casco de metal. Se comprende que fuese difícil matar a un hombre protegido de esa manera. Aquí se cubre el caballero el pecho con su escudo, llevando la espada en la mano derecha. Se notará la silla de respaldo cubriendo los riñones, para que el caballero tuviera un punto de apoyo cuando atacaba con la lanza.

to, en la que entraron Otón IV y algunos vasallos del rey de Francia, *primera coalición europea*, y una verdadera traición. Era la prueba de que Felipe Augusto causaba grandes inquietudes a sus vecinos, y de que era indiscutible el

no lejos de Tournai, en el puente de *Bouvines* (1214), quedando vencedor Felipe Augusto.

«*Bouvines*, ha dicho un escritor militar, es el tipo de la batalla feudal, del choque de frente seguido de una espantosa pelea, sin reglas de maniobra. El combate general se



TRAJES MILITARES DEL SIGLO XIII.

Reproducción de la encuadernación en plata dorada del Evangelio de San Luis (Biblioteca Nacional).

Los caballeros llevan la túnica por encima de la cota de mallas, que los cubre de pies a cabeza, llevando sólo la cara descubierta. El caballero de la izquierda duerme apoyado en su escudo y la lanza entre los brazos. Tiene delante su espada, con la guarda en forma de cruz; la vaina de la espada está envuelta en el tahalí. El caballero de en medio tiene su escudo a la espalda, sujeto con una correa. Este bajo relieve de plata es una de las obras más perfectas de platería francesa de la Edad Media. Es la parte inferior de una chapa, cuya parte superior representa a Cristo resucitado,

SAN LUIS. LA
PAZ CON
INGLATERRA

Al subir al trono Luis VIII (1223-1226) hijo de Felipe Augusto, fué atacado por Enrique III, hijo de Juan sin Tierra, pero fué vencido y perdió una parte de Aquitania. Enrique no fué más afortunado contra Luis IX o San Luis y se decidió entonces a pedir una tregua.

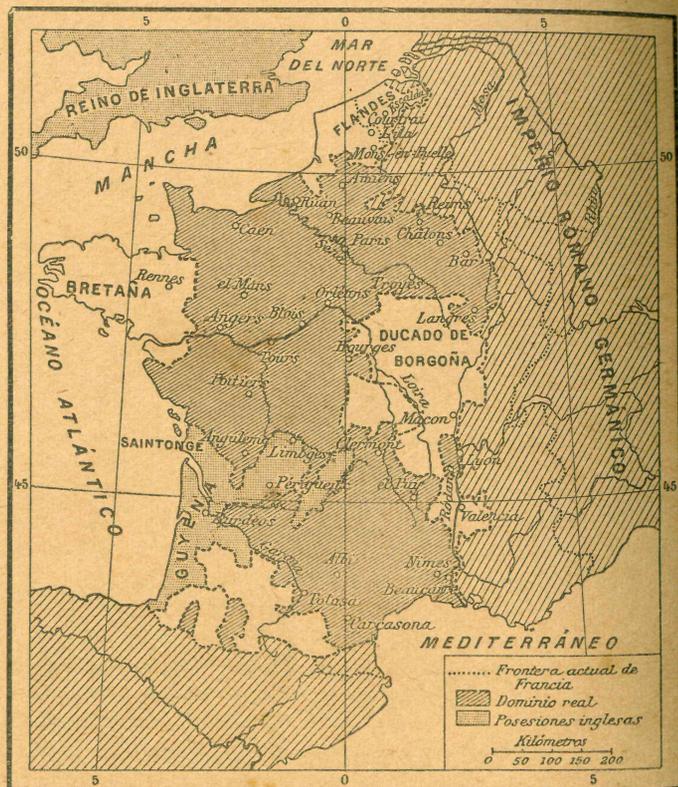
San Luis, a su vuelta de la cruzada de Egipto (1258), quiso transformar la tregua en paz definitiva y «poner amor entre sus hijos y los del rey de Inglaterra», y con ese laudable propósito se firmó un tratado en París. Enrique III renunciaba para siempre a los territorios conquistados por Felipe Augusto; en cambio, San Luis devolvía las conquistas hechas por su padre Luis VIII. *Aunque victorioso, las devolvía espontáneamente, por el solo amor a la justicia y a la paz. Este hecho es único en la historia.* De aquí que el papa Inocencio IV diese a San Luis el merecido sobrenombre de «Angel de la paz.»

El tratado de París señaló el fin de la rivalidad entre los Capetos y los Plantagenets. A estos últimos sólo quedaba en Francia la antigua dote de Leonor de Aquitania, o sean los países devueltos por San Luis, y el ducado de Guyena, al sur del Garona. El dominio real, antiguamente aislado por completo del mar, en lo sucesivo tenía en frente los horizontes de la Mancha y del Atlántico. Por otra parte, el rey Luis VIII se había apoderado de la antigua Septimania o *Languedoc* (1226); por consiguiente, el dominio real lindaba con el Mediterráneo. (Véase el mapa)

SAN LUIS

San Luis (1226-1270) es el rey de Francia más popular de la Edad Media. Es también uno de los personajes que conocemos mejor, gracias a lo que nos refiere el señor de Joinville, que fué su compañero de armas y su amigo. Era, dice su biógrafo, alto y agraciado, tenía *cara de angel*, fisonomía franca y un carácter a la vez noble y serio. En armas, era un soberbio soldado, cuya bra-

coreta; llevaba cilicio junto a la carne, y el viernes, día de pasión, hacía que le azotaran las espaldas con cadenillas de hierro. Por humildad, practicaba actos repugnantes, como lavar los pies a los mendigos. En una abadía próxima de París existía un monje lazarino que causaba horror a todo el



EL DOMINIO REAL A FINES DE LA DINASTÍA CAPETA.

PRESTIGIO
DEL TRONO
FRANCOSES

La bondad del rey, la inagotable caridad de su corazón «traspasado de piedad por los miserables», según palabras de su confesor, su renombre de justiciero, la seducción de sus virtudes y la fama de su santidad, contribuyeron, más que sus actos políticos, a aumentar la autoridad real. Como hombre inspirado por el respeto universal. Enrique III estaba orgulloso de ser su vasallo «a causa de su preeminencia en caballería». El historiador inglés Mathieu París, le llamaba «el rey de los reyes de la Tierra». Todos, poderosos y humildes, tenían fe en su equidad, tanto fuera de Francia como dentro de ella. El emperador Federico II y el rey de Inglaterra le tomaban siempre como árbitro en sus disidencias, el uno contra el papa y el otro contra sus barones. «Se veían, dice Joinville, borgoñones y loreneses ir delante de él a defenderse en pleitos que tenían entre ellos. El trono de Francia resplandecía sobre todos los demás, como el Sol difunde sus rayos.»

Veintisiete años después de su muerte, en 1297, la iglesia colocaba en la categoría de los santos a ese rey, del que el gran escéptico Voltaire ha dicho: «No es posible que ningún hombre haya llevado más lejos la virtud.»

FELIPE
EL HERMOSO.
LOS LEGISTAS

El poder real aumentó aún más bajo el reinado de Felipe el Hermoso (1285-1314), nieto de San Luis. Los principales consejeros de Felipe el Hermoso fueron los legistas, hombres que habían estudiado y conocían las leyes. Los legistas no se limitaban a estudiar las costumbres o leyes particulares de las diferentes regiones del reino, sino que estudiaban además la ley romana y ésta, frente a costumbres que se contradecían, les parecía como un modelo de orden y de lógica a la que era necesario aproximarse para inspirar en ella. La ley romana, concebida y escrita bajo los emperadores, soberanos absolutos, proclamaba que la voluntad del soberano es la ley, y que él mismo contribuye a su realización en ella.

LOS IMPUESTOS y la reunión de las *grandes asambleas*, llamadas LAS GRANDES ASAMBLEAS después *Estados Generales*, muestran bien el acrecentamiento de la autoridad real bajo el reinado de Felipe el Hermoso.

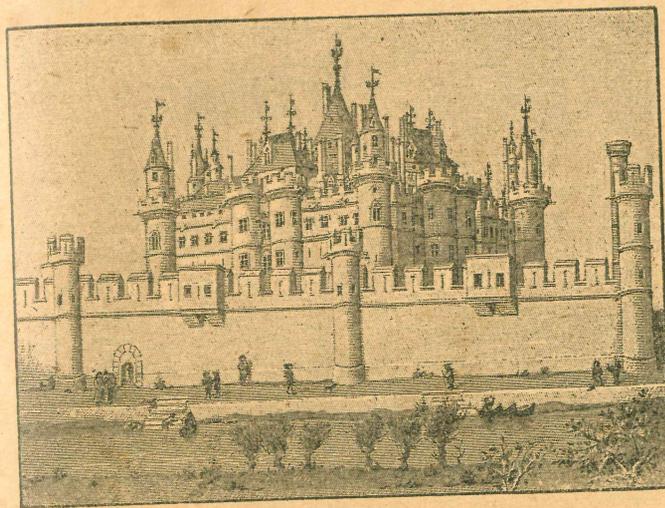
Hasta Felipe el Hermoso, los reyes habían pagado con su peculio particular, con su dinero y sus rentas personales todos sus gastos, sus servidores, sus soldados, sus jueces, etc. Pero ensanchados los dominios, se necesitaban más funcionarios y costaba mucho más caro administrarlos; la política, más activa, necesitaba más dinero. Las rentas del rey no fueron ya suficientes, y Felipe el Hermoso, para atender en varias ocasiones a sus ejércitos, hizo uso de *las ayudas de la hueste*, o impuestos para el ejército que percibían sus agentes, no solamente en el dominio real, sino también en todos los feudos. Este fué el comienzo de una novedad importantísima, esto es, la *hacienda del estado*. En adelante, como antiguamente en el Imperio Romano, la carga de los gastos políticos y administrativos debía recaer sobre los súbditos.

En varias oportunidades, y, en particular, en la lucha contra el papa Bonifacio, el rey quiso aparecer como sostenido por Francia entera. A este efecto reunió *asambleas* compuestas de representantes del clero, de la nobleza y de las ciudades. Estos representantes no eran como diputados *elegidos* por la nación, con facultad y poder que los capacitaba para discutir con el rey. Se reunían *por orden* y eran advertidos que iban a la asamblea «para oír las órdenes del señor rey y después de oírlas comunicar sus voluntades.» Pero el hecho de reunirse prueba que, en los feudos como en el dominio, todo el mundo empezaba a reconocer el principio romano de la autoridad absoluta del rey, preconizada por los legistas.

EL acontecimiento capital del reinado de Felipe BONIFACIO VIII y FELIPE EL HERMOSO el Hermoso fué la lucha que sostuvo contra el papa Bonifacio VIII, último episodio de las luchas entre las ambiciones de los papas y los emperadores.

El papa exigió la libertad del obispo y tomó otras medidas contra el Rey. Éste, para tener de su parte al país y ponerlo contra el papa, fraguó una carta injuriosa en que se atribuía exageradas pretensiones.

El papa, indignado, declaró «que tendría el disgusto de deponer al rey como un hijo desobediente, si no se arrepen-



EL LOUVRE.

Fotografía de una miniatura de Juan Fouquet (1455).

El Louvre en el siglo XV. Este es el Louvre de Felipe Augusto, pero agrandado con un piso que le añadió Carlos V. Más bien que palacio, era una fortaleza. En el centro, la techumbre, que tiene forma de apagador, pertenece a la gran torre que servía para guardar el tesoro y de depósito de archivos. Esta ciudadela fué echada abajo en el siglo XVI para edificar el palacio actual. En el subsuelo se encontraron varios subterráneos.

tía»; y en el mes de abril de 1303, lo excomulgaba, y el 15 de agosto relevaba a sus súbditos del juramento de fidelidad.

... el papa en visperas de una

imaginarios, entre otros, de tener un diablo por consejero íntimo, de haber hecho asesinar a su predecesor, de haber dicho que prefería mejor ser perro que francés, etc. En interés de la iglesia pedía, pues, que el papa fuese juzgado por un consejo y que el rey, por medida de precaución, lo hiciese arrestar. El acta de acusación fué leída públicamente en París. Nogaret, en seguida, partió secretamente a Italia, y reunió una banda de aventureros mandada por un Colonna, enemigo mortal del papa.

Bonifacio VIII se hallaba entonces en *Anagni* su ciudad natal, donde había ido a pasar el verano. El 7 de septiembre, al despuntar el día, Nogaret penetró en la ciudad. El populacho se unió a los confabulados, que empezaron por saquear las casas de los amigos del Sumo Pontífice. Éste, abandonado de todos, aguardó al enemigo en su palacio, sentado en un trono pontifical, revestido de casulla y tiara, y teniendo las llaves de San Pedro y la cruz en las manos. A pesar de las injurias de la soldadesca, aquel anciano de ochenta y seis años permaneció impasible. A Sciarra Colonna, que quería matarle, le respondió: «He aquí mi cuello y he aquí mi cabeza.» A Nogaret, que le intimaba a abdicar, le dijo: «Si tengo que morir, moriré siendo papa.» Nogaret le declaró que lo arrestaba en virtud de las reglas del derecho público, en defensa de la fe y en interés de nuestra Santa Madre la Iglesia». Dos días después, el pueblo cambió repentinamente, se sublevaba a los gritos de «¡Viva el papa! ¡Muera el extranjero!» y Nogaret se vió en el caso de huir. El papa, en libertad, entró de nuevo en Roma para morir un mes más tarde casi loco de humillación.

La muerte de Bonifacio daba la victoria a Felipe el Hermoso. El nuevo papa, Benito XI, dulce y pacífico, levantó la excomunión lanzada contra Felipe, pero se negó a absolver a Nogaret. Éste lo hizo envenenar. Felipe logró entonces hacer elegir al arzobispo de Burdeos, que tomó el nombre de Clemente V y estableció la Santa Sede en Aviñón (1307), donde estuvo a las órdenes del rey de Francia: absolvió a Nogaret y declaró que el rey había obrado guiado «por un celo bueno y justo».

sino a Europa entera. A partir de entonces, desaparecieron las ambiciones políticas de los papas y sus sueños de dominación sobre todos los soberanos y sobre todos los pueblos quedando asegurada la independencia de los príncipes y de los estados; pero también desapareció aquel poder moral, capaz de servir de árbitro y de moderador, y quedó destruída la única fuerza que era capaz de refrenar las ambiciones y las violencias.

CAPITULO X

INGLATERRA. - LA CONQUISTA.
LA CARTA MAGNA.

Inglaterra, que los anglosajones y los daneses se disputaron, fué a la postre (1066) conquistada por los normandos de Francia. Empero mientras que Francia tenía tendencias a ser una monarquía absoluta, Inglaterra acabó por ser, en el siglo XIII, una *monarquía limitada*. En 1215, los señores impusieron al rey Juan sin Tierra, la *Carta Magna*, fundamento de las libertades inglesas. La nación participó del gobierno por medio de representantes, que entraron en el *parlamento*.

INGLATERRA
ANTES DE
LA CONQUISTA
NORMANDA

Aunque protegida por el mar, Inglaterra, que los romanos llamaban Bretaña, no escapó a las invasiones. En el siglo VI, dos pueblos germánicos, los *anglos* y los *sajones*, se apoderaron de todo el país llano. Desde entonces tomó el nombre de « tierra de los anglos » o Inglaterra. Pero Escocia, el país de Gales y la isla de Irlanda quedaron independientes, en manos de los celtas o *bretones*, que habían ido de la Galia antes de la Era cristiana.

Dos siglos más tarde, Inglaterra fué invadida por los *daneses*, piratas escandinavos, hermanos de los normandos. En el siglo XI la dominaban de extremo a extremo; pero ya en buenas relaciones — hasta de parentesco — con los normandos, los anglosajones colocaron de nuevo en el trono a *Eduardo el Confesor*, príncipe de su raza.

mo de Eduardo, reclamó la corona sosteniendo que Eduardo le había legado el reino de Inglaterra.

El papa reconoció sus derechos y le envió, en señal de su investidura, un estandarte bendito, y excomulgó a Haroldo.

El duque, resuelto a invadir a Inglaterra, reunió entonces un respetable ejército en el que figuraban no solamente normandos, sino también guerreros de todos los países vecinos, atraídos por el incentivo del botín. La batalla decisiva se dió cerca de *Hastings*, y terminó con la destrucción completa de los sajones y con la muerte de Haroldo.

La victoria de Hastings bastó por sí sola para que Guillermo se hiciera dueño de toda Inglaterra. Tres meses después, se hizo coronar rey en la abadía de Westminster, que estaba en aquella época en las inmediaciones de Londres.

ORGANIZACIÓN
DE LA
CONQUISTA

Guillermo se ocupó inmediatamente en arreglar las cuentas de la expedición.

Se apoderó de todos los bienes del dominio real sajón; seguidamente confiscó los bienes de Haroldo, los de la fami-



CABALLERO DE LOS SIGLO XI Y XII. — Museo de Artillería.

El casco cónico, yelmo, tiene por delante una chapa de hierro el nasal, que protege 'a nariz. El cubrenuca de cuero, que también cubre la cabeza y la barba fué reemplazado más tarde por uno de mallas de acero. La túnica o cota de ma-

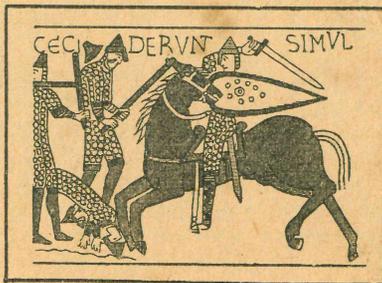
llas también de acero ya empieza a tener la resistencia de la cora-

lia de éste, y los de cuantos pelearon en Hastings contra él.

Se atribuyó la propiedad de las ciudades, de la mayor parte de los bosques y de quinientos *fundos solariegos*, es decir mil quinientas grandes heredades. Ningún rey era tan rico como él. Repartió el resto de las tierras confiscadas en más de sesenta mil feudos y los distribuyó entre los soldados de la expedición. Los soldados rasos — cuyos nombres se conocen — ayer simples carreteros, sastres o boyeros fueron transformados en *caballeros*, y los jefes, nombrados *condes* o *barones*.

Empero, los feudos concedidos a los soldados no estaban destinados a un solo propietario, como en Francia, y, por consiguiente, eran bastante reducidos. Además, los señores, condes y barones — más tarde se les llamó *lores* — no tenían el derecho de guerra, ni el de justicia, ni el de acuñar moneda. Por último, los feudos no se extendían en toda In-

glaterra, como ocurría en Francia; muchos estaban enclavados en los *condados*, divisiones administrativas del reino, y formaban parte de él. El rey estaba representado en cada condado por un funcionario llamado el *sherif*, nombrado y revocado por él. En resumen, en aquella época, era *más poderoso que ningún otro rey en toda Europa*.



HOUSE-CARL Y CARALLERO NORMANDO.

Fotografía de la tapicería de Bayeux.

Los House-carls, guardias de Haroldo, llevaban la armadura de los caballeros, aunque combatían a pie, armados de una enorme hacha. Los caballeros normandos se servían de la espada como de un machete de talar. Para cargar se llevaba el escudo levantado. A los normandos los representaban siempre afeitados, y a los sajones con grandes bigotes rubios.

ser rey de Inglaterra con el nombre de Enrique II. Anteriormente hemos visto que Enrique Plantagenet, dueño de Anjeo, de Normandía y de Aquitania, poseía *casi la mitad del Reino de Francia*.

Esta circunstancia debía ejercer una influencia decisiva sobre los destinos de los Plantagenet. Éstos consideraron siempre sus dominios de Francia como principales, y a la corona de Inglaterra, como secundaria o accesoria. En aquel reino sólo vieron una fuente de recursos — hombres y dinero — para sus guerras contra los Capetos. Enrique II y su hijo *Ricardo Corazón de León* pudieron hacer allí lo que quisieron, porque eran enérgicos y victoriosos, y además porque sus súbditos les temían. Pero los ingleses no quisieron soportar semejante régimen, cuando se encontraron con un rey como *Juan sin Tierra*, cobarde, despreciable, vencido por Felipe Augusto y humillado por el papa, de quien se reconoció vasallo en 1213.

El 24 de mayo de 1215, los señores ocuparon a Londres: Juan tuvo que jurar la *Carta Magna*, cuyas disposiciones más importantes eran las siguientes:

El rey no podía imponer *ningún impuesto* a los súbditos sino *con consentimiento del gran consejo del reino*. El gran consejo se componía de arzobispos, obispos, condes y barones, convocados por carta con cuarenta y ocho horas de anticipación, cada vez que hubiera necesidad.

El rey se comprometía a no permitir que sus oficiales tomaran nada sin pagar el precio fijado por los mismos dueños.

Ningún hombre libre podía ser detenido, ni reducido a prisión, ni atacado de ninguna manera, sino en virtud de una sentencia regular dictada por sus *pares* y según la ley del país.

Para asegurar la ejecución de las convenciones acordadas, serían elegidos veinticinco barones, como guardianes y conservadores. Si el rey violaba la Carta, éstos podrían apoderarse de los castillos y de las tierras del rey, hasta que el

daba hasta el derecho de resistencia legal, si esas garantías no eran respetadas por el rey.

Juan sin Tierra murió cuando los señores se disponían a desposeerlo de la corona.

ENRIQUE III.
LOS ESTATUTOS
DE OXFORD

Enrique III valía más que su padre, pero era de carácter débil. Por otra parte tenía grandes ambiciones, pues era poco afortunado: había sido vencido en Francia por San Luis; había fracasado en Alemania, donde quiso hacer de su hermano un emperador, y en Sicilia, con cuya corona intentó ceñir a su segundo hijo. Todas estas tentativas costaban mucho dinero, que Enrique III pedía al *gran consejo*, el cual se reunía casi todos los años, y que, desde 1239, empezó a llamarse *parlamento*.

El parlamento se cansó a la postre. En 1258, cuando el rey los convocó, los señores llegaron armados, e impusieron a Enrique III la deposición de sus favoritos extranjeros, y una serie de disposiciones que completaban la Carta Magna, disposiciones que se llamaron *Estatutos* o *Provisiones de Oxford*. El parlamento debía reunirse tres veces al año, «para aconsejar al rey en todas las cosas, enmendar y enderezar todo lo que había necesidad de ser enmendado y enderezado». El parlamento nombraría el Consejo del rey.

En realidad, los Estatutos de Oxford ponían el gobierno del reino en manos de los señores.

EL
PARLAMENTO

Cuando Enrique III, a consecuencia de haber violado los Estatutos, fué hecho prisionero, se convocó un parlamento extraordinario (1265), en que estuvieron no sólo los obispos y barones, sino también dos caballeros por condado y aun invitó al *pueblo común*, es decir a los hacendados que habitaban las ciudades o arrabales, a nombrar diputados. La reunión de esos diputados y caballeros constituyó la *Cámara de los comunes* o *Cámara baja*, al lado de la *Cámara de los lores* o *Cámara alta*; compuesta de condes, barones y obispos. Esas dos cámaras son las que forman hoy el *parlamento* de Inglaterra. Sin embargo, sólo treinta años después (1295), bajo el reinado de Eduardo

CAPITULO XI

ESPAÑA. — LA RECONQUISTA

La historia de España en este período comprende dos series de hechos. Por una parte en la península se constituyeron varios reinos cristianos, y por otra, entre musulmanes y cristianos hubo guerras encarnizadas y casi continuas; guerras cuyo resultado fué la *reconquista* de España por los cristianos. A fines del siglo XIII, esa reconquista estaba casi terminada. En España existían entonces cuatro reinos cristianos: *Navarra*, *Castilla*, *Aragón* y *Portugal*, y un solo estado musulmán, llamado *Reino de Granada*, que subsistió dos siglos más.

FORMACIÓN DE LOS REINOS CRISTIANOS

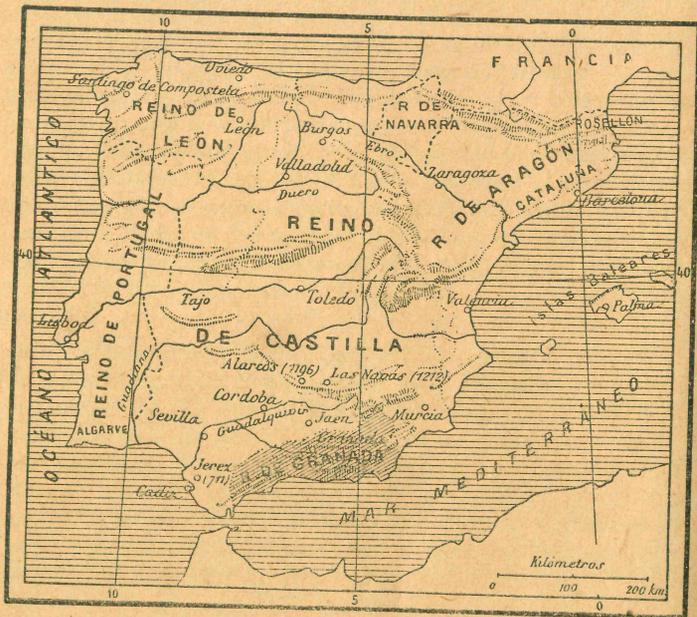
Cuando en 711, los árabes destruyeron el reino visigodo, toda España quedó bajo su dominación, excepto las montañas de Asturias, al norte, que fueron el reducto de la independencia nacional.

Allí subsistió un pequeño reino cristiano, cuyo primer rey fué *Pelayo*, uno de los supervivientes del desastre llamado de Guadalete. Allí fué donde se inició la reconquista, y *Pelayo*, victorioso de los árabes en *Covadonga* (718), fué el primer héroe de aquella larga guerra por la independencia y por la supremacía de la fe cristiana.

Poco a poco, y a fuerza de incesantes guerras, el reino de Asturias se ensanchó por la cuenca del Duero, y, en el siglo X, vino a ser el *Reino de León*. Los reyes de León conquistaron a su vez la región de Burgos, que comenzó siendo como una *Marca fronteriza*, y después formó un reino independiente, llamado *Castilla* porque estaba poblado de lu-

Marca del Ebro nacieron dos nuevos estados cristianos: por la parte del golfo de Gascuña, el *Reino de Navarra*, cuya capital fué Pamplona, y por la parte del Mediterráneo, el *Condado de Barcelona*, o Cataluña.

Un poco más tarde se formaron dos reinos más: al norte, y también en la región del Ebro, el *Reino de Aragón*, que se ensanchó a expensas de los emires de Zaragoza, y al oeste, en la costa del Atlántico, el *Reino de Portugal*, fundado por un señor francés, oriundo de Borgoña.



MAPA DE ESPAÑA EN EL SIGLO XIII.

Entre estos reinos, dos llegaron a ser muy importantes, ya porque sus monarcas desplegaron mucha habilidad, ya porque ello fué resultancia de acertados matrimonios, ya principalmente porque sostuvieron con perseverancia incontestable la lucha contra los infieles. De esta lucha ambos reinos sacaron

rey de Castilla, llegó a ser un príncipe tan poderoso, que fué proclamado emperador (1135); al norte de los Pirineos, el conde de Tolosa le reconocía como soberano, y el rey de Francia, Luis VII, que solicitaba su alianza y fué a Toledo a visitarle, afirmaba «no haber visto jamás una corte tan brillante, y que sin duda no existía otra igual en el universo.»

LA RECONQUISTA

Mientras duró el gran Califato de Córdoba, los cristianos obtuvieron muy menguados resultados, y hasta les costó trabajo mantenerse en sus montañas. Pero en 1031 se desmembró el califato en numerosos principados, cuyos jefes o caudillos se llamaban *amires* o *emires*. Los más poderosos fueron los de Toledo, Sevilla, Córdoba y Zaragoza.

La rivalidad entre los emires era tan incesante y enconada, que atendían más a combatirse que a continuar la guerra santa contra los cristianos. Más aun, hubo vez en que solicitaron alianza a un rey cristiano contra un rival musulmán: así se explica que Alfonso VI, el conquistador de Toledo, tuviera por aliado al emir de Sevilla, con cuya hija se había casado. Las discordias de los musulmanes fueron, pues, la causa principal de su ruina.

Por otra parte, en los estados musulmanes existía una importante población cristiana, personas que llamaban *mozárabes*, porque a pesar de conservar su religión habían adoptado las costumbres y vestidos de los árabes. Consiguientemente, los mozárabes fueron para los conquistadores cristianos aliados naturales, sobre todo cuando la España musulmana tuvo que soportar la coyunda de los fanáticos *almoravides* y *almohades*, implacables perseguidores de los cristianos.

Por último, en la lucha contra los musulmanes, los españoles no fueron nunca los exclusivos combatientes, puesto que, a decir verdad, las Cruzadas de oriente y las guerras de España, no eran más que una incesante Cruzada. Numerosos caballeros de todos los países europeos se unieron a la

francés, Enrique de Borgoña, fué el primer soberano de Portugal, como hemos dicho anteriormente.

TOMA
DE TOLEDO

La era de las grandes conquistas cristianas se abrió casi inmediatamente después de la desmembración del califato de Córdoba. *Fernando I*, rey de Castilla y de León, se apoderó, entre 1057 y 1064, de casi toda la cuenca del Duero, y llevó la devastación hasta Andalucía. Su hijo, Alfonso VI (1073-1109), hizo que la reconquista diera un paso decisivo, apoderándose de *Toledo*, a orillas del Tajo, antigua capital de los reyes godos.

Toledo, encaramado en una roca de granito y escudado por un recodo del río, aparecía inexpugnable. Durante tres años, Alfonso VI se limitó a devastar los contornos de la ciudad, haciendo incendiar las mieses, talar los árboles y destruir los pueblos inmediatos. Cuando Toledo estuvo completamente aislada, fué a sitiirla con numeroso ejército; al cabo de seis meses de asedio y vencida por el hambre, Toledo capituló (1085).

La táctica que empleó Alfonso VI la adoptaron en lo sucesivo todos los conquistadores cristianos. La conquista se preparó con la devastación sistemática. En 1146, el rey de Castilla, Alfonso VII, invadió a Andalucía: «Eran entonces los días de la cosecha, dice la crónica, y el rey hizo prender fuego a todos los trigales, cortar las viñas, los olivos y las higueras. El ejército cristiano quemó todas las ciudades y los castillos abandonados; no se podían contar los cautivos, el ganado, el aceite, el vino y el trigo que fueron recogidos por el campo. Las mezquitas de los infieles eran pasto de las llamas con sus libros impíos, y los doctores de su ley pasados antes a cuchillo.»

Es cierto que esas terribles devastaciones, repetidas de continuo, facilitaron la reconquista, pero no lo es menos que contribuyeron en mucha parte a empobrecer a España.

LOS
ALMORAVIDES

La toma de Toledo tuvo inmensa resonancia en el mundo musulmán, y una de sus consecuencias fué el establecimiento de los almoravides en Es-

lladora que había fundado un vasto imperio que iba de Marruecos a Sudán. *Yusuf*, su jefe, reinaba en Marruecos. capital cuyos cimientos echó él. Llamado por los emires de España, desembarcó en Algeciras (1086) con un ejército compuesto de árabes, berberiscos, nómadas del desierto montados en camellos, y soldados cristianos mercenarios, todos ellos armados de pies a cabeza. Alfonso VI marchó a su encuentro; pero su ejército fué completamente deshecho en *Zalamea*, cerca de Badajoz; cuando regresó a Toledo, sólo contaba cien hombres en torno suyo (1086). Sin embargo, Toledo continuó perteneciendo a los cristianos. *Yusuf* se contentó con reinar en Andalucía; tomó el título de «emir de los emires» andaluces; pero como éstos soportaran mal el vasallaje, se embarazó de ellos empleando la violencia. El poderoso jefe almoravide murió centenarie en 1106.

Empero, su imperio decayó con rapidez. Obligados a luchar en Africa contra los *almohades*, secta nueva y más feroz que ellos, los almoravides resistieron, ya menos a los ataques de los cristianos de España. Alfonso I el Batallador, rey de Aragón, fundó la potencia aragonesa con la toma de *Zaragoza* (1118). El poderoso rey de Castilla Alfonso VII arrasó toda Andalucía, desde Córdoba hasta Cádiz. Alfonso Henríquez, rey de Portugal, conquistó definitivamente a *Lisboa* en 1147. Esos fueron los últimos momentos de la dominación de los almoravides en España, pues los almohades, después de haberse hecho dueños de Marruecos, penetraban en Andalucía.

EL CID
CAMPEADOR

La lucha encarnizada que empeñaron a porfía musulmanes y cristianos tiene el carácter de epopeya. En esa epopeya aparecen muchos héroes, y entre esos héroes descuella *el Cid Campeador*, el más ilustre y memorable de todos los caballeros cristianos.

Se llamaba *Rodrigo Díaz de Vivar* y era un barón castellano de muy noble familia. La fecha de su nacimiento no se conoce exactamente, pues mientras unos la fijan en 1026, otros dan la de 1045. En poco tiempo le hizo célebre

resultó vencedor, recibió el sobrenombre de *Campeador*, es decir campeón.

Ruy Díaz era un barón del siglo XI, impetuosamente apasionado y no muy riguroso en cuanto a moralidad; como vasallo, se hizo tan sospechoso al rey Alfonso VI, que hubo de salir de Castilla, y por venganza tal vez, poner su espada al servicio del emir de Zaragoza. El ilustre nombre de *Cid* tiene por origen el título que le daban los guerreros musulmanes: *Sidi*, es decir, señor, en lengua árabe.

El Cid, que tenía carácter independiente y muy grandes ambiciones, resolvió abrirse paso y alcanzar un principado a fuerza de mandobles. Aprovechando las luchas entre los almoravides y los emires, atacó a Valencia, capital de un estado musulmán. Poco inclinado a la conmiseración hizo arrojar al fuego, echar a los dogos o vender como esclavos, a cuantos trataron de escapar de aquella ciudad hambrienta. Valencia capituló (1094) y el Cid, a quien este hecho valió ser jefe de estado, continuó sus conquistas. Varios reyes moros y hasta un señor cristiano, el conde de Barcelona, fueron intimidados a pagarle tributo. El Cid resistió victoriosamente los ataques de los almoravides, y a partir de tal proeza su único intento fué echar a los musulmanes fuera de España. Entonces se oyo decir, a un árabe: «Un Rodrigo ha perdido esta península, y otro Rodrigo la recobrará.» Pero murió en 1099. Su viuda Jimena no pudo resistir mucho tiempo a los almoravides y, después de haber incendiado a Valencia, la abandonó a los infieles y volvió a Castilla, llevando consigo el cuerpo del héroe, que fué enterrado en el monasterio de San Pedro de Cardena, cerca de Burgos (1102).

Tal es la historia verdadera del Cid, ya de suyo maravillosa. La leyenda ha engrandecido mucho más al héroe, haciéndolo del Cid el modelo del caballero cristiano y patriota, y el campeón invencible de la independencia nacional. El Cid legendario es un paladín que defiende por todas partes el honor, y castiga a los traidores y felones; pero es también el más altanero de los barones, ante el cual todos los reyes tiemblan. En la *Crónica rimada*, fragmento épico del siglo XII, al que se le suele dar el nombre de *Leyenda de las mo-*

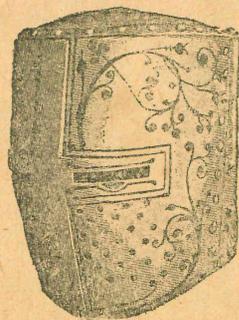
manera, e hizo relucir tanto su espada, que, asustado el rey de tal homenaje, le dijo: «Retírate, Rodrigo; déjame: vete a otra parte, demonio, porque con tus gestos de hombre tienes los movimientos de un león furioso.»

LAS
NAVAS DE
TOLOSA

Al establecimiento de los almohades en España a mediados del siglo XII, siguió la ofensiva de los musulmanes contra los cristianos. Desafiado por el rey de Castilla Alfonso VIII, el emperador almohade *Yacub* venció totalmente en Alarcos (1195); pero ésta fué la última sonada victoria de los musulmanes.

Durante mucho tiempo Alfonso VII preparó su desquite, que debía ser decisivo. Logró que lo apoyara el poderoso papa Inocencio III, que hizo predicar la Cruzada en Francia; franceses y hasta italianos afluyeron a Toledo, en número de 100.000 infantes y 10.000 caballos, según las crónicas. En toda la España cristiana fué general el entusiasmo, y los contingentes de Navarra, Portugal y Aragón engrosaron las filas del ejército castellano. La campaña empezó en junio de 1212.

El 16 de julio del expresado año se efectuó el choque tremendo que debía decidir de la suerte de España, sobre la vasta meseta llamada *las Navas de Tolosa*. El jefe almohade *Mohammed* había reunido un poderoso ejército, compuesto en



YELMO DEL SIGLO XIII.
Museo de Artillería.

En el siglo XIII, el yelmo era una caja cilíndrica de hierro o de acero que se ponía encima del cubre nuca de mallas y descansaba en los hombros. En medio hay dos encheduras computables a los brazos de una cruz: son las viseras, que, más tarde, se hicieron móviles. Los agujeros que hay debajo, permitían respirar. El yelmo no se ponía sino en el momento del combate; en combate; en marcha, se llevaba enganchado en el arzón de la silla. El yelmo reproducido aquí es dos veces más alto que un sombrero de copa.

la arremetida impetuosa de los caballeros cristianos. Mohammed, amenazado en su propia trinchera, apeló a la fuga para salvar la vida, dejando en el campo de batalla más de 100.000 hombres y abandonando a los vencedores un inmenso botín de telas preciosas, de oro y de plata.

La victoria de las Navas de Tolosa es una fecha capital en la historia de la reconquista, pues no sólo hizo añicos el imperio de los almohades en España, sino que cerró definitivamente, puede decirse, la era de la ofensiva musulmana. En adelante, la media luna no cesó de retroceder ante la cruz. Los destinos de España estaban definidos: había de ser cristiana.

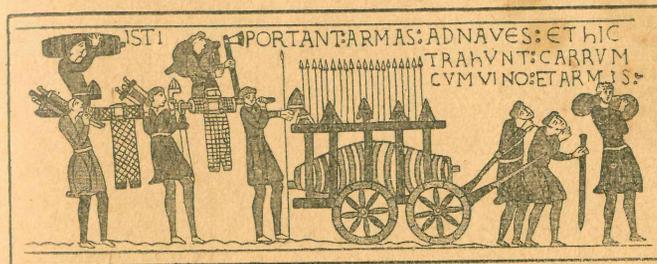
La decadencia y la EXTENSIÓN DE LOS REINOS DE ARAGÓN Y CASTILLA anarquía musulmanas fueron principalmente provechosas a los dos reinos cristianos de Aragón y Castilla. Cada uno de ellos contaba en el siglo XIII con un rey conquistador. Aragón con Jaime I, y Castilla con Fernando III o San Fernando.



CABALLERO DEL SIGLO XIII.
Reconstitución del Museo de Artillería.

En el siglo XIII la armadura de mallas de acero cubría al caballero de pies a cabeza y sólo permitía dejar a la vista, los ojos, la nariz y la boca. Encima de esa cota se ponían una túnica de tela, sin mangas, llamada cota de armas. La figura de este grabado lleva a la izquierda, pendiente de una correa, un escudo más pequeño que el del siglo XI.

Jaime I de Aragón (1213-1276) apellidado *el Conquistador*, era un jinete intrépido, que, con ocho compañeros suyos, una vez hizo huir a doscientos moros. Resolvió quitar a los musulmanes las *islas Baleares*, nido de piratas que robaban cuanto encontraban por los mares inmediatos, causando perjuicio enorme al comercio catalán. Después de un asedio terrible, se apoderó de Palma, la plaza fuerte de Mallorca (1229) y, en poco tiempo, se adueñó de todo el archipiélago. Después, en 1238, con asistencia de numerosos cruzados franceses e



VESTIDOS DE CAMPESINOS NORMANDOS. — PREPARATIVOS DE LA EXPEDICIÓN DE 1066. — Fotografía de la tapicería de Bayeux. La leyenda significa: Los que llevan armas a los barcos y los que tiran de un carro cargado de vino y de armas. A la izquierda se ven tres personas con paquetes de espadas al hombro y un casco en la mano. Para llevar las cotas de malla, que tienen la forma de traje de baño, les han pasado por las mangas una pértiga de madera. Las dos personas que aparecen encima —por ignorancia de la perspectiva, como sucede en los monumentos egipcios— llevan una un barril y la otra un odre y un hacha. En el carro, del cual tiran dos hombres, hay un tonel, lanzas y cascos, estos últimos, puestos en los adrales.

ingleses, se apoderó de *Valencia*, la antigua capital del Cid. El reino de Aragón llegó entonces a su apogeo en España. Potencia marítima, que poseía inmensa costa en el Mediterráneo, en los siglos siguientes pudo extenderse en Italia.

Fernando III de Castilla (1214-1252), conocido con el nombre de *San Fernando*, asestó al Islam golpes no menos rudos. Político hábil tanto como valiente caballero, aprovechó las

ro la conquista más importante fué la de *Sevilla*, la ciudad más grande de Andalucía, que tomó por hambre al cabo de un año de asedio (1248). No tardó mucho en someter toda Andalucía, y Cádiz llegó a ser un puerto castellano. El reino de Castilla se extendía en la mayor parte de la península ibérica.

De todo lo dicho resulta que, a mediados del siglo XIII, se podía considerar como terminada la reconquista. Por lo menos, esa fecha señala el fin del período heroico. Reducidos a defenderse y acosados hasta los altos picos de Sierra Nevada, los musulmanes no conservaron en España sino el reducido territorio del *Reino de Granada* que persistirá hasta 1492

CAPITULO XII

LAS CRUZADAS

I

Se llaman *cruzadas* las expediciones que emprendieron los cristianos de Europa occidental, en los siglos XII y XIII, para rescatar a Jerusalén y el sepulcro de Cristo, caídos en poder de los turcos. Y se les da aquel nombre, porque los que tomaban parte en ellas adoptaban como señal distintiva una cruz de tela roja cosida a sus vestidos. En esas expediciones, por lo menos en los comienzos, no se tuvieron en cuenta las distinciones de razas, de naciones y de estados. En efecto, franceses, alemanes e italianos formaban como un solo pueblo, llamado entonces *pueblo cristiano*. De aquí que se haya dicho que las cruzadas fueron las *guerras exteriores de la cristiandad*.

CAUSAS
GENERALES DE
LAS CRUZADAS.
LOS TURCOS

La causa inicial de las cruzadas fué la aparición en Oriente (siglo XI) de un nuevo pueblo musulmán: los *turcos seldyúcidas*. Originarios del Turquestán, al norte de Persia, los turcos, que pertenecían a la raza amarilla, destruyeron el Imperio árabe de Bagdad; atacaron en seguida el imperio bizantino, le tomaron Asia Menor y se apoderaron de *Nicea*, no lejos del mar de Mármara. Constantinopla, a partir de entonces, se encontró amenazada, y por consiguiente, Europa. De aquí que, en 1076, el emperador de Constantinopla Alejo Commeno pidiera socorro al papa Urbano II.

Dos años más tarde, los turcos se apoderaron de Jerusalén

de Cristo o Santo Sepulcro, y la iglesia que los emperadores griegos hicieron edificar para abrigarlo, sino que, mostrándose siempre tolerantes, nunca habían impedido las peregrinaciones que, en el siglo XI, eran sobrado frecuentes. Por el contrario, los turcos fanáticos persiguieron a los peregrinos, les infirieron mil vejámenes y hasta los torturaron; Tierra Santa fué cosa vedada a los cristianos que, desde entonces, no pudieron acercarse al sepulcro de Cristo.

LA FE

¡Huelga señalar la emoción que causaron esos acontecimientos en personas aferradas a la creencia de que visitando el Santo Sepulcro o padeciendo por Cristo, obtenían el perdón de sus faltas y se aseguraban la bienaventuranza eterna después de la muerte. Cerrarles las puertas de Jerusalén era cerrarles las del cielo. Morir por Cristo era conquistar un puesto en el paraíso.

El ardor de la fe en Jesucristo fué la segunda causa de las cruzadas. La fe hizo partir hasta personas que no se creían capaces de combatir: «Los niños, las ancianas y los ancianos se preparaban para la expedición, cuenta el contemporáneo de la primera cruzada, Guiberto de Nogent; *sabían que no podrían combatir; pero esperaban morir mártires*, y decían a los guerreros: «Vosotros sois valientes y fuertes y combatiréis; nosotros sufriremos con Cristo y haremos la conquista del cielo.»

CAUSAS
SECUNDARIAS
DE LAS
CRUZADAS.

La presencia de los turcos en Jerusalén y el ardor de la fe que animaba a los cristianos fueron las causas determinantes de las cruzadas; pero también intervinieron otras causas diferentes. En primer lugar, el atractivo del viaje a comarcas desconocidas y el gusto de las aventuras; después, la pasión de los combates, propia de los caballeros, y, por último, en muchos de ellos, la esperanza de hacer fortuna en aquel Oriente que pasaba entonces, con fundamento, por ser un país prodigiosamente rico. Muchos partieron para Tierra Santa como los emigrantes europeos parten hoy para la América en

cipado; los aldeanos, con la de encontrar un rincón de tierra donde poder vivir holgadamente y sin inquietudes, y todos preparaban su salvación en el otro mundo.

LAS OCHO
CRUZADAS

Es costumbre decir que hubo ocho cruzadas. Dos de ellas, la primera y la cuarta, fueron preparadas y dirigidas exclusivamente por señores: ningún rey tomó parte en ellas. La otras seis fueron verdaderas expediciones reales.

La *primera cruzada* (1096-1099), decidida en el concilio de Clermont por el papa Urbano II, y que se señala por la batalla de Dorilea y el sitio de Antioquía, dió por resultado la conquista de Jerusalén y la creación de un reino francés en Palestina.

La *segunda cruzada* (1147-1149), se emprendió para auxiliar a los franceses de Palestina, amenazados en Jerusalén, tuvo por capitanes al rey de Francia, Luis VII el Joven, y al emperador de Alemania, Conrado III. La expedición dió por resultado un desastre en Asia Menor: (1149) el asedio inútil de Damasco.

La *tercera cruzada* (1189-1192), la provocó la toma de Jerusalén por Saladino, sultán de Egipto, y tuvo por jefes al emperador Federico Barbarroja, al rey de Francia, Felipe Augusto y al rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León. Federico Barbarroja pereció durante la expedición. Felipe Augusto y Ricardo



TRAJE TURCO.

Miniatura copiada de un manuscrito árabe muy antiguo.

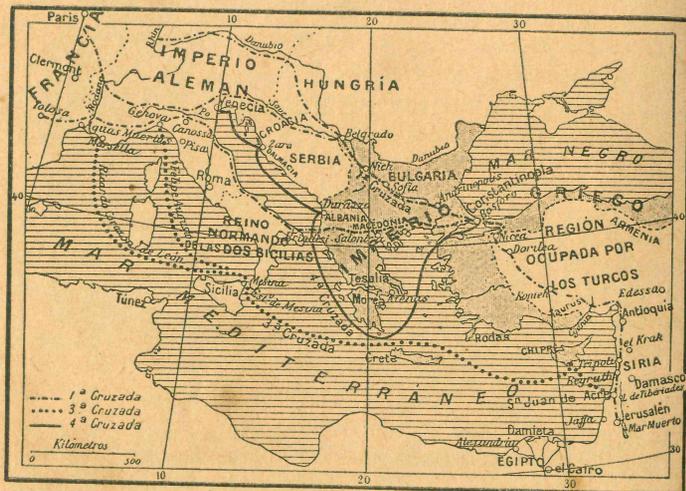
El traje de esta figura es el mismo que llevan actualmente los sirios musulmanes. Consiste en un balandrán blanco, y en una amplia capa con capucho: el albornoz.

tomaron a San Juan de Acre; pero Jerusalén quedó en poder

to, o sea Egipto y Palestina, y dió por resultado la toma de Constantinopla, la destrucción del imperio griego y la creación de un imperio latino de oriente, que duró casi medio siglo.

La quinta cruzada (1217-1221), dirigida contra Egipto por el señor francés Juan de Brienne y el rey de Hungría, no dió ningún resultado.

La sexta cruzada (1228-1229), o cruzada del emperador Federico II, ofrece la particularidad de que el jefe de la expedición estaba excomulgado y que, en vez de atacar a los mu-



ITINERARIOS DE LAS PRIMERA, TERCERA Y CUARTA CRUZADAS.

sulmanes, negoció con ellos, y obtuvo que los peregrinos pudiesen ir libremente a Jerusalén.

La séptima (1248-1254) y la octava cruzadas (1270), fueron las de San Luis. La séptima cruzada, que tenía por objetivo Egipto, centro de un poderoso estado musulmán, principió brillantemente con la toma de Damietta. Pero los cruzados sorprendidos por la crecida del Nilo, se retiraron.

la libertad de sus caballeros sino a precio de enorme rescate y su propia libertad mediante el abandono de Damietta.

La octava cruzada o cruzada de Túnez (1270) se terminó por la muerte de San Luis, atacado de la peste delante de las murallas de la plaza. Esta fué la última cruzada.

De todas estas cruzadas, la que más interesa y tiene más importancia es la primera, ya en razón del entusiasmo que provocó, ya porque fueron numerosos los que en ella tomaron parte, ya porque fué la única que alcanzó el objeto perseguido: la conquista de Jerusalén.

II

LA PRIMERA CRUZADA

PREDICACIÓN DE LA PRIMERA CRUZADA

El papa Urbano II había reunido un concilio en Clermont, en Francia. El último día de la asamblea, 28 de noviembre de 1095, y en presencia de multitud de prelados, sacerdotes y caballeros que venían del centro y del mediodía, Urbano II refirió los sufrimientos de los peregrinos en Palestina, y terminó llamando a las armas a los cristianos para rescatar el Santo Sepulcro. Al final del sermón citó estas palabras de Cristo: «Renuncia a tí mismo, toma tu cruz y sígueme.» Y en seguida, todos los que estaban presentes hicieron con pedazos de tela, cruces que se pusieron sobre el hombro, diciendo: «¡Dios lo quiere!» Esto se llamó tomar la cruz o cruzarse.

Después del concilio de Clermont, el papa hizo una visita de predicación en todo el centro y mediodía de Francia, al mismo tiempo que dirigía a todos los obispos una pastoral para invitarlos a predicar y hacer predicar la cruzada. Prometía a los que tomasen parte en la cruzada la remisión de sus pecados y amnistía general, incluso para los crímenes. Las mujeres, los niños y los bienes de los cruzados se declaraban inviolables y quedaban colocados bajo la protección de la iglesia, mientras durase la expedición.

Uno de los más poderosos auxiliares del papa,

zada, infundió extraordinario entusiasmo por donde quiera que pasó. Era un hombre pequeño, flaco y moreno, cuya larga barba y ojos muy vivos llamaban la atención. «Iba descalzo, dice Guiberto de Nogent, que lo había visto, llevaba una túnica de lana sobre la carne y en los hombros un largo ropón con capucha. El pan era su único alimento, y jamás bebía vino. En sus menores ademanes y en todas sus palabras se advertía algo de divino; tanto era así, que el pueblo arrancaba y guardaba los pelos de la mula que montaba, como si fuesen verdaderas reliquias.»

LA CRUZADA POPULAR «Apenas si los condes y los caballeros habían comenzado sus preparativos, dice además Guiberto de Nogent, cuando ya los pobres hacían los suyos con tal ardor que nada podía contener. Cada cual abandonaba su casa, su viña y su patrimonio, vendiéndolo todo a bajo precio, apresurándose a convertir en dinero lo que no podía llevar en su viaje. Muchos pobres herriban sus bueyes como caballos y los enganchaban a carros y carretas en los que ponían algunos víveres y hacían subir a sus mujeres y sus hijos.»

Apenas habían transcurrido tres meses después de la predicación de Urbano II en Clermont, cuando una horda de cuarenta o cincuenta mil personas de todas edades y sexos se encaminaba a Oriente bajo la dirección de Pedro el Ermitaño y de un pobre caballero llamado *Gualterio sin Haber*. Esa muchedumbre pasó el Rin para unirse a una horda completamente semejante de peregrinos alemanes. Malos recuerdos dejaban en los pueblos por donde pasaban —húngaros, búlgaros y griegos— cometiendo robos para vivir, y cuando aquellos pobres, que desde su partida preguntaban en cada ciudad si aquella era Jerusalén, llegaron a Constantinopla, el emperador se apresuró a hacerlos transportar a la costa de Asia, y allí, en las inmediaciones de Nicea, fueron casi inmediatamente exterminados por los turcos.

LA CRUZADA Mientras ocurría ese lamentable episodio, se organizaba el ejército de los cruzados. El papa be-

Los franceses del mediodía, conducidos por el conde Raimundo de Tolosa, pasaron por el norte de Italia, por Dalmacia, Croacia, Serbia y Bulgaria.

Los alemanes y los franceses del norte, conducidos por Godofredo de Bullón y Balduino de Flandes, atravesaron Alemania y Hungría.

Los normandos de Italia, capitaneados por Tancredo y Bohemundo, se embarcaron en Bríndisi y atravesaron Albania y Macedonia.

Los franceses de la Isla de Francia llegaron a Italia y siguieron el mismo itinerario que los normandos.

Ningún rey tomaba parte en la expedición: el de Francia y el emperador Enrique IV estaban excomulgados. El papa, jefe supremo de la cruzada, delegó sus poderes en un legado.

EL EJÉRCITO DE LOS CRUZADOS La llegada de los cruzados delante de Constantinopla provocó verdadero espanto, tan numerosos eran. Quizá el número de aquellos alcanzaba a un millón; pero en ese número no había probablemente más de trescientos mil combatientes. El ejército cruzado era en realidad *un pueblo en marcha*, cosa semejante a las hordas de bárbaros que invadieron el Imperio Romano. Muchos caballeros llevaban consigo mujeres, niños, servidores y hasta sus perros y aves de caza. Muchos peregrinos, incapaces de combatir, se habían unido a los guerreros, creyendo que así estaban en seguridad. Esa prodigiosa masa de hombres debía ser más perjudicial que útil, pues era har- to difícil abastecerla; servía de estorbo a la expedición, y más de una vez causó daños muy graves.

MARCHA EN ASIA MENOR El emperador Alejo, que deseaba desembarazar-se cuanto antes de los cruzados, les facilitó los medios necesarios para pasar a Asia. Los cruzados llegaron hasta la meseta de Asia Menor, y para ello se abrieron paso batiendo a los turcos en *Dorilea* (1097). En aquella meseta y en verano, bajo un cielo sin nubes y con un sol de fuego, el calor es insoportable; la tierra está abrasada, es árida, allí no existe la menor señal de ve-

causa de su inadecuado equipo, tanto por las pesadas camisas de mallas de acero, como por los cascos que aprisionaban sus cabezas. La sed mataba a aquellos desgraciados por centenares. «Los hombres más robustos, ha dicho un testigo, se tendían sobre la arena y revolvían la abrasada superficie para encontrar debajo de ella un suelo fresco donde pegar la desecada boca. Los mismos animales no podían resistir aquella horrible temperatura.» Los caballos, sobre todo, perecían en gran número. «A falta de bestias de carga, ha referido un cruzado, cargábamos nuestros bagajes sobre carneros, cabras, cerdos y perros. Muchos caballeros se vieron en el caso de montar en bueyes a guisa de caballos de batalla.» Además, los turcos, acostumbrados al clima, vestidos convenientemente y montados en caballos ligeros y veloces, hostigaban sin cesar al ejército, lo acosaban por los flancos y lo acribilaban con sus flechas.

LOS CRUZADOS
EN SIRIA.
ANTIOQUIA

Después de haber atravesado la cadena del Taurus, los cruzados cayeron sobre la costa de Siria. Empero, les interceptó el camino la ciudad de Antioquía, plaza fuerte situada en la falda de una montaña y defendida por una muralla flanqueada de cuatrocientas torres, ciudad que sitiaron durante ocho meses. Los cruzados estaban a punto de perecer, tomados entre la plaza y el ejército turco, cuando el normando Bohemundo, gracias a un traidor, pudo penetrar en una de las torres de la fortificación.

Los cruzados pudieron guarecerse en la plaza, que los turcos sitiaron en seguida. El hambre fué tal, que después de haber sacrificado todos los animales, los cruzados hubieron de comer cueros, después hierba, y cuando ya no hubo otro recurso, los cadáveres que los turcos dejaban en cada escaramuza. El desaliento se había apoderado de los jefes, pero no de los soldados y de los peregrinos, en quienes la fe en la victoria y la voluntad de entrar en Jerusalén permanecieron ardientes e inquebrantables. El hallazgo en una iglesia de una lanza que se dijo era la que sirvió para herir a Cristo en el costado, exaltó los ánimos en grado extraordinario, y movió a los sitiados a hacer una salida tan impetuosa

LA TOMA DE
JERUSALÉN

Tres años después de haber partido, el 1º de julio de 1099, los cruzados estuvieron en fin a vista de Jerusalén; hubo entre ellos quien murió de alegría. El ejército cristiano había disminuído extraordinariamente, pues ya no se componía de más de 40.000 hombres, desfallecidos y macilentos. Los cruzados habían dejado por los caminos de Asia, de Nicea a Jerusalén, 600.000 cadáveres.

Jerusalén estaba bien fortificada, tenía numerosa guarnición, y los musulmanes habían destruído todos los pozos de las inmediaciones de la ciudad. Como una vez más los cruzados corrían el riesgo de morir de sed, intentaron una heroica locura. El viernes, 15 de julio de 1099, a las tres de la tarde, día y hora de la muerte de Cristo, dieron el asalto. Habían construído una torre de madera que lograron empujar por medio de rodillos hasta acercarla a las murallas. Tendieron un puente volante entre la torre y una cortina de muralla, que les permitió ocupar una parte de ésta; se apoderaron en seguida de una puerta y penetraron de tropel en la plaza, donde hicieron una carnicería espantosa. «En el pórtico de Salomón y en el Templo, escribió Godofredo de Bullón al papa, los nuestros cabalgaban sobre la inmunda sangre de los sarracenos, en la que los caballos metían sus patas hasta los corvejones.»

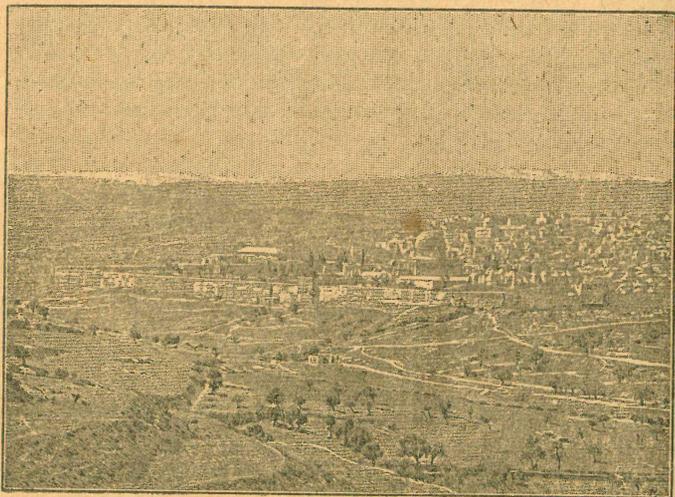
EL REINO
LATINO DE
JERUSALÉN

Hecha la conquista, importaba organizarla no sólo para conservarla, sino también para poner el Santo Sepulcro al abrigo de cualquier intentona de los musulmanes; de aquí la creación del reino latino de Jerusalén. Los cruzados ofrecieron la corona a Godofredo de Bullón. Éste llegó a ser el hombre más popular del ejército por su bravura, por la sencillez de sus costumbres, y porque era bondadoso y moderado. La humildad le aconsejó declinar el título de rey, y, en la ciudad donde Cristo había sido coronado de espinas, no quiso que le llamaran sino *procurador*, es decir defensor del Santo Sepulcro.

Terminado esto, la mayor parte de los supervivientes vol-

LAS ÓRDENES
RELIGIOSAS
MILITARES

Para concurrir a la defensa de Palestina se organizaron órdenes de *monjes soldados*. Estas órdenes fueron tres: la de los caballeros de San Juan de Jerusalén, u *hospitalarios*, la de los caballeros del Temple, o *templarios*, y la de los caballeros *teu-*



JERUSALÉN. — Fotografía tomada desde el huerto de los olivos.

En primer término, y con unos cuantos árboles que los amenizan, se ven las laderas del monte Oliveto, y un poco más allá, el valle de Josafat, que riega el Cedrón. A partir de ahí, el terreno va subiendo hasta tocar las murallas. Se distingue la cúpula de la Mezquita de Omar, que erigió Omar, el conquistador árabe de Jerusalén (636), en el lugar que ocupaba el antiguo Templo. Allí ocurrió la horrible hecatombe de musulmanes cuando los cruzados tomaron la ciudad. Los asaltantes penetraron por la parte opuesta, hacia el noroeste. A lo lejos se columbran las colinas (800 metros de altura) que dominan la pequeña meseta en que se asienta Jerusalén.

tónicos. Estaban sometidos a todas las obligaciones religiosas de los monjes de occidente: hacían, como ellos, voto de

que estuviese solo contra tres, y jamás debía consentir en rendirse.

El traje de esos monjes soldados revelaba su doble carácter. Llevaban la armadura de caballero, y por encima de ella el vestido de monje. Éste era negro con una cruz blanca en el pecho, en los *hospitalarios*, y blanco, con una cruz roja, en los *templarios*. Esos monjes formaron, por decirlo así, el ejército permanente de Palestina. Esas órdenes pronto adquirieron importantes riquezas, y tuvieron numerosas casas o *encomiendas* en todos los estados de Europa cristiana. Los *templarios* poseían en París mismo una verdadera ciudadela.

En cuanto a la tercera, la orden de los *caballeros teutónicos*, es decir alemanes, fué creada en el siglo XII.

III

RESULTADO DE LAS CRUZADAS

El resultado de las cruzadas no fué exclusivamente la creación en Oriente de dos estados que tuvieron muy corta existencia, el Reino Cristiano de Jerusalén y el Imperio Latino de Constantinopla. En el mismo Occidente, y en particular en los países de donde habían partido las expediciones, el resultado, más durable e importante, fué económico y político a la vez.

RESULTADO ECONÓMICO Las cruzadas fueron convenientes al comercio, pues multiplicaron las relaciones marítimas entre las ciudades de Occidente y Oriente. El transporte de los cruzados y de los peregrinos enriqueció a los marinos de Marsella, de Génova, de Pisa y especialmente de Venecia. Dos veces al año verdaderas flotas partían con regularidad de esos puertos, para Tierra Santa. Mientras que los cristianos fueron dueños de los puertos de Siria, los comerciantes de Francia, Italia, etc., pudieron ir allí para comprar los géneros, muy ricos, que ofrecía la Tierra Santa. Los países de Oriente, ya árabes, ya grie-

fombras y tapices, de buenos muebles, de armas finamente decoradas, de telas preciosas, sedas, *damascos*, (nombre que debían a la ciudad donde se fabricaban), muselinas, etc., se introdujo en Occidente, gracias a las cruzadas.

Las cruzadas contribuyeron a debilitar el poder de los señores, en primer lugar porque costaron la vida a muchos miles de ellos y empobrecieron a casi todos los supervivientes.

Los cruzados viajaban a su costa; tenían que equiparse y alimentarse, aviar y abastecer a sus subordinados y proveer de arreos y de forraje a todas las cabalgaduras. Así pues, antes de ponerse en camino necesitaban mucho dinero. Para procurárselo, estaban obligados a vender una parte de sus bienes raíces o a pedir prestado, y, por consiguiente, dar como garantía dichos bienes.

Todos partían con la esperanza de enriquecerse. Los que volvían, regresaban arruinados y habían de vender o de pedir prestado de nuevo. Inferioridad y empobrecimiento de los señores, que redundaron en provecho de los reyes, de los vasallos de los señores y particularmente de los vecinos de las ciudades que vieron a sus amos dispuestos a venderles libertades.

Por último, los franceses debieron a las cruzadas una influencia política y comercial que fué preponderante en oriente durante muchos siglos. Los franceses fueron allí tan numerosos que, para los orientales, hasta en nuestros días, todos los hombres de occidente fueron *francos*, es decir franceses. La lengua francesa se extendió por Siria, Chipre, Armenia y Morea; aún hoy, en Siria, es el idioma europeo que más se emplea y el que los naturales consideran como segunda lengua nativa.

CAPITULO XIII

LAS CRUZADAS CONTRA LOS HERETICOS

EL PONTIFICADO *Inocencio III* (1198-1216) pareció, durante algún tiempo, realizar el sueño de dominación universal de los papas.

Pertenecía a una familia noble romana. Había hecho una parte de sus estudios en la Universidad de París, y su saber y espíritu justiciero le valieron el sobrenombre de Salomón de su tiempo. Tenía treinta y siete años cuando fué elegido.

Poco después de su elección, escribía: «La mano del Señor Nos ha elevado al trono, no solamente para que juzguemos a los pueblos, de acuerdo con los príncipes, sino también para que juzguemos a los mismos príncipes la faz de los pueblos.» Definía al papa: «el ungido del Señor, más pequeño que Dios, más grande que el hombre, juez de todos y juzgado sólo por Dios.»

Hizo sentir el peso de su autoridad a todos los reyes. En Francia, Felipe Augusto había repudiado a su esposa Ingeburga sin razón plausible, para casarse con Inés de Merania, y el papa le obligó a rechazar a ésta.

En Alemania, dispuso de la corona imperial en favor de Otón IV, para quitársela después y darla a Federico II.

En Inglaterra, depuso a Juan sin Tierra, dió el reino a Felipe Augusto, y no lo devolvió a Juan hasta que éste se reconoció vasallo del papa y se comprometió a pagarle un censo anualmente.

Dispuso igualmente de la corona de Hungría y de las de Dinamarca, Castilla y Aragón. Organizó dos cruzadas: la cuarta, cuyo resultado fué la toma de Constantinopla, y, en Francia, la cruzada de los albigenses.



VESTIDO PONTIFICAL
DEL SIGLO XIII.

Estatua de la puerta sur de la catedral de Chartres. Fotografía Giraudón.

Esta estatua que se cree representa a Gregorio el Grande (590-604), da una idea de la vestidura de los papas en el siglo XIII. El papa está vestido con la casulla; tiene el palio o faja de lana blanca adornada de cruces, que pende de los hombros sobre el pecho. En la cabeza

cuestiones políticas, como las que se referían a los asuntos de Alemania, Francia, Inglaterra y la lucha de Felipe Augusto y de Juan sin Tierra; las cuestiones relativas al vestido de los monjes como los pormenores de las reparaciones de una catedral. Todos los asuntos de la cristiandad iban a parar a él. Los obispos electos impetraban su aprobación, y los ya en ejercicio le sometían las cuestiones difíciles para que las juzgara.

Legados, verdaderos inspectores generales del papa, revestidos de plenos poderes, como antiguamente los *missi* de Carlomagno, recorrían sin cesar los estados de Europa, llevando al clero y haciendo ejecutar por todas partes las decisiones y las voluntades del Soberano Pontífice. Inocencio III fué el primero que realizó plenamente el ideal de Gregorio VII, y pudo llamarse con perfecto derecho el *obispo universal*.

Su obra política no fué durable, y los reinos no estuvieron jamás sometidos realmente al papa. Pero su obra eclesiástica subsiste aún, y es justo reconocer que a él se debe la sumisión de todo el clero católico, sin excepción, al papa, así como también la organización de lo que se ha llamado la *monarquía pontifical*.

LAS HEREJÍAS

Se llaman *herejes* los que rechazan con pertinacia todo o parte de las doctrinas profesadas por la iglesia universal, y los que profesan las *herejías*, es decir, las doctrinas condenadas por la iglesia

reunió más adeptos fué la de los *albigenses*, que se extendió, a principios del siglo XIII, por todo el mediodía de Francia.

LOS ALBIGENSES

Los albigenses se llamaban así porque la ciudad de Albi fué el principal foco de la herejía. Pero la herejía albigense se extendió, por un lado, hasta Tolosa, y, por otro lado, en todo el *Languedoc*.

La herejía vino probablemente a aquellas comarcas de los países de Oriente con los cuales traficaban por mar los franceses del mediodía; quizá la trajeran los búlgaros. Los albigenses creían, como los persas, que había en el Universo dos dioses: uno, el dios del bien, creador de las almas, y otro, el dios del mal, que ha encerrado las almas en los cuerpos. Cristo era un angel del dios del bien, encargado de librar las almas prisioneras. Los albigenses admitían, como los naturales de India, la *metempsicosis*, es decir que el alma de un hombre puede pasar al cuerpo de un animal: de aquí que no se deba matar animales, ni comer carne. Tenían una especie de sacerdotes llamados *perfectos*. Los perfectos debían abstenerse de carne y llevar una vida pura, ser célibes y pobres. En cuanto a los fieles, llamados *creyentes*, podían vivir según sus deseos e instintos, puesto que la remisión de todos sus pecados les estaba asegurada merced a la intervención de los perfectos. Bastaba que el perfecto pusiera las manos sobre la cabeza del creyente, para borrar todos los pecados que éste hubiese podido cometer: esto se llamaba *consuelo*. Pero el consuelo no podía darse sino una vez; quien pecaba después de haber recibido el consuelo, estaba condenado de manera definitiva; de aquí que, por lo común, el creyente sólo acudiera al perfecto, pidiéndole el consuelo, en el momento de la muerte.

LA CRUZADA DE LOS ALBIGENSES

La iglesia combatió a los albigenses en Francia con tanto encarnizamiento como a los turcos en Palestina. En 1208, el papa Inocencio III hizo predicar la cruzada contra los herejes y excomulgó al conde de Tolosa, el señor más poderoso del mediodía de Francia, acusado de formar parte de esa secta, y declaró que «todos los católicos tenían el permiso de ocupar y guardar sus dominios»

1226), se conoce con el nombre de *cruzada de los albigenses*.

La guerra fué atroz. Empezó con una hecatombe en Beziers (1209). La ciudad fué tomada de asalto; los cruzados exterminaron a sus habitantes: en una sola iglesia degollaron siete mil personas, entre mujeres, ancianos y niños. Después de entregado Beziers al saqueo, fué completamente destruído por el incendio. Iguales horrores se cometieron a sangre fría diez años más tarde en Marmandé. «Fueron muertos, dice un contemporáneo, todos los habitantes de la población, con sus mujeres y sus hijos.»

El mando de la expedición pasó poco después a un señor de la Isla de Francia, llamado *Simón de Montfort*, valiente y hábil, pero de un fanatismo feroz. Simón conquistó casi todo el Languedoc. El rey Pedro II de Aragón, que era hermano político del conde de Tolosa, y que pretendía dominar en el mediodía de Francia, marchó contra los cruzados, pero fué vencido y muerto en la gran batalla de *Muret* (1213). «¡Soy el rey!», gritaba Pedro de Aragón al verse atacado de cerca; nadie hizo caso de sus palabras y fué herido y duramente maltratado hasta que cayó muerto. Simón de Montfort, vencedor, entró en Tolosa (1215).

Dos años después se sublevaba Tolosa, y Simón, al intentar de nuevo tomar la ciudad, fué muerto de un pedrada que le abrió la cabeza. Su hijo Amauri, incapaz de conservar las conquistas de su padre, vendió todos sus derechos al rey de Francia, Luis VIII; y he aquí cómo la cruzada de los albigenses preparó la extensión del señorío de los Capetos hasta los Pirineos, arruinando al mismo tiempo las ambiciones españolas.

LA INQUISICION

En aquella región, que había luchado a sangre y fuego durante dieciocho años, los herejes se ocultaban, pero la herejía continuaba subsistiendo. Para acabar con ella, el concilio de Tolosa creó, en 1229, los *inquisidores de la fe*.

Como lo indica su nombre, los inquisidores estaban encargados de hacer averiguaciones acerca de la fe, es decir sobre las creencias de las personas. Tenían la facultad de encarcelar a los sospechosos. El expediente se hacía secretamente

Para obligarlo a confesar, los inquisidores, poniendo en vigor un abominable uso judicial de Roma, podían someterlo de *tormento* o *tortura*; así, por ejemplo, lo dejaban varios días sin comer o bien le aplastaban los dedos en un torno, o le hacían tragar por fuerza enormes cantidades de agua. Después de haberle obligado a confesar, el inquisidor pronunciaba solemnemente la sentencia. El hereje que se arrepentía, era condenado al *emparedamiento*, es decir a prisión perpetua o temporal. Si el acusado se negaba a hacer enmienda honorable, o si era *relapso*, es decir, que reincidía en la herejía de que había abjurado, lo quemaban vivo. El cuidado del suplicio se confiaba al *brazo secular* o lo que es lo mismo, a los laicos, agentes del rey o del señor.

La Inquisición no se estableció en Francia exclusivamente, sino también en Aragón, Italia y Alemania, donde el número de víctimas fué considerable. Un escritor eclesiástico, hablando de la Inquisición y de sus tribunales, ha dicho «que no podían servir más que para engendrar hipócritas y hacer odiosa la religión.»

LAS ORDENES RELIGIOSAS

Durante la cruzada contra los albigenses se crearon dos nuevas órdenes monásticas: la orden de *franciscanos* y la orden de *dominicos*. La primera fué creada por espíritu de reacción contra el deseo de las riquezas; la segunda, para restaurar la fe amenazada por las herejías. La regla fué casi la misma para las dos. Franciscanos y dominicos hacían voto de pobreza absoluta; no debían poseer nada propio; debían vivir del pan que les diera la caridad pública o que hubieran ganado con el trabajo de sus manos: de aquí su nombre de *órdenes mendicantes*.

LOS FRANCISCANOS

La orden de franciscanos tuvo por fundador a un italiano, hijo de un acaudalado comerciante de Asís. Se llamaba Juan; pero se le nombró después Francisco, a causa de su gusto por la lengua francesa. Cuando tenía veintitrés años, *Francisco de Asís* abandonó las riquezas de su padre y se puso a vivir como

su infinita dulzura y por su ardiente fe, y con ellos creó el orden de *hermanos menores*, después *franciscanos*.

Los franciscanos iban con los pies descalzos, pues sólo se ponían sandalias de madera, y vestían el traje de la gente pobre de aquel tiempo, burdo ropaje de lana color de castaña, con un capucho; por eso también los llaman *capuchinos*; y, en vez de cinturón, una cuerda con varios nudos. «Que tengan confianza en la limosna y no se avergüencen de recibirla, decía san Francisco, porque el Señor se hizo pobre por nosotros.»

LOS *Santo Domingo de Guzmán*, fundador de

los dominicos, era español. Llegó a Francia hacia 1206, y residiendo en el condado de Tolosa, le asustaron los progresos que hacía la secta de los albigenses. Intentó atraer los hereáticos a la iglesia por la predicación, y en nada se mezcló a las atrocidades de la cruzada. Como advir-



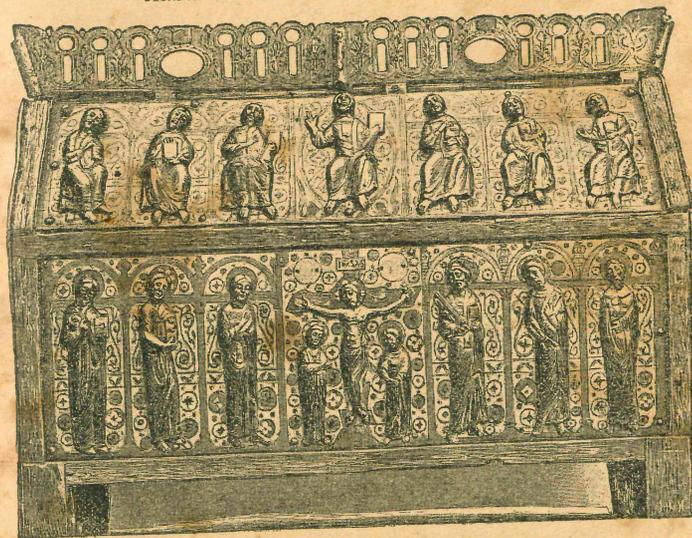
UN FRANCISCANO.

Llevaban el vestido de los pobres de su tiempo: burdo ropaje de lana color de castaña, ceñido a la cintura por medio de una cuerda. Por encima del ropaje llevaban el escapulario, larga y estrecha banda de tela con una abertura para pasar la cabeza provista de un capucho, la cual pendía por delante y por detrás hasta los pies. Iban calzados con sandalias. La orden conserva aún este traje.

cación —por lo demás, predicaban en mal latín y el pueblo no los comprendía— santo Domingo propuso al papa la fundación de una orden que se consagrara únicamente a la predicación y la instrucción. En 1215, creó la orden de *hermanos predicadores*, llamada por el nombre de su fundador *dominicos*, orden a la cual debía confiarse más tarde la Inquisición.

IMPORTANCIA
DE LAS
ORDENES

Mientras los monjes de las antiguas órdenes vivían lejos del mundo, en el campo, encerrados en los conventos, los monjes mendicantes se mezclaban a la sociedad, como los sacerdotes secu-



URNA DE SANTA FAUSTA. — Museo de Cluny.

La urna no es sino un gran relicario que generalmente tiene forma de cofre, a veces bastante largo para contener el cuerpo entero de un santo, o por lo menos, la mayor parte de sus restos. La urna de Santa Fausta data del siglo XIII, y mide 50 centímetros de largo por 40 de alto. El cuadro es de madera. Las caras son de planchas de cobre cubiertas con esmalte azul de Limoges. Las figuras, Cristo en la cruz y los doce apóstoles, son de relieve, y el artista les ha hecho candidamente los ojos con bolitas de esmalte. Los esmaltes de Limoges han tenido merecida celebridad.

pueblo, y llevando la misma vida que éste, cuyo traje vestían casi los franciscanos y cuya lengua empleaban los dominicos en sus sermones, ejercieron naturalmente sobre el pueblo una influencia considerable. Gracias a ellos despertó por todas partes la vida religiosa.

También contribuyeron a que despertara la vida intelectual. Los dominicos y los franciscanos no tardaron en alcanzar, por su saber, un puesto preponderante en las universidades. La universidad de París «la mayor escuela del mundo», llegó al apogeo de su gloria cuando contó entre sus profesores al franciscano *san Buenaventura* (1221-1274) y al dominico *santo Tomás de Aquino*, el teólogo más capaz y el filósofo más notable de la Edad Media.

Gracias a ellos, en fin, acabó de establecerse sólidamente la soberana autoridad del papa sobre los fieles. En efecto, franciscanos y dominicos, que dependían directamente del pontífice, formaron verdaderos ejércitos, pues cincuenta años después de la creación de la orden, los franciscanos eran ya doscientos mil, y los dominicos ya tenían una misión en Groenlandia, cerca de América septentrional.

LOS CABALLEROS TEUTÓNICOS

Para colaborar en la defensa de Palestina se organizaron las órdenes de los monjes-soldados ⁽¹⁾. La orden de los Caballeros teutónicos, fundada en 1128 en Jerusalén y reorganizada en 1190 durante el sitio de San Juan de Acre, estaba sometida para los deberes de caridad, a la regla de los de San Juan y para la disciplina militar a la de los templarios.

Al pasar a Europa esta orden adquirió posesiones y llegó a tener rango de estado. Federico II nombró príncipe del imperio al gran maestre de la orden y encargó a sus caballeros la conversión de los paganos en Prusia. Así se hicieron dueños de este país y después extendieron su influencia a casi todo el litoral báltico. Pero las riquezas, como a las naciones y como al Papado, perdieron a la Orden. En los siglos XV y XVI, derrotados militarmente y anarquizados como religiosos, perdieron toda importancia económica y política.

CAPITULO XIV

LA DECADENCIA DEL PAPADO

EL PAPA BONIFACIO Y FELIPE EL HERMOSO

Durante casi toda la Edad Media, los papas tuvieron extraordinarias ambiciones: se proclamaron superiores a los reyes y declararon tener el derecho de juzgarlos y deponerlos. Hemos visto que sostuvieron terribles luchas contra los emperadores y que lograron despojar a los Hohenstaufen de la corona imperial y de las dos Sicilias. La querrela entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso fué el último episodio de estas luchas ⁽¹⁾.

Bonifacio, aunque anciano, pues tenía casi ochenta años, fué el más intransigente de los papas y aquel cuyas pretensiones brillaban por lo desmesuradas. Exagerando las doctrinas de Gregorio VII y de Inocencio III, llegó hasta querer erigirlas en dogma que todo cristiano debería creer, so pena de condenación eterna. «Existen dos gobiernos, decía, el espiritual y el temporal, y ambos pertenecen a la iglesia. El uno está en la mano del papa y el otro en manos de los reyes; pero los reyes no pueden hacer uso de él sino por medio de la Iglesia, según la orden y con el permiso del papa. Si el poder temporal se tuerce, debe ser enderezado por el poder espiritual... Así, pues, declaramos, decimos, decidimos y pronunciamos que es absolutamente necesario, para salvarse, que toda criatura humana esté sometida al pontífice romano.» La derrota de Bonifacio fué agravada con el cautiverio de Avignon,

EL CAUTIVERIO DE AVIGNON

Después de Clemente V, seis papas más residieron en Avignon. Los romanos llamaron a ese período, *el cautiverio de Babilonia*. Sin embargo, en el traslado intervino tanto la política de Felipe el Hermoso como la inseguridad de la vida en Roma, a causa de las luchas entre las familias de los Orsini y los Colonna y de las sublevaciones populares. Avignon, en cambio,

pertenecía al conde Provenza y rey de Nápoles, fiel vasallo de los Papas. Además de las posesiones que tenían en los alrededores de la ciudad, en 1348 los Papas compraron la ciudad misma.

Pero el papado tuvo un carácter demasiado francés: lo eran los papas y los cardenales y esto debilitó su prestigio internacional pues no se vió en ellos sino a «capellanes del rey de Francia». Lejos de sus posesiones italianas los papas no podían percibir las rentas de ellas y pronto se crearon nuevos impuestos eclesiásticos que permitieron a la corte pontificia competir con las cortes de Francia e Inglaterra. Así disminuyó la autoridad moral del Papado y su decadencia espiritual y temporal favoreció las ideas de reforma y las herejías. En lo moral revivían los tiempos de los vicios y de la simonía a que había puesto fin Gregorio III.

**NECESIDAD
DE UNA
REFORMA
ECLESIÁSTICA**

A partir de 1378 la Iglesia entró en un profundo estado de crisis, conocido con el nombre de Gran Cisma de Occidente. Gregorio XI consideró que el Papa no puede tener otra residencia sino Roma y trasladó la sede pontificia a esta ciudad. Cuando él murió, los cardenales, en su mayoría franceses, quisieron elegir un papa francés; pero el pueblo se sublevó de modo amenazador y fué consagrado un italiano: Urbano V. Poco después los cardenales reunidos en Nápoles declararon haberlo elegido bajo amenaza de muerte y por tanto nula la elección y eligieron a Clemente VII, mientras Urbano seguía siendo Papa en Roma. Las rivalidades políticas agravaron el cisma, porque en ese momento el rey de Inglaterra combatía con el de Francia, cada uno de ellos secundado por muchos aliados. Los aliados del primero reconocieron al Papa de Roma, los del segundo al de Avignon.

La guerra sobrevivió al conflicto: duró alrededor de un siglo, salvo intervalos de paz, y a esto debe su nombre de guerra de los Cien años. El conflicto religioso en cambio terminó en 1417, duró treinta y nueve años.

Esta situación fué favorable para la aparición de los precursores de la reforma como Wiclef (1324-1384) en Inglaterra y Juan Huss (1369-1415) en Bohemia. Ambos querían

gelios. Pero los discípulos de Wiclef fueron exterminados, y Juan Huss, que fué quemado vivo, sólo tuvo partidarios en Bohemia.

En el seno de la misma iglesia hubo, a principios del siglo XV, un poderoso movimiento reformista dirigido por los doctores de la universidad de París, que era entonces la escuela de teología más importante del mundo. La impotencia del Papado inspiró a los doctores de la Universidad la idea de subordinarlo a la autoridad de los Concilios, es decir, de transformar la iglesia, hasta entonces monarquía absoluta, en una especie de monarquía constitucional; los concilios después, obligarían a los papas a evitar los abusos.

**EL CONCILIO
DE
CONSTANZA**

Esta fué la doctrina sostenida en el Concilio de Constanza que duró tres años y medio (1414-1418), y que fué la asamblea cristiana más importante reunida hasta ese momento: lo formaban 18.000 clérigos de todas las jerarquías y concurrieron a él 100.000 laicos. Estas cifras revelan el interés con que se seguía el conflicto: es que los partidarios de uno y otro papa excomulgaban a los contrarios y todos se hallaban en la angustia de no tener elementos ni conocimientos para saber cuál era el legítimo papa.

Después de largos debates el Concilio proclamó que en su calidad de representante de la Iglesia entera, todo cristiano, aun el papa mismo, le debían obediencia en cuanto concierne a la fé, a la extinción del Cisma y a la reforma general de la Iglesia. Así, pues, el Concilio se propuso la defensa de la fé contra las herejías, la restauración de la unidad en la Iglesia y la extinción de los abusos. Los herejes, como vimos, fueron exterminados. Se formó un Cónclave de cardenales y de electores nombrados por el Concilio, que eligió un papa romano, Martín V (1417), con lo que terminó el cisma.

La reforma de la iglesia fué más lenta y más laboriosa. La declaración de que el Papa debía obediencia al Concilio, era según el Papa una declaración circunstancial provocada por el Gran Cisma; para los doctores del Concilio era una declaración de valor permanente. Martín V puso fin a la

CAPITULO XV

LA VIDA URBANA

LA INDUSTRIA EN LA EDAD MEDIA

La seguridad que ofrecían a los habitantes de las poblaciones los privilegios garantizados por los fueros tuvo por resultado, en el siglo XII y sobre todo en los siglos XIII y XIV, un aumento considerable de actividad, para mayor aprovechamiento de la industria y del comercio.

La industria en la Edad Media no era libre como en nuestros días. En cada ciudad, los artesanos del mismo oficio o de la misma industria estaban reunidos, y formaban un *gremio* o *corporación*. La corporación era una especie de *sindicato*, pero se distinguía de éste en que, lejos de poder afiliarse o no afiliarse, según su antojo, al sindicato del oficio, como hacen los obreros de hoy, el artesano de la Edad Media no podía ejercer su oficio si no pertenecía a la corporación.

La corporación era, además, una sociedad de *socorros mutuos* que socorría a los huérfanos y a los artesanos del gremio, cuya edad provechaba los incapacitaba para el trabajo. Tenía una *tesorería*, y los ingresos de la caja procedían de las cuotas de los miembros; tenía una *bandera* que se llevaba desplegada en las ceremonias públicas, fiestas, procesiones y también cuando el gremio partía a la guerra. La corporación era, al mismo tiempo, una asociación religiosa, llamada *cofradía*, la cual escogía su *patrón*, es decir, su protector en el cielo, entre los santos o las santas que, según la tradición, habían ejercido el mismo oficio: San Crispín para los zapateros, San José para los carpinteros, San Pedro para los panaderos, etc.

Para entrar en el oficio, era menester, en primer lugar, ser

LA VIDA URBANA

163

pañero, es decir obrero. El compañero habitaba frecuentemente en casa del patrono y comía con él a la mesa. Podía a su vez llegar a ser *maestro* y tener un taller para él y sus obreros, cuando hubiera aprobado un examen y fabricado una *obra maestra*, esto es, alguna pieza del oficio.

EL COMERCIO
El comercio, es decir la compra, venta o permuta de géneros entre los habitantes de una población, entre las poblaciones de un mismo país o entre países diferentes, lo hacían los *comerciantes* o *traficantes*.

En la Edad Media, el oficio de traficante fué el más peligroso de todos, porque los bandoleros y los señores era gente de temerse: robaban a mano armada las mercaderías, y las más de las veces aprehendían al traficante para que éste les pagara su rescate. Es cierto que los señores vendían muchos *salvoconductos*, es decir permisos para poder transitar por sus tierras con toda seguridad; pero jamás se estaba cierto de que aquel documento fuese respetado. De aquí que los traficantes viajaran siempre en grupos y armados, en verdaderas *caravanas*, como se hace hoy en las regiones salvajes de Africa.

Además, embarazaban al comercio los innumerables derechos que las mercancías debían pagar en el trayecto: derechos de entrada, derechos de salida, derechos en cada señoría, en cada ciudad, en cada puente y a menudo en cada vado. Los géneros enviados por el Loira de Roanne a Nantes — unos seiscientos kilómetros — pagaban entre estas dos ciudades setenta y cuatro veces su valor.

LAS FERIAS
En razón de las dificultades de comunicación, importaba abastecerse para largo tiempo, y de aquí las *ferias*. Desaparecidas hoy en dondequiera que se han multiplicado los ferrocarriles, subsisten en los países en que el transporte es difícil y dilatado, como ocurre en la frontera de Asia y Rusia, por ejemplo en Nijni-Novogorod. Los comerciantes procedentes de casi todos los países se reunían a fecha fija en ciertos puntos, y llevaban gran cantidad de mercaderías. Esas grandes reuniones comerciales

batas alzaban sus tablados junto a las tiendas de los comerciantes. Con su bullicioso gentío, con sus vestidos de todos los colores y de todos los países, con la abundancia y variedad de objetos que se ponían en venta, esas ferias eran en la Edad Media como las Exposiciones de nuestros días.



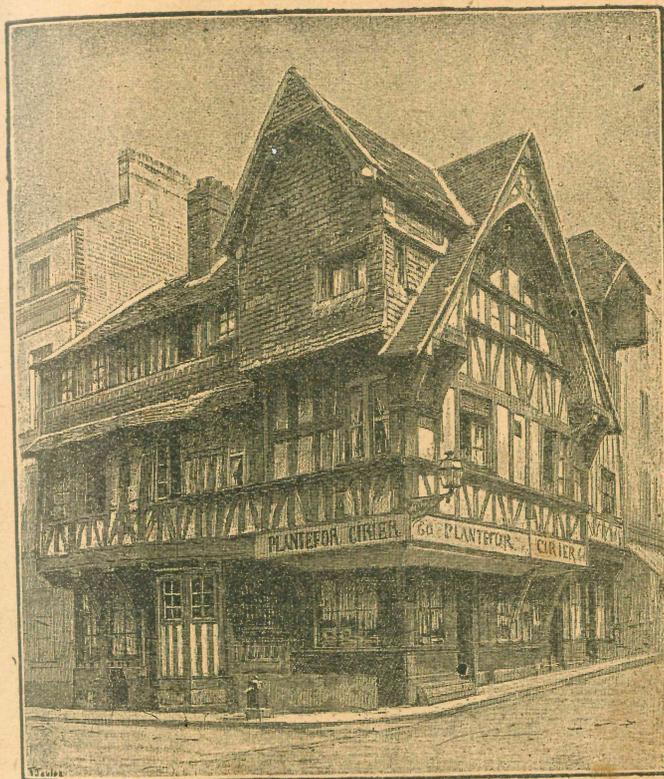
ASPECTO DE UNA CIUDAD DEL SIGLO XV.

Según una miniatura que se conserva en la Biblioteca Nacional *Las ciudades de la Edad Media, con sus murallas almenadas, sus numerosas torres, las puntas de sus campanarios y sus tejados puntiagudos eran muy pintorescas, vistas de lejos. Esta miniatura, que es un precioso cuadrado, dibujado con fineza y de colorido armonioso, representa un rey de Francia recibiendo a una reina de Inglaterra. Esta miniatura muestra los trajes del siglo XV.*

ASPECTO DE LAS CIUDADES DE LAS

Las ciudades en la Edad Media estaban encerradas dentro de murallas. Aunque el terreno que esas murallas imitaban no era muy grande, todo el mundo quería vivir en ese recinto para estar al abrigo de sorpresas peligrosas. Era preciso, por con-

las ciudades atravesadas por un río, como sucedía en París, se construyera hasta en los puentes. Para la vía pública se dejaba espacio exageradamente reducido, y de aquí que no



UNA CASA DE LA EDAD MEDIA EN LISIEUX (NORMANDÍA).
Fotografía Neurdein.

La armadura de la casa es aparente. Como se ve, el primer piso es salidizo respecto al piso bajo, y asimismo el tejado respecto de toda la casa. La parte triangular, a la derecha, es la fachada principal. El tejado es de pizarra y de planos inclinados para que el agua y la nieve corran fácilmente. En el piso de abajo de esta

hubiera calles, sino más bien callejones oscuros, tortuosos y sucios.

Eran oscuros, porque al contrario de las nuestras, las casas iban ensanchándose gradualmente desde el piso bajo hasta los graneros; cada piso por consiguiente, era salidizo respecto del inferior; el tejado, muy puntiagudo y con mucho declive para que el agua y la nieve escurrieran con rapidez, sobresalía a su vez de la fachada, como alas de un ancho sombrero; de manera que las casas de ambas aceras de una calle casi se tocaban por el tejado.

Las calles eran tortuosas porque nadie se cuidaba de lo que llamamos hoy alineamiento, y cada cual construía su casa como le agradaba mejor.

Eran sucias, porque la única alcantarilla o medio de desagüe que existía era el arroyo del medio de la calle, por donde corría la sangre de los animales que mataba el carnicero, y al que se vertían las basuras e inmundicias que nadie se cuidaba de limpiar, a no ser los cerdos que en aquel entonces pululaban en las ciudades, haciendo oficio de policía urbana. Las calles no estaban adoquinadas ni tenían veredas además, el alumbrado público no existía. Para salir de noche, había que llevar antorcha o linterna, y aun así no era fácil transitar, porque al cerrar la noche se tendían pesadas cadenas que atravesaban las calles.

LOS INCENDIOS. LA PESTE

Las poblaciones estaban constantemente amenazadas por calamidades terribles; tales fueron el incendio y la peste.

Como casi todas las casas eran de madera y todas estaban edificadas literalmente unas sobre otras, cuando el fuego prendía en una de ellas, el barrio entero y a veces la población, de extremo a extremo, era presa de las llamas. En aquel entonces no había bomberos ni se conocían las bombas contra incendio; había pues que sacar el agua de los pozos y arrojarla con cubos. De aquí que se tomaran medidas rigurosas para reducir los peligros del fuego. A los artesanos les estaba prohibido trabajar con luz. A las ocho o nueve de la noche, la campana del Ayuntamiento o de las iglesias tocaban la *queda*, momento en que era pro-

terradas en la ceniza, precaución necesaria para poder tener fuego al día siguiente, pues en aquella época no se conocían las cerillas. A pesar de esas medidas de prudencia, las catástrofes eran frecuentes. En veinticinco años, desde 1200 a 1225, la ciudad de Ruán se incendió seis veces.

La suciedad de las calles favorecía el desarrollo rápido de las epidemias. Desde que entraban los primeros calores el mal olor era intolerable. Felipe Augusto, tomando el fresco en una ventana de su palacio, tuvo un vahido causado por las horribles emanaciones de los charcos que había removido un carro al pasar.

Cuando la *peste o fuego sagrado* caía sobre una población las víctimas se contaban por millares. En 1418, de fines de septiembre a fines de diciembre, se dice que una epidemia mató solamente en París más de cien mil personas.

Sin embargo, a partir del siglo XIII la urbanización de las poblaciones empezó a mejorar. En París, Felipe Augusto hizo cercar con tapias los cementerios, empedrar las calles y edificar fuentes que distribuían el agua manantial procedente de las colinas vecinas. Las casas de madera fueron sustituyéndose poco a poco por casas de piedra y el lujo empezó a introducirse tanto en las poblaciones como en los castillos.

LAS CIUDADES ALEMANAS

EL IMPERIO ALEMÁN

Ya hemos visto cómo, a fines del siglo XIII, el Imperio de Alemania, al contrario del Reino de Francia que sus reyes unificaban, se había descompuesto y desmembrado en más de *cuatrocientos estados*, unidos de nombre, pero de hecho independientes. Esa situación anárquica no se modificó, en los siglos XIV y XV. En 1273, los príncipes alemanes advirtiendo que era necesario poner fin al desorden del *gran interregno*, habían elegido emperador, a causa de la reputación de enérgico que tenía, a un principito oriundo de Suiza y de las orillas del Rin, llamado *Rodolfo de Habsburgo*, cuyos descendientes reinaron en Austria hasta el año 1918.

Rodolfo tomó en serio su título imperial y, como el rey de Bohemia, uno de los miembros del imperio, se negara a

ces bautizada con el nombre del más importante de ellos, o sea la *Casa de Austria*.

Rodolfo en adelante fué rico y fuerte. El incremento rápido que tomó su poder inquietó a los príncipes alemanes, celosos de su independencia, y enemigos natos de cualquier soberano que quisiera disciplinarlos y fuera bastante poderoso para intentarlo. Por consiguiente, cuando murió Rodolfo



EUROPA OCCIDENTAL A FINES DEL SIGLO XV.

(1291), no eligieron al hijo de éste, y durante un siglo y medio se dieron a seguir la política de sus antepasados. Ofrecieron la corona unas veces a una familia, otras veces a otra.

LA BULA DE ORO

Carlos IV, había dado una constitución a Alemania con la célebre ordenanza de 1356, que se llamó *Bula de Oro* porque el sello del imperio estaba encerrado en una bola de oro.

En virtud de la Bula de Oro, el emperador debía ser elegido por siete príncipes, llamados *electores*, tres eclesiásticos — los arzobispos de Tréveris, de Colonia y de Maguncia, — y cuatro laicos — el rey de Bohemia, el duque de Sajonia, el margrave de Brandeburgo y el conde Palatino, — que en sus *electorados*, es decir en sus estados personales, eran soberanos absolutos e independientes. Para gobernar el imperio, el emperador estaba asistido de una *dieta*, que se componía de tres asambleas o *colegios*: colegio de los electores, colegio de los príncipes, es decir de los señores, y colegio de las ciudades. El emperador no podía hacer una ley, ni cobrar un impuesto, ni armar un soldado sin el asentimiento y concurso de los tres colegios. La Bula de Oro sancionaba, pues, el estado anárquico en que había caído Alemania: el emperador, en apariencia jefe del imperio, no era en realidad sino el ejecutor de las voluntades de la Dieta.

La anarquía política no fué óbice para que el comercio tomara incremento y Alemania se enriqueciera. Por otra parte, favorecidas por los mismos trastornos que provocó allí la terrible

LAS CIUDADES. LA HANSA

lucha entre los emperadores y los papas, numerosas ciudades lograron emanciparse completamente, como lo habían logrado en la misma época las ciudades del norte de Italia. Dichas ciudades se constituyeron en repúblicas, se llamaron *ciudades libres* y fueron verdaderos estados soberanos, y tuvieron sus tribunales, sus ejércitos y su hacienda, y pudieron firmar tratados, contratar alianzas y formar *ligas*.

Las ciudades, en efecto, se ligaron, señaladamente durante el gran interregno, para atender a su propia policía y a la seguridad de las comunicaciones. Esas ligas se llamaron *Hansas*.

La más célebre fué la *Liga Hanseática*, que terminó por llamarse simplemente *Hansa* y que llegó a su apogeo a fines

becera, es decir la capital de la Hansa. Los diputados de las ciudades afiliadas iban allí todos los años para deliberar sobre los intereses comunes.

La Liga había creado cuatro mercados en el extranjero: en Rusia, Novgorod la Grande; en Noruega, Bergen; en Flandes, Brujas, y en Inglaterra, Londres; mercados o factorías que eran verdaderas ciudades, en cuyo interior se encontraba una banca para los cambios con los agentes del país, y almacenes para apilar las mercancías que acababan de vender o que se habían comprado. Los empleados de estos almacenes fortificados eran al mismo tiempo sus defensores.

El principal centro para las permutas era Brujas, en Flandes. Allí llevaba la Hansa los productos del norte, cáñamo, brea y pieles de Rusia, maderas y pescados secos de Noruega y trigos de Polonia. Sus barcos iban a buscar los paños, las telas y las tapicerías de Flandes, los vinos de Francia y todos los productos del mediodía y del oriente; especias, frutas, sederías y perfumes que transportaban los barcos venecianos. Gracias, pues, a la actividad de la Liga Hanseática, Alemania rebosaba de riquezas entre el siglo XIV y el XV, en medio de la confusión política. Esa prosperidad debía prolongarse en el siglo XVI, y la Liga misma durar hasta la segunda mitad del siglo XVII.

CAPITULO XVI

LA CULTURA MEDIOEVAL

Ha sido un hábito considerar la Edad Media como una época de grosería casi bárbara. A partir del siglo XI, hubo, en efecto, una civilización propia y elevada, que alcanzó su apogeo en el siglo XIII. Al mismo tiempo que la vida económica, la intelectual y la artística se reanimaron y tomaron un vuelo extraordinario. Las escuelas se multiplicaron. Las Universidades — creaciones del siglo XIII: en su primera mitad se crearon 17 — contaron con millares de estudiantes. A principios del siglo XIV Dante dió a Italia la obra maestra de su literatura y una de las más grandes de la humanidad.

La actividad artística fué todavía más fecunda. Los artistas construyeron grandes catedrales — muchas en el estilo ojival, que fué la creación más original de la Edad Media — adornadas con estatuas y bajorrelieves comparables a los mejores de la antigüedad. La pintura renació en Italia con el Giotto, contemporáneo del Dante.

La civilización de esta época fué, en todas sus manifestaciones, una civilización cristiana: éste es su carácter esencial y su rasgo característico. La Iglesia preside tanto el trabajo intelectual como el artístico; la ciencia y la instrucción estaban en manos de los monjes y del clero secular. Más aún: el pensamiento libre estaba proscripto.

LAS UNIVERSIDADES

No es posible saber en qué medida se cumplieron las disposiciones de Carlomagno, — ratificadas después por el clero — sobre instrucción gratuita a cargo de los monasterios e iglesias. Si se sabe

portancia de sus escuelas; y en París, la de su famosa Universidad, la primera de Europa, a la que concurrían estudiantes de toda Europa, a pesar de las dificultades y peligros que entonces tenían los viajes.

Como consecuencias de sucesivas concesiones, las universidades y en especial la de París, llegaron a ser verdaderos estados autónomos que sólo dependían del Papa y que se cuadraban frente a los reyes amenazándolos con la supresión de los cursos. Según el papa Honorio III una de las veces en que esto ocurrió, toda Europa se indignó al « ver detenido este río de ciencia que riega y fecunda la tierra de la Iglesia Universal. »

Existían cuatro facultades: de teología, de derecho canónico, de medicina y de Artes liberales, gobernada cada una por un decano, a excepción de la última, que lo era por un rector, que a causa de la importancia de su facultad fué jefe de toda la Universidad. Sin embargo, esa facultad no era sino un liceo preparatorio para poder ingresar a las tres facultades.

El prestigio de la Universidad hacía que su Rector se convirtiera, por serlo, en uno de los grandes personajes del reino. En las ceremonias se colocaba antes que los cardenales y al lado de los príncipes de la familia real.

La enseñanza en la Facultad de Artes liberales se dividía en siete materias: tres literarias, el *Trivium*: gramática, dialéctica o arte de razonar y retórica o arte de hablar; cuatro científicas, el *Cuadrivium*: música, aritmética, geometría, astronomía.

En todas las facultades se enseñaba en latín, y tan usual era este idioma entre los estudiantes, que al barrio donde éstos vivían se llamó Barrio Latino, nombre que conserva hasta hoy.

Además de la Universidad de París, se fundaron en Francia, durante el siglo XIII las de Tolosa y Montpellier, esta última famosa hasta hoy por su Facultad de Medicina. Fuera de Francia, en el extranjero fueron famosas las de Bolonia, en Italia; y las de Oxford y Cambridge, que hasta hoy son las principales de Inglaterra.

LA CIENCIA Durante la Edad Media los principales libros estudiados eran los del filósofo griego Aristóteles, tenido por entonces como el maestro de la ciencia universal. Estos libros no eran estudiados en su texto original — casi nadie sabía griego — sino en traducciones latinas de traducciones árabes, llevadas a España por los musulmanes. Se consideraba que Aristóteles, aun en aquellos puntos en que no había dicho la última palabra, había, por lo menos, establecido los principios de todas las ciencias: no había, pues, sino que extraer, por razonamiento, las consecuencias de estos principios conciliándolos con los dogmas católicos.

Este método, llamado comúnmente *escolástica* o método de la escuela, era propio para formar teólogos, filósofos, maestros en el arte de razonar y de discutir. Pero mientras este método estuvo en auge, el espíritu de observación y de experiencia estuvo proscrito de los estudios y el progreso de las ciencias fué casi nulo.

El primero que alzó su voz para quitar importancia a la escolástica en el estudio de las ciencias fué Rogerio Bacon, teólogo franciscano, inglés, que vivió en el siglo XIII. Cuando se conocieron los tratados de física e historia natural de Aristóteles, Bacon comprendió las limitaciones que hasta entonces habían padecido las ciencias y se convirtió en un precursor de la ciencia moderna al considerar la observación y la experimentación, como coadyuvantes indispensables del razonamiento y tan legítimo como éste en la investigación de la verdad. Sus ideas fueron consideradas peligrosas y fué encarcelado. Murió sin dejar discípulos.

Sin embargo, la química y la astronomía comenzaron a existir, aunque en forma vergonzante: como ciencias ocultas se cultivaban la alquimia y la astrología. La primera se proponía producir oro por la trasmutación de otros metales; la segunda trataba de establecer relaciones entre la posición de los astros y el destino de los hombres. A pesar de esos propósitos, y obligados por experimentos y observaciones, los alquimistas crearon la química y los astrólogos cultivaron la astronomía. Unos y otros fueron muy perseguidos, pero esas ciencias fueron consideradas propias de

LA LITERATURA Durante los siglos XII y XIII el desarrollo de los estudios produjo una gran producción literaria, pero en su mayoría son poco conocidos en nuestros días porque fueron escritos en latín.

Las principales de estas obras son las de los teólogos y de los filósofos, algunos de los cuales fueron espíritus extraordinarios.

Entre ellos figura *Abelardo* que brilló en el siglo XII, famoso por su pasión hacia *Eloísa*, pero que merece serlo también por su elocuencia y saber, que atraían miles de estudiantes a las aulas de la Universidad de París donde enseñaba. *Santo Tomás de Aquino*, en el siglo XIII, fué el más grande de los filósofos de la Edad Media: su famosa *Suma Teológica* es un imponente monumento de la inteligencia de la época, en que su autor trató de conciliar la filosofía y la religión, creando una ciencia definitiva que contendría los principios incommovibles de la religión y de la filosofía.

Las obras de *Abelardo*, de *Santo Tomás*, como las de *Alberto el Grande*, *San Buenaventura* o *Rogerio Bacon*, aun cuando no son literarias, tienen méritos artísticos, además de los intelectuales, porque los escritores de la época, sobre todo los del siglo XII, fueron grandes admiradores de los autores antiguos y empleaban un latín que frecuentemente no era sólo correcto, sino también elegante.

Como el latín no era sino la lengua de los estudiosos y de los clérigos, el bajo latín, transformado en los distintos países, ya no era latín. A partir del siglo XI, en Francia y en España comienzan a aparecer obras escritas en esos idiomas vulgares, todavía no constituídos: eran canciones de gesta, romances y crónicas históricas.

Como ocurre siempre en la iniciación de todas las literaturas, la poesía precedió a la prosa; los juglares recitaban o cantaban poesías ajenas; si las poesías eran propias se llamaban troveros o trovadores.

Hasta los siglos XII y XIII gozaron de especial favor los cantares de gesta, entre los que sobresalen en España el *Cantar de Mio Cid* y el *Cantar de los Infantes de Lara*; en

Durante el siglo XII aparecen, al lado de los cantares de gesta, los relatos de aventuras y de amor. En éstos la veracidad era mínima, pues se trataba de aventuras de caballeros imaginarios, modelos de virtudes cristianas. A veces, como ocurre con la leyenda de *Tristán e Isolda*, los cantares toman como motivo una leyenda celta; otros las tomaron de motivos griegos o romanos.

Italia dió en el siglo XIII una de las obras maestras de la humanidad: la *Divina Comedia*. *Dante Alighieri*, su autor, nació en Florencia en 1265. Mezclado en rivalidades políticas fué desterrado al ser vencido su partido. Hasta entonces había escrito poesías líricas. Pero el dolor dió madurez a su genio, compuso un vasto poema, dividido en tres partes: El Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, cuyo conjunto forma la *Comedia*, después llamada la *Divina Comedia*. En esta obra extraña, poderosa, atormentada, *Dante* supone que — primero guiado por *Virgilio* y después por *Beatriz*, joven de la que estuvo enamorado — visita sucesivamente el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso. Allí expuso, a través de visiones de gran interés humano, sus ideas, sus conocimientos, sus pasiones políticas, sus afectos, odios, dolores y esperanzas. Ninguna obra literaria puede hacer conocer más perfectamente la vida espiritual de la Edad Media.

La *Divina Comedia* estaba escrita en dialecto toscano; y por la admiración que provocó la obra, este dialecto se convirtió en la lengua literaria de Italia.

LAS BELLAS ARTES

En el siglo XIII, renació la pintura en Francia. Como en las iglesias ojivales los frescos habían sido reemplazados por los vitrales, la pintura sólo subsistió como el arte de los ilustradores de manuscritos, es decir, de miniaturistas. A fines del siglo en Francia y en Italia aparecen las primeras obras maestras de la pintura.

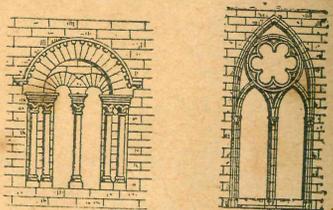
Desde los comienzos del siglo se había vuelto en Italia a las tradiciones artísticas de la antigüedad romana, inspi-

Florencia, fué el más grande pintor de la época. En sus obras, que se encuentran en una capilla de Padua y en la iglesia de Santa Cruz de Florencia, el Giotto supo dar a sus personajes la vida expresiva, el relieve, la belleza y la realidad de las actitudes que los escultores franceses habían comenzado a dar a sus estatuas, reaccionando contra el espíritu de la Edad Media. Pero esa reacción simultánea de los artistas de ambos países no les impidió expresar con fervor el ideal cristiano, que es el alma misma de la Edad Media.

LAS IGLESIAS Durante la Edad Media la arquitectura fué el arte por excelencia: los pintores y los "imagineros", es decir los escultores, sólo eran auxiliares de los arquitectos.

La arquitectura se manifestó durante todo este período de modo tan especial en la construcción de iglesias, que puede resumirse toda, especialmente como arte, en éstas. Las ciudades aunque sucias y oscuras tuvieron, la mayor parte de ellas por lo menos, importantes y admirables iglesias.

Para que pueda comprenderse el esplendor de las iglesias en medio de las miserables casas de la Edad Media, conviene recordar que fueron obra de hombres fervorosos profundamente convencidos de que en la iglesia habita el mismo Dios, invisible, pero siempre presente, y que, al edificar la iglesia, edificaban literalmente la casa de Dios; consiguientemente, por muy hermosa que fuese, no lo era bastante en razón de su destino.



ARCO QUEBRADO. ARCO DE MEDIO PUNTO.

El arco de medio punto tiene la forma de un semicírculo y es característico del estilo románico. — El arco apuntado u ojival es característico del estilo francés o estilo ojival, impropriamente llamado gótico. Las ventanas tienen la forma de un hierro de lanza.

con mucha propiedad que las catedrales de la Edad Media son *espléndidos actos de fe*. En efecto, ellas muestran lo más hermoso que el arte de aquellos tiempos ha producido, y lo resumen completamente.

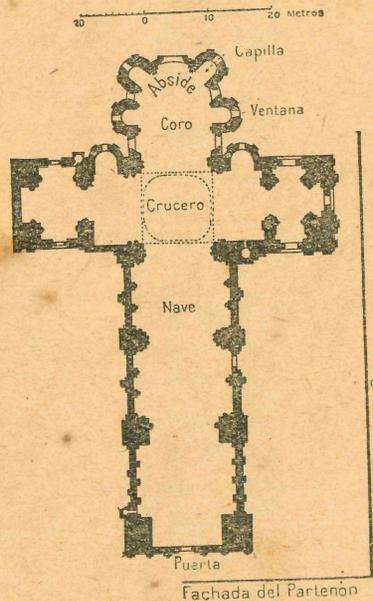
Primitivamente, las *basílicas*, es decir los grandes espacios cubiertos que servían a los romanos de palacio de justicia o de bolsa de comercio sirvieron de modelo para edificar las iglesias cristianas; éstas tenían pues la forma de una larga galería cuya extremidad se terminaba en semicírculo y cuya techumbre estaba sostenida por columnas. La parte en



CORTE DE UNA BÓVEDA DE UNA IGLESIA ROMÁNICA.

Catedral de Angulema.

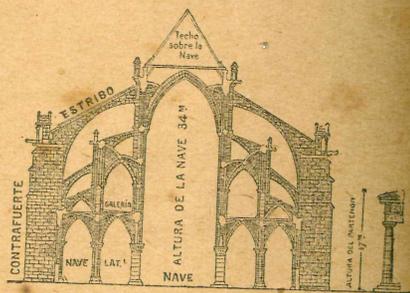
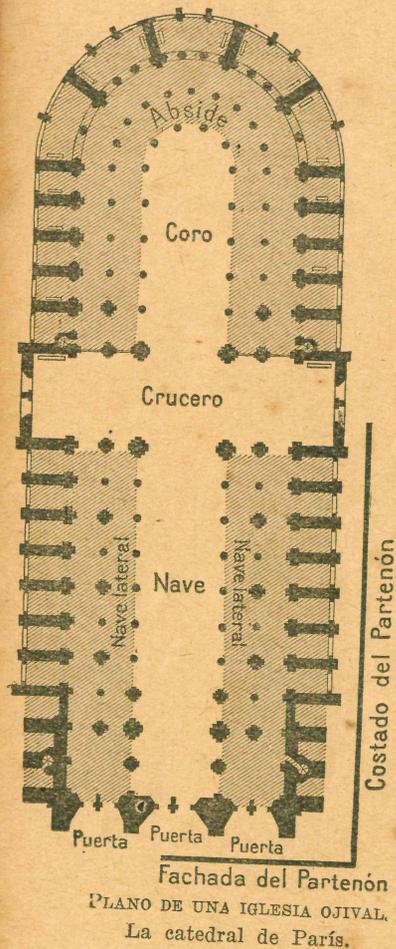
En el plano, las partes negras representan los muros y los pilares. Los pilares en la arquitectura románica son enormes; podemos darnos cuenta de ello comparándolos con los puntos negros que figuran en la página siguiente, en el plano de la Catedral de París (arquitectura ojival) que también representan pilares. A la derecha del plano se han representado con dos líneas los lados del Partenón. La misma escala que las catedrales de Angule-



PLANO DE UNA IGLESIA ROMÁNICA. Catedral de Angulema.

semicírculo se llamaba *ábside*, y estaba reservada al clero; delante, en una parte llamada *coro*, estaba el *altar*, que entonces tenía forma de sepulcro, y sólo había uno en toda la iglesia. Los griegos han conservado esa costumbre.

El resto de la galería se llamaba *barco* o *nave*, a causa de la semejanza que presentaba el techo con la quilla de un barco invertido. La nave estaba a su vez dividida en tres partes, por filas de columnas: en el centro, la nave propiamente dicha, y a derecha e izquierda las naves laterales.



CORTE DE UNA IGLESIA OJIVAL.
La catedral de París.

En el plano, los puntos negros son los pilares; las barras negras, los contrafuertes. Nuestra Señora de París mide 130 m. de largo por 48 de ancho. El Partenón sólo mide 70 por 30. La nave tiene 34 m. de alto. El frontis del Partenón sólo tiene 17. En el corte, hecho a la altura del crucero, exactamente en la misma escala que el plano, se han trazado rayas transversales en todo lo que comprende el interior de la iglesia.

a la galería, entre el coro y la nave, una galería transversal o *crucero*. Las iglesias tuvieron a partir de entonces, la forma de una cruz.

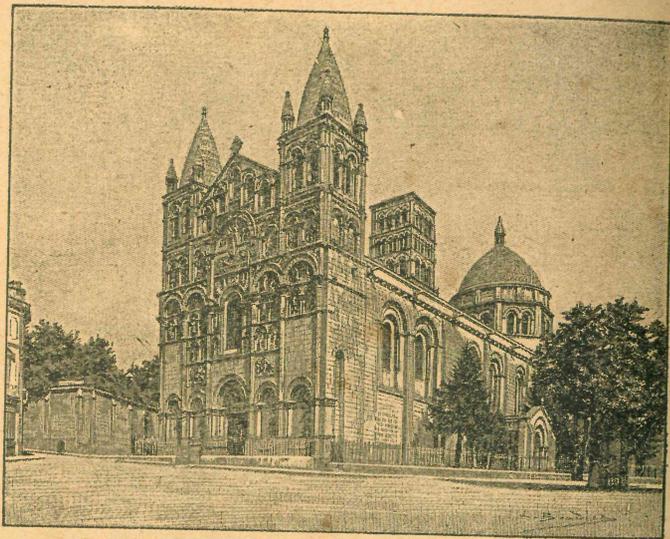
La entrada de la iglesia se abrió en un extremo de la nave, directamente en frente del altar mayor, y se hizo muy alta y ornamentada; esta fué la *portada* o frontispicio, que muy a menudo los arquitectos situaron entre dos *torres*. Cuando se empezaron a construir los cruceros, se abrieron también puertas en ellos, que se llamaban *portadas laterales*, y se pusieron en las extremidades de los brazos de la cruz. A las campanas se les dió albergue en una torre llamada *campanario* y que, aislada primero de la iglesia, se unió después al resto del monumento. Por último, delante de la portada de la iglesia se dispuso un andén llamado *atrio*.

Tal era el plano general de las iglesias; pero la manera de realizar ese plano, es decir la forma de la construcción, varió mucho. En la Edad Media hubo dos estilos: el *estilo románico* y el *estilo francés* o *estilo ojival*, llamado impropia-mente *estilo gótico*.

El *estilo románico* llegó a toda su perfección en la segunda mitad del siglo XI y en la primera mitad del XII. Lo caracteriza el empleo de bóvedas en *media naranja* y arcos de *medio punto*, es decir que tenían la forma de una semi-circunferencia. Estos arcos estriban unas veces sobre columnas, generalmente achaparradas y gruesas, coronadas con capiteles muy anchos y de poca altura, y otras sobre muros pilares. Los muros están sostenidos por fuera por otros pilares, llamados *contrafuertes*, que van hasta el nivel de la techumbre. La catedral de Angulema, en Francia, y la de Santiago de Compostela, en España, se cuentan entre las más célebres iglesias de estilo románico.

Del estilo románico salió, en el siglo XII, el *estilo francés* o *ojival*; francés porque nació en la Isla de Francia, y ojival porque está caracterizado por el empleo de bóvedas y arcos apuntados o *arcos ojivales*. Mientras las iglesias de estilo románico impresionan por la fuerza algo tosca y la solidez

lares que las soportan se aligeran y alargan. Esos pilares, formados de grupos de columnitas que suben hasta el techo, semejan delgados y esbeltos troncos de árboles y las nervaduras, que se extienden por la bóveda, ramas de esos árboles gigantes. Los muros están recortados por inmensos huecos



IGLESIA ROMÁNICA. — FACHADA Y VISTA LATERAL.

Catedral de San Pedro de Angulema. — Fotografía Neurdein.

La catedral de Angulema es un tipo de la iglesia románica, y data del siglo XII. La fachada presenta cuatro pisos de arcadas de medio punto y cinco arcadas por piso. Una sola ventana en medio, encima de la puerta, da luz a la nave. Por detrás de las torres de la fachada se ve el campanario de seis pisos de arcadas; la fotografía permite ver solo tres. En último término se ve la cúpula que corona el crucero. No todas las iglesias de estilo románico tienen cúpulas.

guarnecidos de vidrieras de ricos colores. Por fuera, los contrafuertes son mucho más delgados y separados del muro, al cual se unen por medio de arcos ligeros, llamados *arcos*

La ornamentación, ya muy brillante en ciertas iglesias de estilo románico, tiene en el estilo ojival una extraordinaria riqueza. Cada vidriera es un cuadro luminoso, ordinariamente admirable. Por todas partes hay bajorrelieves y estatuas; en la catedral de Reims no se cuentan menos de dos mil, y su fachada parece un inmenso encaje de piedra.

El estilo ojival se extendió por toda Europa y hasta por Oriente, brillando hasta el siglo XVI; pero en el siglo XIII fué cuando se manifestó más sencillo y elegante, y cuando realmente llegó a su perfección. Entonces fué cuando se construyeron las más célebres iglesias catedrales, en Francia las de Amiéns, Chartres, Reims y Nuestra Señora de París, y en España las de Toledo y León.

CAPITULO XVII

LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

En los siglos XIV y XV, últimos de la Edad Media, el conflicto europeo más grave fué el que puso frente a frente los reinos de Inglaterra y Francia. La guerra francoinglesa empezó en el año de 1337 para no terminar sino en el de 1453, y aunque en realidad duró más de un siglo, se la ha llamado la *guerra de los Cien Años*.

La guerra de los Cien Años comprende dos grandes períodos, separados por una prolongada tregua de treinta y cinco años. Cada uno de ellos comienza con brillantes victorias inglesas y termina por una «reconquista» francesa.

Desde 1337 hasta 1360, los ingleses conquistaron casi todo el oeste de Francia. El rey Carlos V, de 1369 a 1378 y auxiliado por *Duguescín*, les tomó los territorios perdidos.

Desde 1413 hasta 1429, los ingleses conquistaron toda la Francia al norte del Loira. La llegada de *Juana de Arco* (1429) puso término a sus victorias. Los ingleses, a partir de 1429 hasta 1453, fueron sucesivamente expulsados del Reino de Francia.

La guerra de los Cien Años fué provocada por las pretensiones del rey de Inglaterra *Eduardo III* a la sucesión de los Capetos.

Felipe el Hermoso había dejado tres hijos, que reinaron sucesivamente y no tuvieron sucesión masculina. Cuando el último murió (1328), los barones franceses declararon que «ninguna mujer, y, consiguientemente, ningún hijo de ésta podía, en virtud de la costumbre, suceder en el Reino de Francia.» Esa decisión descartaba del trono a

el nombre de *Felipe VI*. En consecuencia, la corona pasó a la rama segunda de los Capetos, o sea la rama de los *Valois* (1). Pero Eduardo III, después de haber vacilado mucho tiempo (hasta llegó a prestar homenaje a Felipe VI por su feudo de Guyena, en 1331), se decidió por fin a negar el pleito homenaje y a reclamar la herencia de Felipe el Hermoso (1332).

A esta causa inmediata se añadieron otras causas lejanas y generales: en primer lugar, la rivalidad tradicional que la primera guerra de cien años creó entre Capetos y Plantagenets; después las necesidades de los ingleses, que sacaban de sus posesiones de Francia los productos de que carecían, particularmente los vinos. La Guyena les era tan necesaria en la Edad Media como lo son hoy sus colonias.

PRIMER PERIODO

La guerra se señaló en primer lugar con terribles desastres para Francia. Esos desastres se debieron a la superioridad de la organización militar inglesa.

Eduardo III había establecido lo que se llama hoy servicio militar obligatorio y universal. Todo inglés estaba sometido al servicio desde los dieciséis años hasta los sesenta, equipándose cada uno según se lo permitían sus medios.

Inversamente de lo que existía en Francia, la caballería sólo figuraba como elemento secundario en el ejército inglés. El elemento principal era la infantería. Esta infantería se reclutaba cuidadosamente entre los hombres más vigorosos, mejores tiradores y con armas más rápidas.

Eduardo III invadió a Francia en 1346. Asoló a Normandía y llegó hasta las inmediaciones de París. Obligado a reti-

(1) He aquí un esquema donde se ve el parentesco de los reyes con-
endientes.

Felipe III el Atrevido.

Felipe IV el Hermoso.

Carlos de Valois

rarse ante las fuerzas superiores de Felipe VI, alcanzó en Crecy (26 de agosto de 1346) una brillante victoria.

TOMA DE CALÉ POITIERS Después de Crecy Eduardo III tomó a Calé (1347). Los ingleses tuvieron en adelante en las costas francesas de la Mancha un puerto que les permitía desembarcar numerosas tropas cuando y como querían. Calé continuó siendo posesión inglesa durante más de dos siglos, o sea hasta 1558.

Interrumpida la guerra, gracias a la intervención del papa, se reanudó en 1365. En Francia, Juan II apellidado el Bueno o el Bravo, había sucedido a su padre Felipe VI.

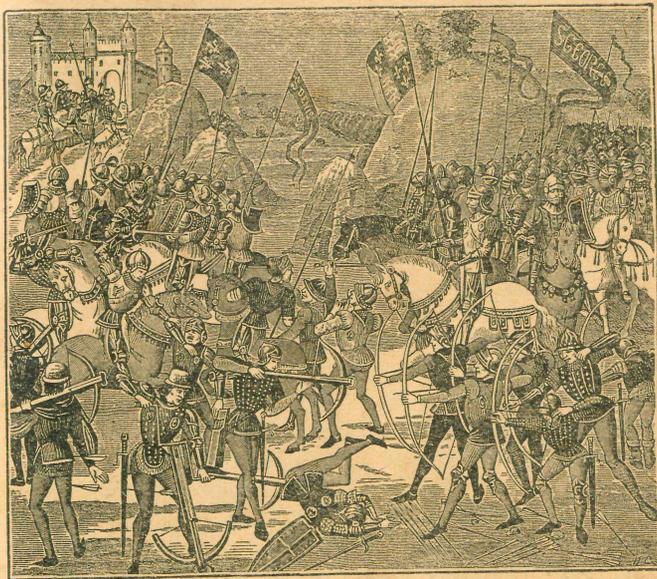
En 1356, el príncipe de Gales, apellidado el Príncipe Negro a causa del color de su armadura, el verdadero vencedor en Crecy, hizo sufrir a los franceses un nuevo desastre en Poitiers. La victoria de los ingleses fué aún más completa que la de Crecy, porque el rey Juan fué hecho prisionero.

El reino de Francia cayó entonces en una espantosa anarquía. El país estaba asolado por gavillas de bandoleros. La gente del campo, exasperada por tantas miserias, se sublevó contra los nobles. Los hacendados parisienses procuraron apoderarse del gobierno; pero el delfín Carlos (1) concluyó por hacerse cargo del poder, y organizar la defensa. Eduardo III se resignó a negociar un tratado, y en 1360 se firmó la paz de Bretigny, por la cual Juan el Bueno cedía al rey de Inglaterra cuatro provincias del oeste y Calé, y pagaba, además, como rescate, tres millones de escudos de oro, o sea unos cuarenta millones de francos.

LAS COMPANÍAS BLANCAS Los ejércitos del rey de Francia no se componían exclusivamente de señores. En virtud de las costumbres feudales, éstos no debían más que cierto número de días de servicio al año, al cabo de los cuales podían retirarse a sus dominios. Para guerras prolongadas y operaciones más complicadas que las sorpresas de los tiempos feudales, hacían falta al rey hombres que estuviesen constantemente a su disposición. Tuvieron pues que procurárselos por dinero, dándoles una paga.

El rey de Inglaterra, además de sus tropas inglesas tuvo

y, sobre todo, se perdieron con la caballería feudal, las operaciones parciales se hicieron con bandas compuestas de soldados de profesión. Pero como en 1360 intervino el tratado de Bretigny, y, por consiguiente, se restableció la paz, hol-



BATALLA DE CRECY.

Miniatura de un manuscrito de Froissart.

A la izquierda, caballeros franceses se batan con sus propios soldados, los ballesteros genoveses. Otros huyen; uno de ellos lleva el oriflama rojo con el nombre de San Dionisio, que era la bandera de los reyes de Francia en campaña, y que se depositaba, durante la paz, en la abadía de San Dionisio, cerca de París. Al lado, la bandera real, cuadrada, azul, con tres flores de lis en oro. En el fondo, el rey Felipe buscando asilo en un castillo. — A la derecha, los arqueros y los caballeros ingleses con una bandera igual al oriflama, que lleva el nombre de San Jorge, patrón de los soldados ingleses. — La miniatura demuestra como se armaba y como se tiraba con la ballesta, así como la manera que tenían los ingleses de manejar sus arcos y colocar sus flechas en el suelo.

garon las armas y la profesión cesó de ser provechosa. En

Esas compañías se reclutaban sin que se atendiera a la nacionalidad ni a la categoría, entre franceses, gascones, españoles, ingleses, bretones y flamencos, entre nobles, hacendados y labriegos. El botín hecho en cada operación se depositaba en una caja común para ser repartido después entre los asociados. Estos formaron verdaderos estados; los seguían no solamente mujeres y niños, sino también herradores, silleros, carniceros, costureras y lavanderas, médicos, cirujanos y hasta empleados para llevar sus cuentas, servir de secretarios, redactar los salvoconductos vendidos a los comerciantes y los requerimientos dirigidos a los pueblos, a los castillos y aun a las ciudades intimándolos a pagar con amenaza de saqueo o incendio.

El rey de Francia Carlos V, que sucedió a su padre Juan el Bueno en 1364, era un príncipe prudente, sabio y hartó hábil: él consiguió librar su reino de aquellas bandas con auxilio de *Beltrán Duguesclín*, «chato, moreno, desagradable, y el más feo que hubo desde Rennes hasta Dinán.» Por lo feo y lo brutal, era antipático a todos, hasta a sus mismos padres. Tenía dieciséis años cuando se presentó a escondidas en un torneo, vestido con una armadura que le habían prestado, y derribó sucesivamente a quince adversarios. Cuando su padre se presentó para combatir, levantó la visera del casco y se dio a conocer. Este rasgo le granjeó el afecto de los suyos.

Muy joven aun, entró al servicio del rey de Francia. Fue un caballero de nueva especie: buscó menos dar buenas estocadas según las reglas de la cortesía, que obtener buenos resultados.

Para alejar de Francia las compañías blancas, Duguesclín las llevó a dondequiera que existían luchas: a Bretaña donde dos pretendientes contendían por la corona ducal; a España, donde, dos hermanos, Pedro el Cruel y Enrique de Trastámara, batallaban porfiadamente por la corona de Castilla.

Para combatir a los ingleses, que en 1369 volvieron a empezar la guerra, Duguesclín, nom-

Las ciudades y los pueblos, bien fortificados, eran ocupados por sólidas guarniciones. El ejército inglés no podía encontrar ni sitio para reposarse ni manera de abastecerse. Los franceses lo seguían a distancia haciéndole guerra de escaramuzas, acometiendo su retaguardia y agotándolo con innumerables combates parciales en los que los ingleses dejaban cada día unos cuantos de los suyos. Tres ejércitos ingleses desembarcados en Calé fueron deshechos sucesivamente de esta manera.

Mientras tanto, los franceses recobraban las plazas cedidas en Bretigny. Los territorios perdidos estaban casi enteramente reconquistados cuando Duguesclín murió (1380) en el sitio de *Chateauneuf-Randón*, pequeña plaza ocupada por un partido inglés, en las montañas de Auvernia.

SEGUNDO PERIODO

Desde 1378 hasta 1413, sin que se hubiera firmado ningún tratado y a consecuencia de revoluciones dinásticas en Inglaterra, hubo un período de treinta y cinco años de paz. La guerra volvió a empezar en 1413 y debía durar sin interrupción hasta 1444, es decir treinta y un años. Éste es el episodio más prolongado de la guerra de los Cien Años.

Francia era entonces presa de la guerra civil. El rey Carlos VI estaba loco. El duque de Borgoña, Juan sin Miedo, su primo hermano, había hecho asesinar al duque Luis de Orleans, hermano de Carlos VI (1407). De aquí luchas sangrientas entre los partidarios de Juan sin Miedo, llamados *borgoñones* y los partidarios del hijo del duque de Orleans, Carlos, llamados *armañacs*. Reñían por la posesión de París y del rey para poder gobernar en nombre de éste. Los armañacs tenían el uno y el otro, cuando el rey de Inglaterra, Enrique V, volvió a empezar la guerra. Este rey destronó a los armañacs en *Azincourt* (1415).

Después de Azincourt, los borgoñones quedaron siendo dueños de París. El duque de Borgoña que comprendía que era demasiado débil para

los VI, el *delfín Carlos*; pero, en una entrevista en Montrebeau, Juan sin Miedo fué asesinado (1419).

Su hijo, Felipe el Bueno, cegado por la idea fija de vengar la muerte de su padre, se alió con Enrique V, y obligó a Carlos VI a desheredar a su propio hijo el delfín, a casar a su hija Catalina con Enrique V, y a reconocer a éste como heredero de la corona de Francia.

Parecía acabar la independencia francesa: parecía que Francia sería en breve reducida a la condición de simple dependencia de Inglaterra. Dos años después murieron los contendientes y Enrique VI, hijo de Enrique V y de Catalina, niño que apenas tenía un año, fué proclamado en París rey de Francia y de Inglaterra. Por su parte, el delfín se proclamó rey, con el nombre de Carlos VII.

Empero, la causa de Carlos VII tenía visos de estar hartamente comprometida. Los ingleses, además de la Guyena, ocupaban todas las regiones de Francia situadas al norte del Loira. Entretanto, Carlos, rodeado de favoritos, gastaba en fiestas el poco dinero que poseía, y «perdía alegremente su reino.» En 1428 fueron los ingleses a sitiar Orleáns, llave del Loira. La ciudad iba a sucumbir, cuando apareció Juana de Arco.

Aquel exceso de miserias había despertado el patriotismo de los franceses. Por todo el reino empezaba a manifestarse un odio violento contra los ingleses. El sentimiento patriótico, apenas nacido, encontró su más sublime expresión en una joven llamada *Juana de Arco*.

Juana nacida en 1412, pertenecía a una familia acomodada, devota y caritativa y muy adicta a Carlos VII. Tuvo varias visiones desde los trece años.

En la época en que Orleáns estaba sitiado, el arcángel San Miguel, Santa Margarita y Santa Catalina, le ordenaron marchar para libertar la plaza y «arrojar a los ingleses de Francia.» Entonces frisaba en los dieciséis años.

Era preciso atravesar ciento cincuenta leguas de un país que recorrían en todos sentidos las bandas enemigas. Hizo el

En Chinón se desconfiaba de ella. El rey consintió en recibirla, pero se ocultó entre los personajes que le rodeaban. Introducida Juana, fué derechamente a él como si lo hubiese conocido antes. Le dijo que Dios la enviaba para conducirle a su consagración a Reims y poner en fuga a los ingleses. Más tarde le habló en secreto y le dió un signo de su misión — no se sabe exactamente cual fué — que le impresionó mucho.

Entonces se le confió un pequeño ejército para que fuera en socorro de Orleáns.

Aquella niña de diecisiete años, que tenía un extraordinario instinto de la guerra, supo infundir en el alma de los jefes y soldados que la rodeaban la fe que la animaba, la confianza en la divinidad de su misión y la certeza de la victoria. Ya el 29 de abril se encontraba delante de Orleáns cuyos vecinos manifestaron alegría tan grande «como si hubieran visto descender a Dios entre ellos.»

Quando el ataque empezaba, una flecha le atravesó el hombro. Ya se hablaba de la retirada, pero Juana ordenó volver a la carga y, presentándose en el sitio más peligroso, todas sus tropas la siguieron. Al día siguiente, 8 de mayo, un domingo, los ingleses evacuaron las últimas fortificaciones.

La salvación de Orleáns tuvo grandísima resonancia en toda Francia. El pueblo veía en Juana una enviada del cielo; se le concedía el don de los milagros; se acuñaban medallas y se dibujaban retratos que la presentaban con una aureola alrededor de la frente, como las santas. Pero, sobre todo, *exaltó el patriotismo*, y de todas partes acudió gente que quería combatir bajo sus órdenes.

Levantado el sitio de Orleáns, Juana hizo consagrar a Carlos en Reims. Ya sabemos cuán grande era la importancia política y religiosa de esa ceremonia. En adelante, Carlos era indiscutiblemente, como se lo decía Juana, «verdadero rey a quien debía pertenecer el reino de Francia.»

los favoritos de Carlos VII, que tenían la influencia que Juana y sus compañeros de victoria pudieran ejercer sobre el rey, y que estaban celosos de su gloria, lograron demorar las operaciones.

Volvieron a enviar a Juana al Loira, donde estaba la corte,



FRANCIA EN 1429.

Este mapa indica los países ocupados por los ingleses cuando llegó Juana de Arco.

y si bien la colmaron de honores, la dejaron inactiva durante

La tarde misma de su llegada, el 23 de mayo, en una salida que hizo, y cuando cubría la retirada de los suyos, la derribaron del caballo y la hicieron prisionera y la vendieron a los ingleses por 10.000 francos de oro (135.000 francos). Carlos VII no hizo la menor tentativa para salvarla, ni ofreció siquiera pagar su rescate. Los favoritos del rey, en su fuero interno, estaban complacidos de lo ocurrido a la heroica Doncella.

Juana fué conducida a Ruán (18 de diciembre de 1430), y los ingleses buscaron en seguida los medios de instruirle un proceso. No les bastaba tenerla en prisión, era preciso acabar con su prestigio; y puesto que ella había anunciado que Dios quería limpiar de ingleses a Francia, era necesario probar que no era enviada de Dios, demostrar que su misión era una impostura y sus voces y visiones obras diabólicas. Del mismo golpe quebrantarían la confianza que los franceses tenían en la victoria final y deshonrarían al rey Carlos, que se había asociado a una hija de Satanás.

Los ingleses encontraron un cómplice en el obispo de Beauvais, Pedro Cauchón, una de las figuras más repugnantes e infames de la historia. El proceso, que duró cuatro meses, fué una larga pasión. Sus jueces la interrogaban durante largas horas, haciéndole preguntas capciosas y tendiéndole lazos que su robusto buen sentido y la sencillez de su alma y de su fe le permitieron esquivar siempre. «¿Estáis en estado de gracia?» le preguntó Cauchón. Si Juana respondía sí, era prueba de orgullo diabólico; si respondía no, era confesión clara de que no era enviada de Dios. En uno y otro caso era culpable, y por consiguiente, condenada.

No pudiendo lograr que quedara convicta de hechicería la acusaron de herejía, persiguiéndola, además, por haber usado vestidos de hombre.

Cauchón la condenó a prisión perpetua, y la envió a los ingleses, quienes pronto encontraron el pretexto para hacerla perecer. Juana se había comprometido a no usar en adelante más que vestidos de mujer: pero mientras dormía se los

El 26 de mayo de 1431, a las nueve de la mañana, la condujeron a la plaza del Mercado, es-
MUERTE DE JUANA DE ARCO coltada por un millar de soldados. Cuando le arunciaron que le había llegado la hora de morir y que iba a perecer en la hoguera, aquella niña de diecinueve años tuvo un instante de desesperación. Pero cuando llegó al sitio del suplicio recobró su entereza y su heroísmo. Proclamó de nuevo, a la faz de los ingleses exasperados, que las voces que oyó y las visiones que tuvo eran de Dios. Pidió una cruz, y rogó que la tuvieran alzada para poder verla. Cuando las llamas empezaron a subir, invocó de nuevo a sus santas y a San Miguel; expiró pronunciando dulcemente el nombre de Jesús. Los ingleses hicieron arrojar sus cenizas al Sena.

FIN DE LA GUERRA Quedaba todavía mucho por hacer para libertar el reino de Francia. Afortunadamente, Juana de Arco había infundido el entusiasmo, reanimado los corazones y hecho revivir la esperanza. La lucha contra los ingleses se prosiguió desde entonces con una felicidad casi constante. El mismo rey Carlos, mejor rodeado y aconsejado, empezó a sacudir su habitual inercia.

Juana había hecho que se entablaran negociaciones tendientes a reconciliar al duque de Borgoña con Carlos VII. El resultado de éstas fué, en 1435, el tratado de Arrás, y la consecuencia, que los ingleses se encontraron considerablemente debilitados. En 1436, Carlos VII pudo entrar por fin en París.

Una tregua de cinco años (1444-1449) sucedió a estos acontecimientos, tregua que Carlos aprovechó organizando un ejército permanente y regular. Creó las *Compañías de Ordenanza*, compuestas de cien lanzas *guarnecidas* cada una. La lanza comprendía seis hombres: un hombre de armas o *gendarme*, cubierto de hierro; tres arqueros; un archero y un paje que servía de ordenanza al grupo. Todos estaban a caballo; los arqueros formaron una especie de caballería ligera. Carlos VII tuvo también una infantería nacional, a ejemplo de los

cuencia la conquista de Guyena, que era inglesa hacía trescientos años, por el matrimonio de Leonor de Aquitania con Enrique Plantagenet.

Así se terminó aquel prolongado duelo, sin que ningún tratado ratificara ese resultado. Los ingleses, después de haber llegado a ser casi los dueños de Francia, se vieron precisados a refugiarse en su isla. De todas sus posesiones francesas, les quedaba solamente el puerto de Calé.

DECADENCIA DEL FEUDALISMO EN INGLATERRA El período comprendido entre los siglos XIII y XV fué para Inglaterra una época de vicisitudes.

En los primeros tiempos, durante la guerra de los cien años, Inglaterra gozó de grandísima prosperidad. Los ingleses pudieron traficar libremente con Flandes, y las expediciones militares en Francia fueron manantial de provechos considerables. Las ciudades se desarrollaron y los villanos y la nobleza se enriquecieron. Al mismo tiempo, la nación inglesa tomó parte muy activa en el gobierno de los negocios públicos: esta fué también una de las consecuencias de la guerra de los cien años. Los reyes, para sus expediciones en Francia, tenía necesidad de mucho dinero; pero en virtud de la Carta Magna, los reyes no podían imponer ni exigir impuestos sino con el consentimiento de sus súbditos. De aquí que Eduardo VII (1327-1377), el vencedor de Calé, en los cincuenta años que reinó, estuvo obligado a convocar cuarenta y ocho veces el parlamento. Este le concedió siempre el dinero que pedía, pero al mismo tiempo presentaba advertencias, que eran protestas, hacía que le rindieran cuentas y hasta exigió que el tratado de Bretigny fuera sometido a su aprobación.

Empero, los ingleses, victoriosos con Eduardo III y los príncipes de la casa de *Láncaster*, Enrique IV y Enrique V, fueron vencidos con Enrique VI. La pérdida de sus posesiones de Francia y la alianza del duque de Borgoña, asestaron un golpe terrible a su comercio, que perdió los mercados de Gu-

corona; sublevación que dió principio a una guerra civil que duró treinta años (1455-1485).

Esa guerra se conoce con el nombre de *Guerra de las Dos Rosas*, porque los adversarios tenían en el escudo una rosa: Ricardo de York una rosa blanca, y Enrique VI de Láncaster una roja.

«Pocos períodos de la historia de Inglaterra son tan repugnantes, dice un historiador inglés, pues sólo hubo contienda porfiada, ejecuciones atroces y vergonzosas traiciones.» Ricardo de York, Enrique VI y su hijo el príncipe de Gales perecieron en la lucha, el primero muerto en una batalla, y los otros dos asesinados.

En 1483, Ricardo III, abominable tiranuelo de la rama de York, se apoderó de la corona asesinando a sus sobrinos. Dos años después era vencido y muerto a su vez en una pelea contra *Enrique Tódor*, príncipe de la casa de Láncaster.

Enrique Tódor tomó el nombre de Enrique VII, y fué el fundador de la dinastía de los *Tódor*, que reinó en Inglaterra poco más de un siglo: hasta 1603.

Las consecuencias de la Guerra de las Dos Rosas fueron importantes. Arruinó a la aristocracia inglesa en provecho de los reyes; millares de señores perecieron en los campos de batalla, y familias enteras desaparecieron. Las tierras que poseían — casi la quinta parte del suelo de Inglaterra — pasaron a ser dominios del rey que por ser entonces dueño de cuantiosos bienes raíces y poseer bastante dinero, apenas tuvo necesidad de recurrir al parlamento. De aquí que los soberanos de la dinastía de los Tódor pudieran gobernar, durante el siglo XVI, casi como los reyes de Francia, sin cuidarse de la opinión de su pueblo, y casi como monarcas absolutos.

Aun cuando los ingleses fueron expulsados de Francia, la paz no se conoció en el reino todavía. El rey *Luis XI* (1461-1483), sucesor de Carlos VII, tuvo, en efecto, que luchar contra un nuevo feudalismo que sus mismos predecesores habían imprudentemente constituido.

del reino; pero el que lo poseía era soberano en él, con la obligación de rendir pleito homenaje al rey. A mediados del siglo XV existían en Francia, al lado de algunos restos del antiguo feudalismo, como el ducado de Bretaña, cuatro grandes casas de origen real: la casa de *Anjeo*, la casa de *Borbón*,



FELIPE EL BUENO Y CARLOS EL TEMERARIO.

Retratos al lápiz conservados en la biblioteca de Arrás.

Estos son dos notables dibujos del siglo XV. A la izquierda, Felipe el Bueno, de nariz larga y aguileña, labio inferior grueso, expresión fría y un poco desdenosa. Lleva en el pecho el cordero que pende de la extremidad del collar del Toisón de Oro, orden de caballería — hoy austriaca y española, — creada por Felipe el Bueno. El de la derecha es Carlos el Temerario cuando joven; su semblante es de testarudo y voluntarioso.

la casa de *Orleáns*, y la casa de *Borgoña*, la más terrible de

por esto, la corte más brillante de Europa, y las fiestas que daba tuvieron extraordinaria suntuosidad: le falta el título de rey; pero era más poderoso y rico que muchos reyes.

En 1467, *Carlos el Temerario*, príncipe excesivamente violento, testarudo y ambicioso, llegó a ser duque de Borgoña. Soñaba con el trono, y con reconstituir en perjuicio del rey de Francia, el antiguo reino de *Lotaringia*.

Luis XI era un hábil político y maestro consumado en el arte del disimulo, del engaño y de la intriga: persuadió a los suizos que su independencia estaba amenazada por los proyectos del duque de Borgoña y los inclinó a declararle la guerra. Carlos invadió inmediatamente a Suiza, donde sufrió dos terribles desastres (1476). Loco de rabia y de humillación, se arrojó sobre Lorena, que había conquistado y que acababa de sublevarse contra él. Pero fué vencido y muerto delante de Nancy (1477).

Luis XI pensaba apoderarse de toda la sucesión de Carlos el Temerario, pero no recogió más que *Borgoña* y *Picardía*.

Luis XI fué más afortunado con la casa de Anjeo: recogió todos los bienes que le había dejado Renato de Anjeo. Así el reino que a principios del siglo XIV sólo llegaba hasta el Ródano, pasaba en esa época allende el río y llegaba a los Alpes.

Por último, poco después de la muerte de *Luis XI*, el matrimonio de su hijo Carlos VIII con Ana, heredera del ducado de *Bretaña*, añadía a la corona el último estado feudal que había permanecido hasta entonces completamente independiente (1491). En adelante, sólo la casa de Albret y la casa de Borbón, que debían unirse por un matrimonio en 1548 y dar a luz a Enrique VI, conservaron su independencia.

Entre todos los estados de aquella época, Francia
 PODER DE LOS REYES DE FRANCIA era la que tenía una organización más completa, más perfeccionada y que más se aproximaba a las organizaciones modernas. En ella había una *administración regular, hacienda del estado* y un ejército per-

lugar por las rentas de sus propiedades y en segundo lugar, por los *impuestos*, es decir las contribuciones que pagaban los súbditos para subvenir a las necesidades del estado, tales eran el *pecho*, la *gabela* y los *consumos*, establecidos durante la guerra de los Cien Años. El rey tenía un ejército permanente y regular, sus *Compañías de Ordenanza*, es decir una sólida caballería compuesta de gendarmes, disciplinada, bien instruída, alojada en los castillos reales y siempre apercebida a entrar en campaña. Tenía, en fin, una magnífica artillería, la más numerosa y ligera de entonces.

Dueños y señores en el reino y poseedores de cuantos recursos eran necesarios para las grandes empresas, los reyes de Francia podían en adelante observar y obrar *fuera del reino*.

CAPITULO XVIII

LOS REINOS CRISTIANOS EN LA PENINSULA IBERICA DURANTE LOS SIGLOS XIV Y XV

Desde fines del siglo XIII, España, libre del peligro musulmán, había vivido en continua anarquía. Durante más de doscientos años, la historia de los cuatro reinos cristianos, Castilla, Aragón, Portugal y Navarra, sólo fué una sucesión de asonadas, sediciones, guerras civiles y contiendas feroces entre pretendientes al trono.

La causa principal de esa anarquía era la debilidad del poder real. El estado de guerra permanente en que España había vivido varios siglos, permitió que la nobleza, el clero y las ciudades fueran arrancando a los reyes concesiones tras concesiones y tomando hábitos de independencia. Ciertas provincias, como Cataluña, que formaba parte del reino de Aragón, tenían una constitución casi republicana.

El clero, sobre todo, era acaudalado y poderoso, y tenía que serlo en medio de aquellas poblaciones fervorosas y fanáticas. Gracias a las donaciones piadosas, había podido acumular enormes riquezas. El arzobispo de Toledo poseía una renta de 80.000 ducados, lo que haría hoy unos seis millones de francos; sólo el rey podía considerarse más rico que él. En Portugal, los obispos eran los verdaderos dueños del reino, y los reyes estuvieron obligados a soportar su tutela hasta el siglo XV.

La nobleza era belicosa y turbulenta. Es cierto que en España no existían grandes principados feudales como en Francia; pero en la primera nobleza, entre los condes,

XII, como los Templarios en Palestina, para combatir sin tregua contra los musulmanes, y que habían adquirido privilegios y riquezas tales, que formaban como un estado en el estado. Esas tres órdenes gobernaban casi toda la población de Castilla. El gran maestre de Santiago podía poner en pie de guerra mil quinientas lanzas.

Anteriormente hemos visto que las ciudades tenían también sus fueros y que, para poner a salvo privilegios, ya contra los señores, ya contra los mismos reyes, formaban poderosas ligas, llamadas *Hermandades* en Castilla y *Universidades* en Aragón.

En España se habían constituido, como en Inglaterra, LAS CORTES terra, asambleas representativas que limitaban el poder del rey e intervenían en su gobierno. Esas asambleas eran llamadas *Cortes*. Al subir al trono Alfonso VIII en 1169 se convocaron las Cortes, como era costumbre, para que prestan juramento al nuevo rey y por primera vez está presente el estado llano.

El estado llano era el conjunto de los que, sin ser nobles ni prelados, tenían situación preponderante dentro de la ciudad. Estado llano y *pueblo* eran sinónimos en aquella época.

Estas concesiones al estado llano, continuadas después de la entrada a Cortes, se debieron a que la Reconquista, que fué una empresa popular, convirtió a muchos, ni nobles ni prelados, en propietarios. Los reyes los miraron con buenos ojos, a causa de los importantes impuestos que pagaban y también porque habían de ser la fuerza que utilizarían para contrarrestar las pretensiones de la nobleza.

Los representantes del estado llano eran los procuradores designados por los concejos (1) de las ciudades, que fueron el nexo entre las ciudades y el rey.

El poder del rey no fué limitado por las Cortes. En primer lugar porque éstas no se reunían sino por su convocatoria; en segundo porque ellas sólo podían pedir — en los

redises por día, y al mismo tiempo recomendaron a los con-
vidados reales que comiesen con más moderación.

Los concejos de donde emanó la autoridad del estado llano en las Cortes eran asambleas de carácter municipal cuyo poder nació con los que debió concederle el rey para realizar la reconquista o para defenderse de ataques posteriores. Así llegaron a tener fuerzas armadas; así pasaron a ser *cabaleros* todos los que pudiesen combatir con sus armas y caballería. Así el estado llano dejaba de serlo y venía a concordar en intereses con las otras clases sociales. Cuando las circunstancias apremiantes pasaban, era difícil volver atrás; sus procuradores actuaban en las Cortes siempre respetados por el Rey y habían formado poderosas hermandades que equivalían a otras naciones dentro del reino.

Así se alentó el progreso económico e industrial y se repobló Castilla.

Entonces los nobles se introdujeron en los concejos y provocaron la reacción del rey con sus excesos: los cargos de los concejos poco a poco dejaron de ser electivos para ser nombrados por el rey, y a fines de la Edad Media don Juan II dispuso que se transmitiesen por herencia.

Mientras España se independiza de los árabes
LOS FUEROS DE la unidad es impracticable: a los factores geo-
NAVARRA Y gráficos se une la necesidad de la defensa que se
ARAGÓN organiza en cada lugar con independencia del
resto.

Así se explica que Navarra y Aragón, todavía a fines de la Edad Media, sean reinos independientes cada uno con sus leyes propias. Como todavía las ciudades son, dentro de los reinos, las unidades políticas fundamentales, los *fueros municipales* concedidos por los reyes ante las urgencias de la Reconquista, señalan las normas a que deben someterse los habitantes, quiénes tienen exenciones y privilegios y cómo se regirá la ciudad.

Similares a los fueros, propios de las ciudades, existían las *cartas pueblas*, que en algunos casos se confunden con los fueros, pero que

les se hacen territoriales hasta ser generales. Así los fueros de Navarra se resumen en el *Fuero general* de Navarra, suprema recopilación de todo el derecho navarro, elaborada lentamente hasta cristalizar en su redacción final hacia el siglo XIII.

En Aragón, quizá por las mayores distancias y diferencias coexisten varios fueros generales, unos oficiales y otros recopilados privadamente. El principal es el llamado de *Huesca*, redactado por el obispo de esta ciudad a pedido del rey y promulgado en 1247, en cuyos ocho libros se recopila todo el derecho aragonés. Añadió el rey que en todo lo que allí no quedaba dispuesto se siguiera la equidad y razón natural. La legislación posterior que le fué agregada lo elevó a doce libros al final de la Edad Media.

Años después la aristocracia aragonesa aprovechó un conflicto del rey con el Papa, en que éste excomulgó a aquél, y pidieron toda clase de libertades que se hicieron extensivas a gentes del común. Entonces el rey cedió y promulgó el *Privilegio General* (1283) muchas veces comparado a la Carta Magna inglesa y que convertía al rey, según la frase de un historiador español, en el presidente hereditario de una república aristocrática. El *Privilegio* extendió, en efecto, el poder que habían tenido las Cortes aragonesas: el rey no podía establecer ni nuevo impuesto ni ley nueva, sin su consentimiento. Las Cortes debían convocarse por lo menos cada dos años. En Aragón, en el intervalo de las sesiones quedaba constituida una comisión permanente llamada la *Diputación* encargada de velar por el mantenimiento de los fueros.

En Aragón existía una magistratura especial cuyo equivalente no se encuentra en ningún otro estado, y que demuestra el celoso cuidado con que los aragoneses defendían sus libertades. Ese magistrado, que se llamaba el *Justicia Mayor* tenía el derecho de poner bajo su protección a todo individuo que se quejara de violencias ejercidas por sus jueces, cualesquiera que fuesen. Se podía apelar a él para que revo-

CAPITULO XIX

PERIODO DE LOS REYES CATOLICOS

FORMACIÓN DE LA UNIDAD ESPAÑOLA

Como la anarquía había durado demasiado tiempo en España, era lógico que se produjera una reacción favorable al poder real, reacción que, a fines del siglo XV, fortificó la unión de las coronas de Aragón y de Castilla.

Esa unión se debió a un casamiento. En 1469, *Fernando*, heredero del reino de Aragón, contrajo matrimonio con *Isabel*, heredera del reino de Castilla. Diez años más tarde (1477), ambos estaban en posesión de sus coronas.

La destrucción del último estado musulmán, el reino de Granada, fué la consecuencia casi inmediata de la unión — que debía ser indisoluble — de los dos principales reinos cristianos. Durante más de doscientos años, las discordias de España habían paralizado la reconquista. Los moros, establecidos en los valles de las Alpujarras, en la falda meridional de Sierra Nevada, habían reconstituido un estado poderoso y próspero. El esplendor de Granada, la capital, igualaba al de la antigua Córdoba. Como los reyes de Granada poseían rentas considerables y subvenían con sus propios recursos a los gastos requeridos por un ejército de siete mil soldados de caballería, la lucha suprema fué larga (1481-1492) y encarnizada.

Por último, en 1491, los *dos reyes* (la energía varonil de Isabel mereció que llamaran a la soberana *rey* y no *reina*) rechazaron a los moros y pusieron sitio a Granada. Y como un incendio destruyera su campamento, empezaron por reemplazarlo edificando una ciudad, que se llamó y llama Santa Fe, a fin de que se tuviera por entendido que su firma solía

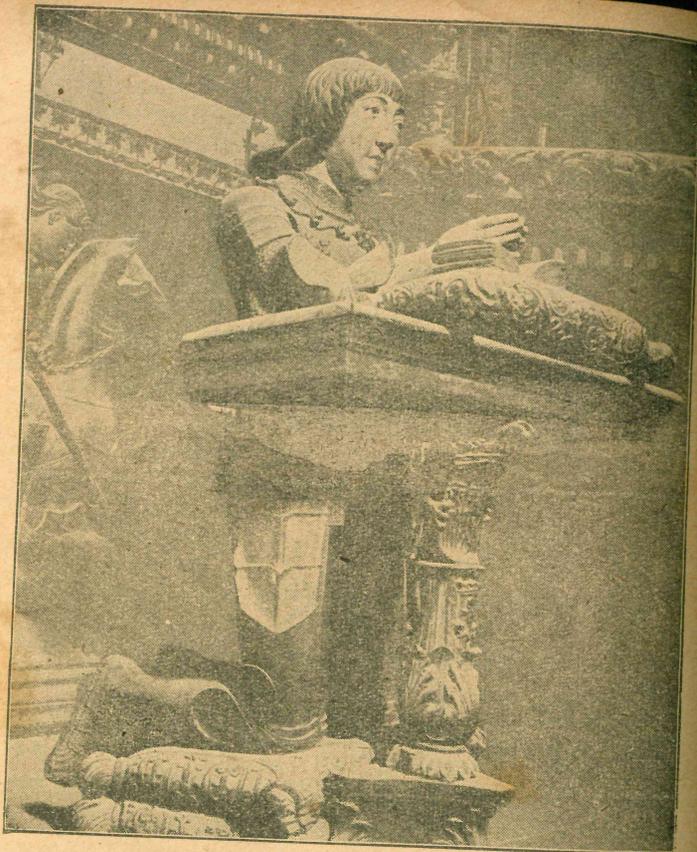
minada. Fernando e Isabel recibieron el título de *Reyes Católicos*.

PODER DE ESTE REINADO

Al mismo tiempo, Fernando e Isabel se proponían reforzar por todos los medios el poder real, y arruinar metódicamente todo lo que pudiera ser obstáculo al libre ejercicio de su autoridad. Uno y otro desplegaron en esa obra energía infatigable y celo tan calculado que a veces rayaba en crueldad. Verdad es que lograron por completo lo que querían, y que España pasó casi sin transición del régimen de libertad anárquica a la monarquía absoluta.

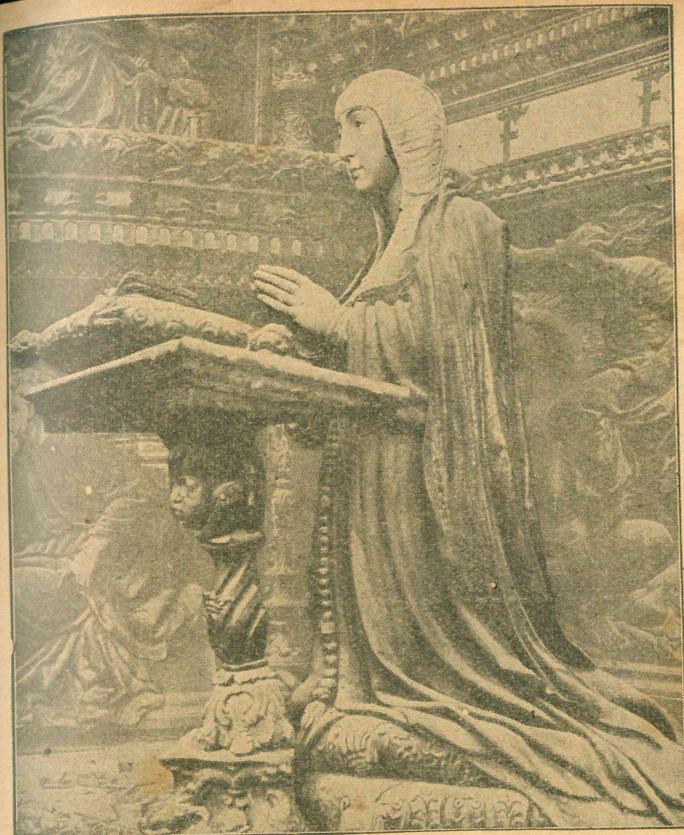
En los primeros años de su reinado, la autoridad real se manifestó en todas partes, y en los últimos años ya se enseñoreaba indiscutiblemente en todo aquel vasto reino. Fernando e Isabel obtuvieron del papa el derecho de designar los obispos, lo cual equivalió a poner el clero español bajo la dependencia de los reyes (1482); establecieron en todas las ciudades magistrados reales, llamados *corregidores*, que pronto fueron omnipotentes y se apoderaron de la administración municipal. Las Cortes no se suprimieron, pero las convocaron raramente y estuvieron subordinadas al *Consejo Real*. El mismo Justicia Mayor de Aragón, disminuídos sus poderes, se transformó en dócil funcionario del rey.

El poder y la arrogancia de la nobleza quedaron completamente quebrantados. Fernando e Isabel subordinaron a su autoridad, casi sin consideraciones ni miramientos, a los más grandes señores del reino; por haber atacado a un agente del fisco, el gobernador de Salvatierra, que dependía del duque de Alba, fué ahorcado en el mismo lugar de la agresión. Y como los campos estaban assolados por los caballeros merodeadores, y el viajero temía transitar por tan inseguros caminos, los reyes para poner término a las exacciones, agruparon villas y poblados en una *Santa Hermandad*, cuya dirección se reservaron, y que armó una policía permanente de dos mil arqueros. El castigo de los culpables que caían



FERNANDO EL CATÓLICO (1452-1516).
 Estatua en madera policroma de Felipe de Borgoña.
 Catedral de Granada.

Fernando de Aragón e Isabel de Castilla prepararon con su matrimonio la unificación de España. La consiguieron, al mismo tiempo que destruían los últimos restos del poderío musulmán, por la conquista del reino de Granada. Ambos quisieron descansar en la ciudad conquistada. Al lado de la catedral, una capilla, llamada "La Capilla Real", construida de 1506 a 1517 y cuya ornamentación escultural es de una rara magnificencia, encierra sus cuerpos, transportados allí en 1521. Dos estatuas, colocadas a cada lado del altar, los representa arrodillados, los brazos apoyados sobre un reclinatorio. Fernando, los



ISABEL LA CATÓLICA (1451-1504).
 Estatua en madera policroma de Felipe de Borgoña.
 Catedral de Granada.

A Isabel, a diferencia de Fernando, repugnaba la violencia. Fué sin embargo una soberana de tanta energía que los españoles decían hablando de ella y de su marido: "Los Reyes". Persiguió con pasión la conquista de Granada y puso en prenda todas sus joyas para conseguir el dinero necesario para aumentar la artillería. Está representada vestida con un amplio manto y tocada de una cofia blanca. Ambas estatuas son de madera pintada de diversos colores, según la tradición de la escultura de la Edad Media: por eso dan una impresionante sensación de vida. Emplazadas antes de 1526 fueron juzgadas de un gran parecido por los contempo-

LA INQUISICIÓN

De todos los medios empleados para asegurar la autoridad de los reyes, el más temible y poderoso fué la *Inquisición*. Creada en Francia, como hemos dicho anteriormente, en el siglo XIII, en las postrimerías de la cruzada contra los albigenses, para buscar a los heréticos, fué introducida en España, donde no cayó rápidamente en desuso como en Francia. Fernando la reorganizó en 1481, dándole el nombre de *Santo Oficio*. Hizo de él un tribunal real cuyos miembros nombraba él, y que so color de religión, fué un instrumento político y el medio más odioso de gobierno. La *Inquisición* sirvió para hacer la *unidad moral* de España, es decir para que desaparecieran por medio de la prisión o del fuego cuantos no tenían las creencias de los soberanos, o eran de raza distinta a la española como los judíos y los musulmanes. Se ha dicho con toda justicia, que la *Inquisición* «perseguía al extranjero a través del hereje; era a la vez la guardiana celosa de la ortodoxia y de la nacionalidad.» Las sentencias condenatorias de la *Inquisición* enriquecían al rey, pues los bienes de las víctimas eran confiscados en provecho de éste. En la *expulsión de los judíos*, se aplicó el mismo principio: se les condenó a abandonar a España en un plazo de seis meses, sin que les fuese permitido llevar consigo ni oro, ni plata, ni piedras preciosas (1492).

LA EXPANSIÓN ESPAÑOLA

Destruídos los últimos restos del poder musulmán y acrecentada la autoridad real, España podía en adelante emplear su actividad fuera del reino.

Ésta, que fué grande, debía desplegarse a la vez en el oeste y en el este; al oeste en el Atlántico, donde Cristóbal Colón, animado y auxiliado por Isabel, descubría, en 1492, el camino del Nuevo Mundo; al este, en el Mediterráneo, buscando a Italia, adonde los hechos la impelían lógicamente. En efecto, los reyes de Aragón eran al mismo tiempo, desde fines del siglo XIII (1282), reyes de *Sicilia* y de *Cerdeña* (1297). Era natural que, dueños de la gran isla del sur de Italia, trataran de poner el pie en la misma Italia, en el reino de Nápoles.

las islas Canarias y plazas estratégicas en Africa: Melilla, Orán, Bugía, Trípoli. El rey Fernando con extraordinaria duplicidad se aseguró el reino de Nápoles y se apoderó de Navarra, que estaba protegido por Francia. Contra esta nación encaminó sus esfuerzos: casó a sus hijos e hijas con príncipes de Portugal, de Inglaterra y de Austria. Gracias a este asedio dinástico de Francia, después España será gobernada por Carlos I que al mismo tiempo será Carlos V, emperador de Alemania. Más tarde también Portugal pasará a ser parte de España.

PORTUGAL

Portugal que no era sino uno de los reinos cristianos de la península, encaminó su evolución de modo particular por motivos geográficos y por diferencia de idioma. La batalla de Aljubarrota señala el comienzo definitivo del reino (1384): vacante el trono quisieron los castellanos imponer a Juan I de Castilla, casado con la hija del último rey, que al morir señaló a su yerno como sucesor. Los portugueses, que detestaban a los castellanos, proclamaron a un hermano bastardo del rey muerto: Juan I. Uno de sus sucesores, Alfonso V (1438) se apoderó de Tánger y quiso infructuosamente hacer lo mismo con Castilla. D. Manuel, que reinó de 1495 a 1521 señala el apogeo de Portugal: durante su reinado se realizaron los más grandes viajes y descubrimientos que se estudiarán más adelante. Los puertos italianos perdieron importancia como consecuencia de esos descubrimientos, y Lisboa heredó la importancia comercial de Venecia.

LOS DESCUBRIMIENTOS

El iniciador de los descubrimientos portugueses fué el príncipe *Enrique* (1394-1460), cuarto hijo del rey de Portugal, Juan I. Después de haber desempeñado un papel brillante en expediciones contra los musulmanes de Marruecos, fué a residir, hacia 1415, y cuando apenas tenía veinte años, en el cabo *San Vicente*, que es el promontorio más saliente y meridional de Portugal. Allí creó poco a poco alrededor de su residencia, en *Sagres*, una

vor número posible de informes geográficos. Su fin fué quizá, al principio sobre todo, estratégico; quizá buscaba en las costas de Africa la manera de atacar por retaguardia a los musulmanes de Marruecos, enemigos sempiternos de los portugueses. Pero bien pronto sus esfuerzos tendieron a descubrir un nuevo camino para las Indias.

CAPITULO XX

I T A L I A

A partir de la desmembración del imperio de Carlomagno Italia no fué sino una expresión geográfica: *no existía un estado italiano*, en la forma que había un Reino de Francia y un Reino de Germania. El verdadero Reino de Italia se reconstituyó en el siglo pasado (1870). La Italia de la Edad Média estaba dividida en numerosos estados, *entre los cuales no había el más pequeño nexa*.

En el sur estaba el *Reino de Nápoles* que, sucesivamente, poseyeron una dinastía normanda, primero; los Hohenstaufen, por donativo del papa, después; luego un príncipe francés, hermano de San Luis: el duque de Anjeo, y por último, los príncipes españoles de Aragón (1442), que lo conquistaron.

En el centro, los *Estados de la Iglesia*.

En el norte, numerosas ciudades, restos del antiguo Reino de Italia y nominalmente vasallos del emperador, como *Florenzia, Pisa, Génova, Mantua, Milán y Venecia*.

Hasta principios del siglo XIV, dos ambiciones amenazaron constantemente las libertades de esas villas: la ambición de los emperadores y la de los papas. Ya hemos visto cómo resistieron a Federico Barbarroja. La ruina de los Hohenstaufen (1250) las libró del peligro imperial (1). El traslado del papado a Aviñón las libró asimismo del peligro pontificio (2). En adelante, independientes por completo, verdaderas repúblicas urbanas, iguales, a Atenas y a Cartago, tuvieron brillantes destinos. Algunas, representaron un papel considerable en el Mediterráneo y poseyeron casi imperios. *Venecia*, una de ellas, se contó desde el siglo XV hasta el XVI entre las grandes potencias de Europa.

Esas ciudades, como las de Flandes y de Alemania, debieron su prosperidad a la industria y al comercio. *Florenzia* fué el

FLORENCIA Los florentinos fueron grandes fabricantes de paños finos y muy ricos. En el siglo XII los compraban en Flandes para volverlos a trabajar, esto es, tundirlos, teñirlos, hacerlos más tupidos a fuerza de



FLORENCIA. — EL PALACIO VIEJO O PALACIO DE LA SEÑORÍA.
Fotografía.

Florenca fué una de las repúblicas más poderosas de Italia y acabó por ser en el siglo XV capital de Toscana. Su gobierno, compuesto de jefes o priores de los diversos oficios, se llamaba la señoría. El palacio residencia de la señoría fué edificado en 1298, y hoy es el Ayuntamiento. Con sus barbacanas, almenas y torre de 94 m., parece más bien un castillo. En este grabado se ve, a la derecha la primera arcada de un pórtico.

presión y, por consiguiente, más finos, suaves y brillantes. Esos paños se vendían y se venden aún muy caros en Oriente. En el siglo XIV, los florentinos se dieron a fabricarlos por completo en sus propios telares y en tan grande escala, que ocuparon más de la tercera parte de la población. Se fabricaban de sesenta a ochenta mil piezas por año. Lo cual representaba un valor medio de sesenta a setenta millones de francos.

A la afluencia del dinero debió ella el desarrollo de los establecimientos de crédito, *bancos*, y del negocio de *cambios* en que sobresalieron los florentinos. Fueron aventajados competidores de los judíos, particularmente en Francia, y prestaban grandes sumas a los reyes. Una familia de banqueros florentinos, los *Médicis*, llegó a ser tan poderosa en el siglo XV, que se adueñó del gobierno de la ciudad.

Tanta riqueza permitió a los florentinos formar ejércitos y tenerlos a sueldo. En efecto, en Italia como en Francia, existían en aquella época empresarios de ejército, *condottieri*, que alquilaban los servicios de sus bandas a quien quería y podía pagarlos. Los florentinos, gracias a los soldados mercenarios, pudieron conquistar, a principios del siglo XV, la mayor parte de *Toscana*, y hacer que Florenca fuera la capital de un estado lindante con el mar y tuviera por puerto en el Mediterráneo, a la antes próspera ciudad de *Pisa*, que los florentinos vencieron y tomaron en 1406.

Florenca, la más rica de las ciudades de Italia, después de Venecia, fué al mismo tiempo la más civilizada. Esta ciudad es una de las que deben colocarse en primera línea en la historia de la civilización universal: fué la patria de los primeros grandes escritores y de los primeros grandes artistas italianos: en el siglo XIII, del pintor *Giotto*; del *Dante* (1265-1321), autor de la *Divina Comedia* y el poeta más grande de Italia; en el siglo XIV de *Petrarca*, célebre por sus sonetos, y de *Boccaccio*, el primer prosista italiano.

En el siglo XV fué maravilla su florecimiento artístico; descollaron arquitectos y escultores, como *Brunellesco* (1337-1444), que edificó la catedral, uno de los monumentos más hermosos de Italia: *Ghiberti*. *Donatello* y *Luca della Robbia*,

Las letras no estuvieron menos favorecidas. Los Médicos acogieron a los sabios griegos que huían de Constantinopla, tomada en esa época por los turcos, fundaron una universidad y crearon una biblioteca que se cuenta aún hoy entre las más ricas del mundo. No se exageró cuando se dijo que Florencia era la *Atenas de Italia* ni cuando la llamaron *Madre de las Artes*.

Génova y Venecia debieron su fortuna al comercio de los géneros de Oriente. *China* enviaba sus sederías; *Persia* sus terciopelos y tapices; *India* sus piedras preciosas y las perlas de Ceilán, y *Arabia* sus perfumes. Pero los productos más buscados eran las especias: la pimienta, la canela, la nuez moscada y los clavos que enviaban las *islas de la Sonda*, llamadas *islas de las especias*.

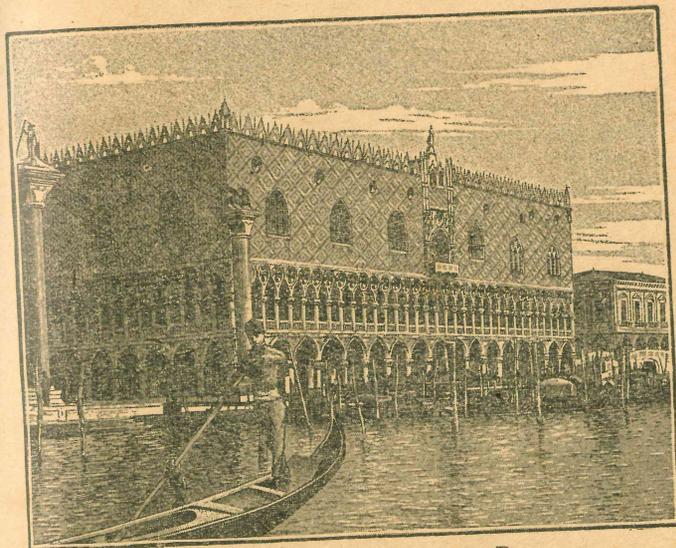
Esas diversas mercaderías llegaban al Mediterráneo por dos caminos diferentes: por tierra, con las caravanas que, atravesando Turquestán llegaban a orillas del mar Caspio para seguirlos hasta el mar Negro a donde iban a tomarlas los barcos *genoveses*; por mar, surcaban el océano Indico y el mar Rojo hasta Egipto, donde las aguardaban los barcos *venecianos*.

Las Cruzadas, como hemos dicho (1), contribuyeron, en mucha parte, a la prosperidad de las marinas genovesa y veneciana. En los principales puertos del Mediterráneo oriental, aun en los que estaban en manos de los musulmanes, genoveses y venecianos tuvieron factorías y almacenes fortificados como los de la Hansa. Los genoveses en Constantinopla y los venecianos en Alejandría de Egipto, tuvieron más que factorías: les perteneció parte de la ciudad, un *barrio* entero. En esos barrios, rodeados de murallas, y en los que tenían almacenes y habitaciones, sólo ellos podían vivir; sólo ellos hacían su servicio de policía y eran los únicos dueños, como hasta hace algún tiempo en los grandes puertos de China, tuvieron los franceses, ingleses, etc., sus factorías agrupadas en determinados sitios llamada *concesiones*.

El establecimiento de los turcos en Constantinopla, y a orillas del mar Negro, provocó la...

lio del comercio de Oriente hasta que los portugueses encontraron un nuevo camino para Asia, dando la vuelta al continente africano.

Venecia es una ciudad en extremo original, edificada en unos cuantos islotes de las lagunas del noroeste del Adriático. Las casas están fabricadas sobre zampeados, es decir, afirmando el terreno de las lagunas con cadenas de madera y macizos de mampostería;



VENECIA. — EL PALACIO DE LOS DUX.
Reproducción de una fotografía.

En primer término, una góndola, el coche de alquiler de Venecia, cuyas calles son canales. El palacio de los Dux era el asiento del gobierno veneciano. Está al lado de la iglesia de San Marcos, sobre el canal del mismo nombre y que es el más ancho de Venecia. La fachada que mira al canal mide 71 m., y la de la Piazzetta, 75 m. Estas fachadas, que constan de dos pisos de arcadas ojivales, fueron hechas en el siglo XV desde 1424 a 1442. La galería del primer piso, formada de sesenta y una columnas, es admirable por su belleza. La más próxima a la izquierda tiene dos columnas. La más próxima a la derecha...

las fachadas se miran en el agua; en lugar de calles hay canales por donde no se puede transitar sino en *góndolas*, que son embarcaciones sin palos ni cubierta y con una cabina en forma de carroza en el centro, para alojar a los pasajeros.

Esta ciudad de los negocios tenía un gobierno muy aristocrático. Sólo aquellos que estaban inscritos en el *libro de oro*, es decir en el registro de las más antiguas familias comerciantes, podían tomar parte en el gobierno de la república. El jefe aparente era el *dux*, o duque, elegido por toda la vida e instalado con magníficas ceremonias. Pero, en el siglo XV ya tan sólo era un personaje *de aparato*; el gobierno pertenecía, en realidad, a los *consejos*, el más célebre de los cuales fué el *Consejo de los Diez*, cuyo poder era casi absoluto. Ningún gobierno fué más receloso ni más tiránico.

Venecia debió su fortuna a las especias: fué el gran mercado de pimienta hasta el siglo XVI. Tanta riqueza había allí, que de los venecianos se decía que eran *señores que poseían el oro de toda la cristiandad*. Tuvieron hasta tres mil cien barcos, tripulados por más de treinta y seis mil marinos.

Los venecianos se jactaban de ser los dueños del Adriático. Cada año, el Dux, montado en una galera completamente dorada y cuyas velas eran de púrpura, iba con una suntuosa comitiva a desposarse con el mar, arrojando un anillo de oro en las olas. En realidad, los venecianos habían conquistado solamente *la costa oriental del mar Adriático*, y, en el Mediterráneo, la gran isla de Creta, con una buena parte del Archipiélago. En Italia mismo, y a fines del siglo XV, conquistaron vastos territorios, al norte del Po y del Adriático hasta los Alpes: esto fué lo que se llamó *estados de tierra firme* o *Venecia del nordeste*. Ese estado duró hasta fines del siglo XVIII, cuando estallaron las guerras de la revolución francesa (1797).

CAPITULO XXI

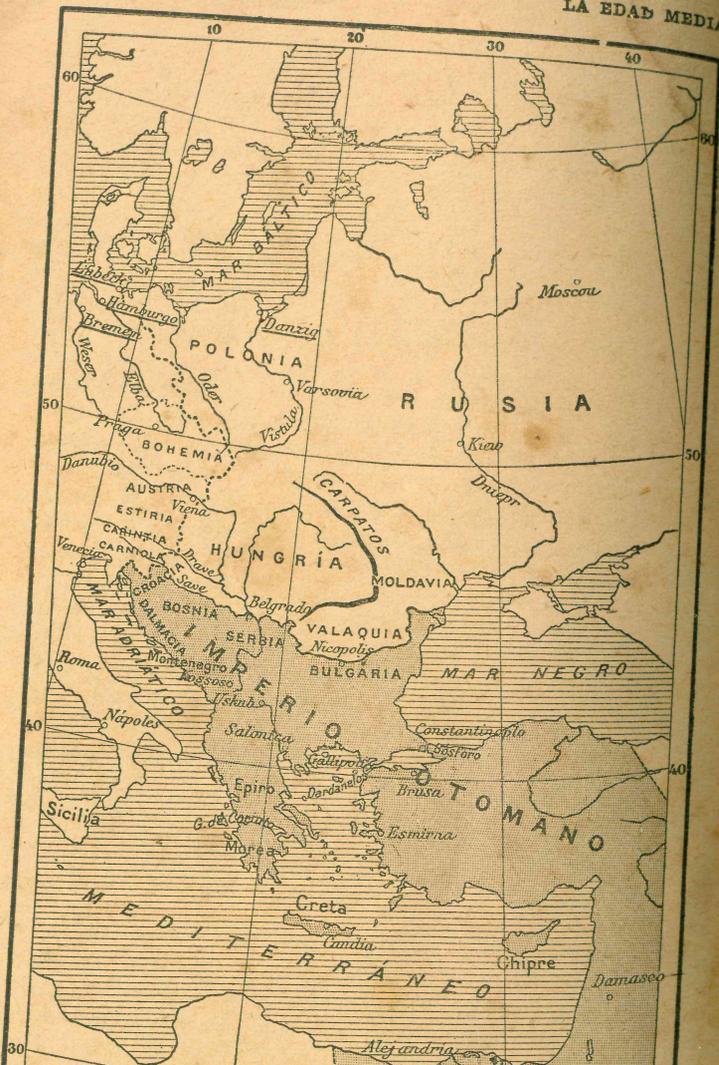
INVASIONES DE MONGOLES Y TURCOS OTOMANOS

Los romanos conocieron a los bárbaros eslavos tanto como a los bárbaros germanos. Se llamaban *sármatas*. Los eslavos tenían el cutis blanco, los ojos claros y los cabellos castaños o rubios. Habitaban primitivamente la Rusia actual; pero cuando los germanos, para arrojar sobre el Imperio Romano, evacuaron los países comprendidos entre el Vístula y el Elba, fueron a ocupar las regiones abandonadas.

Los eslavos del norte formaron dos pueblos principales: los *polacos*, establecidos en las dos orillas del Vístula, y los *checos*, que habitaban en la meseta de Bohemia. Los polacos y los checos, convertidos al cristianismo por los misioneros católicos, adoptaron las creencias y la civilización de Europa occidental. El reino checo de Bohemia, formó parte del Imperio de Alemania en el siglo X, y Praga, su capital, fué en aquel entonces una de las ciudades más grandes de Europa.

Los eslavos del sur invadieron el Imperio Griego, y ocuparon la parte norte y oeste, para dividirse después en dos grupos:

Los que remontaron el Save y se dirigieron hacia el Adriático, y, convertidos, como los checos, por misioneros de occidente, adoptaron la *religión católica*, el *alfabeto latino* y la



LOS PUEBLOS AMARILLOS. LOS BÚLGAROS

Al lado de los eslavos fueron a establecerse igualmente, en el siglo VII, los *búlgaros*, pueblo de raza amarilla, al sur del curso inferior del Danubio. Jinetes intrépidos, los búlgaros llegaron más de una vez hasta las puertas de Constantinopla, particularmente en el siglo X.

Habían sido convertidos al cristianismo por los monjes eslavos, y la religión hizo de aquel pueblo amarillo un pueblo eslavo.

Los *magiares* o *húngaros*, pueblo de raza amarilla también, introduciéndose en Europa occidental, ocuparon la llanura del Danubio, donde habían acampado sucesivamente los Lunos y los ávaros. Ya hemos visto (1) cómo invadieron a Alemania en el siglo IX. En el año 1000, su rey se convirtió al cristianismo. El papa Silvestre II, le envió la corona en premio de su propaganda, y él tomo el nombre de *Esteban*.

Como en 1338 se extinguió la dinastía nacional, los húngaros eligieron un príncipe francés, descendiente de Carlos de Anjeo, hermano de San Luis, que llevó a Hungría la civilización de occidente. En lo sucesivo, los húngaros debían servir de barrera a Europa contra los turcos, que se habían adueñado de la península de los Balcanes.

LOS TURCOS llegó a establecerse en Europa en el siglo XV. El fué quien dió el golpe de gracia al Imperio Bizantino, ya muy arruinado.

Precedentemente, hemos visto (2) cómo habían conquistado los turcos selyucidas a Siria y a Asia Menor en el siglo XI. Este imperio se desmembró; pero en el siglo XIV, el jefe turco *Osmán*, es decir quebrantador de piernas, reunió de nuevo bajo su autoridad los países de Asia Menor. Sus súbditos se llamaron *otomanos* u *osmanlis*. En 1326, su sucesor, transfirió su capital a Brusa, en las inmediaciones del mar de Mármara, y, desde entonces, soñando apoderarse de Cons-

... sus medios y creó un ejército. Este era

LA CONQUISTA DE LA PENINSULA DE LOS BALCANES

Los turcos no atacaron a Constantinopla de frente, sino que, ante todo, la aislaron. En 1356 pusieron el pie en Europa apoderándose de *Gallipoli*, conquista que les valió ser dueños del estrecho de los Dardanelos y quitar a los griegos toda probabilidad de recibir por mar socorros de Europa.

Después atacaron el reino serbio, que era el más importante de los reinos eslavos del sur. El zar Lázaro hizo vanamente prodigiosos de valor, su ejército fué vencido, y él apresado y decapitado después de la batalla. Su vencedor, el sultán Murad, había sido acuchillado durante la acción por un señor serbio. Vencedores los turcos, pudieron llegar hasta el Danubio (1389). Esta derrota tuvo gran resonancia en Francia, donde se predicó una cruzada contra los turcos. Esta cruzada, que dirigió el hijo del duque de Borgoña, *Juan sin Miedo*, primo de Carlos VI, terminó con un completo desastre (1396).

La aparición en Asia Menor del gran conquistador mongol *Timur-Lenk* (Tamerlán), que se apoderó de los estados turcos de Asia (1402), retardó medio siglo la caída de Constantinopla.

En 1453, el sultán *Mohamed* o *Mahomet II*, dueño de toda la península, fué, con doscientos mil hombres, a sitiar a Constantinopla. El emperador *Constantino Dragascés*, que disponía apenas de diez mil soldados, defendió heroicamente la ciudad. El sitio duró un mes y medio. Los turcos, por fin, consiguieron sorprender una puerta. Constantino murió como un héroe; lo encontraron por la noche bajo un montón de cadáveres.

Los turcos hicieron espantosa carnicería en la multitud que, en vez de batirse, permanecía en la principal plaza de la ciudad aguardando la aparición de un ángel, encargado de poner en fuga al enemigo. A mediodía hacía Mahomet su entrada en la catedral de santa Sofía, que desde entonces fué convertida en mezquita.

Italia, —quería, según decía, hacer comer avena a su caballo sobre el altar mayor de san Pedro, en Roma— cuando murió (1481), dejando los cimientos del Imperio Turco en Europa.

LOS TURCOS

Los turcos pudieron conquistar la península de los Balcanes porque no atacaron a un estado organizado y a un pueblo homogéneo, sino a estados y a pueblos de diversa índole, como eran

los griegos, los búlgaros y los serbios, estos últimos divididos en varios pequeños estados. Esos pueblos y estados no supieron concertarse ni para resistir ni para atacar al enemigo común; los recelos entre ellos los disociaban, y así ocurrió que hubiera emperadores griegos que contribuyeron a que los turcos entraran en Europa, al pedirles auxilio, repetidas veces, en sus contiendas con los serbios y los búlgaros.

Pero la principal causa de la victoria de los turcos fué la superioridad de los ejércitos permanentes organizados en una época en que Europa, como en aquella Francia de Felipe VI, los ejércitos sólo eran una caballería indisciplinada.

EL EJÉRCITO TURCO. ESPAHÍS Y JENIZAROS

Ese ejército comprendía soldados de caballería, *espahís* ligeramente armados con un sable corto muy afilado, y una larga lanza; estos soldados no tenían ningún arma defensiva. La rapidez de sus movimientos bastaba para ponerla fuera del alcance de las cargas de la pesada caballería europea, en aquel entonces metida en sus armaduras de hierro.

Empero, la infantería era el elemento principal del ejército otomano. Para reclutar esa infantería, los turcos robaban los niños cristianos. Los sacerdotes musulmanes, encargados de educarlos, hacían de ellos verdaderos fanáticos. Esa forma de reclutamiento tenía doble ventaja: debilitaba las poblaciones cristianas y daba al soberano hombres que, debiéndoselo todo, no conocían a nadie más que a él, a quien esta-

y sus únicas pasiones eran el oficio y el fanatismo religioso. No existía ninguna tropa en Europa que pudiera compararse con aquella que bien pronto contó cuarenta mil hombres. Estas excelentes tropas tenían, además, una buena artillería.



UN JENÍZARO. - Dibujo de Bellini (siglo XV).
Los jenízaros eran los soldados de la infantería turca. A diferencia de los soldados

CONSECUENCIAS
DEL ESTABLECI-
MIENTO DE LOS
TURCOS EN
EUROPA

El establecimiento de los turcos en Constantinopla tuvo consecuencias que duran todavía. Su presencia en Europa creó lo que ha dado en llamarse la *Cuestión de Oriente*. En primer lugar, durante más de doscientos años, esto es hasta fines del siglo XVII, fueron un peligro permanente para Europa; conquistaron a Hungría y varias veces sus ejércitos llegaron hasta Viena

los pueblos que vencían. *No intentaron asimilárselos ni fundirlos en un solo pueblo*; se contentaron con destruir sus gobiernos y obligarles a pagar tributos, dejándoles sus iglesias, sus escuelas, su lengua, sus usos y sus leyes. De manera que si no hubo más reino serbio, ni búlgaro, ni Imperio Griego, continuaron existiendo poblaciones griegas, búlgaras y serbias.

INDICE

	Pág.
I. La decadencia del Imperio Romano	1
II. Los visigodos.—Los hunos	12
III. El Imperio Romano de Oriente	28
IV. La Iglesia en la Edad Media	40
V. El Imperio Carolingio	56
VI. Los árabes	65
VII. La civilización medioeval	81
VIII. El Santo Imperio Romanogermánico	102
IX. Francia.—Los Reyes Capetos	112
X. Inglaterra.—La conquista.—La Carta Magna.	124
XI. España.—La Reconquista	129
XII. Las Cruzadas	139
XIII. Las cruzadas contra los heréticos	151
XIV. La decadencia del Papado	159
XV. La vida urbana	162
XVI. La cultura medioeval	171
XVII. La guerra de los Cien Años	182
XVIII. Los reinos cristianos en la península ibérica durante los siglos XIV y XV	198

905/024/1/20

AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTÍN

Este libro se terminó de imprimir el día
20 de marzo de 1950, en los Talleres
Gráficos Didot S. R. L., Rondeau 3068,
Buenos Aires.

BIBLIOTECA
NACIONAL
GRÁFICOS
DIDOT

CENTRO DE DOCUMENTACION
MANUALES ESCOLARES

